

# ¿Quién mató a Charmian Karslake?

Annie Haynes



Ediciones  
**SHERLOCK**

Título original: *Who killed Charmian Karlake?*

© 1930, Annie Haynes. Publicado por primera vez en 1930 por Dodd, Mead & Co.

Traducción y edición: © 2018, Clara Ramírez de Arellano Ruiz. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Alberto Zuya Valladolid

Revisión del texto: Ana García Alegre

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma, ser almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitirse de ningún modo por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin el permiso escrito de Clara Ramírez de Arellano Ruiz, excepto para citas breves y artículos críticos o revisiones.

Todos los personajes y situaciones que aquí aparecen son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

### **Sobre Sherlock Editores**

A medio camino entre Sherlock Holmes y Agatha Christie, esta colección inédita de novelas policíacas de la edad de oro del misterio entretiene, intriga y divierte a partes iguales.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Sobre la autora](#)

[La edad de oro de la novela de misterio](#)

[El misterio del asesino del más allá \(extracto\)](#)

# CAPÍTULO 1

—¡Menudo caos hay en esta habitación! —se quejó *sir* Arthur Penn-Moreton mirando con disgusto a su alrededor.

—Bueno... si te dedicas a organizar fiestas tendrás que lidiar después con las consecuencias... —replicó Dicky, su hermano menor, desde la mesa del desayuno mientras devoraba riñones y beicon con aire satisfecho.

*Sir* Arthur se lo quedó mirando mientras se sentaba frente a él.

—No tienes buena cara esta mañana, Dicky.

—¿Cómo se puede tener buena cara cuando has estado bailando toda la noche con un ruido infernal alrededor y engullendo todo tipo de cosas indigestas? —preguntó Dicky sirviéndose otra generosa porción de riñones—. Y si vamos a eso... a ti tampoco se te ve muy en forma esta mañana, Arthur. Ninguno de los dos estamos ya en la flor de la vida, recuerda. Los años pasan factura.

—¡No seas idiota, Dicky! —dijo *sir* Arthur con brusquedad—. Cambiando de tema... tu mujer ha sido un éxito total. Animó mucho la fiesta.

Dicky pareció complacido.

—Es guapa, ¿eh? Y alegre. ¡Ah, tengo una joya por esposa!

—¿Qué murmuráis por ahí? —preguntó un hombre que entraba justo en ese momento—. Apuesto a que estáis hablando de Charmian Karlake... Vaya impresión ha causado entre todos los patanes de tu pueblo, Moreton. Hasta el reverendo la encontró *muy* interesante...

—¡Bah! El viejo Bowles no cuenta —replicó *sir* Arthur—, y tú ya no te acuerdas de cómo funcionan las cosas en Hepton, Larpent, o sabrías que ninguna actriz, por muy famosa y hermosa que sea, despierta mucho interés aquí. Para nuestros vecinos, esas gentes son solo meros cómicos que pertenecen casi a una especie diferente de *homo sapiens*.

—¡Y tienen razón! —exclamó Mr. Larpent tomando asiento y sirviéndose un gran plato de setas—. Al menos si te refieres a Charmian Karlake. A su lado, todas tus bellezas de Meadshire parecían tan atractivas como una oveja o una vaca... ¡De diferente especie! ¡No sé cómo puedes ni dudarlo!

Mientras Mr. Larpent hablaba, la habitación se iba llenando progresivamente de los rostros ojerosos del resto de los asistentes a la fiesta

de Hepton Abbey. La única excepción era Mrs. Richard, la joven esposa americana de Dicky Penn-Moreton. Mrs. Richard apareció tan radiante como siempre, como si bailar hasta las tres de la mañana formara parte de su ritual diario... como en realidad así era. Detrás de ella, entró *lady* Penn-Moreton, la dueña de la casa, con su buen humor acostumbrado, aunque con un aspecto más fatigado de lo habitual.

Hepton Abbey era un sitio especial. Había sido una de las casas religiosas más ricas de Inglaterra en tiempos de la Reforma y todos sus ingresos habían sido adjudicados por el rey Enrique a uno de sus amigos favoritos: el cabeza de la familia Penn-Moreton. Es muy posible que el tal Penn-Moreton salvara entonces su cabeza y su fortuna al retirarse de inmediato a su nueva propiedad y dedicarse a ella en cuerpo y alma porque, aunque siguió recibiendo al rey con todo tipo de lujos y honores, tuvo el buen juicio de no volver a poner el pie en la corte durante el resto de su vida.

Desde ese momento, mientras todos los hermanos pequeños de las diferentes generaciones de los Penn-Moreton se dedicaron a la Armada o la Marina, los primogénitos solo se ocuparon de mejorar y ampliar sus tierras y propiedades.

La abadía, aunque mantenía sus vidrieras originales y había sido restaurada con respeto, mostraba ya pocas trazas de su origen. La vieja capilla, por ejemplo, se había desdoblado en un gran vestíbulo y un salón-comedor, y se había construido una nueva ala para la escuela, además de algunos baños.

El actual cabeza de familia era Mr. Arthur Penn-Moreton, casado dos años antes con la guapa hija de un aristócrata irlandés sin un centavo. En estos momentos eran padres de un pequeño de poco más de un año. *Sir* Arthur tenía además un hermano menor, Richard, llamado cariñosamente Dicky. El anterior Penn-Moreton se había casado dos veces, la primera esposa murió al dar a luz a *sir* Arthur y había sido reemplazada menos de un año después, de ahí que casi no hubiera diferencia de edad entre ambos hermanos.

Todo el mundo quería a Dicky Penn-Moreton, pero su herencia como hijo menor había sido pequeña y su afición al trabajo brillaba por su ausencia. Con dieciocho años, en los primeros meses de la Primera Guerra Mundial, tanto su hermano como él se habían unido al ejército y, afortunadamente, ambos habían regresado ilesos. Poco después anunció que abandonaba la carrera militar

porque no podía vivir con la pequeña paga que recibía un soldado en tiempos de paz, ni siquiera complementada con su pequeña renta más cierta cantidad que le daba su hermano. Desde entonces, había sido incapaz de encontrar un trabajo que le gustara, así que se había quedado en Hepton ayudando a cuidar de la propiedad. Solo hacía un par de meses que había sorprendido a la buena sociedad de Meadshire casándose con la risueña hija de Silas P. Juggs, un multimillonario de Chicago.

La nueva pareja acababa de regresar a Inglaterra después de su luna de miel y *sir* Arthur y *lady* Penn-Moreton habían celebrado un baile en su honor justo la noche anterior al comienzo de esta historia.

La boda había sido tan repentina que Richard Penn-Moreton y su mujer no habían tenido, literalmente, tiempo de buscar una casa, así que estaban alojados actualmente en uno de los hoteles más lujosos de Londres, disfrutando de la vida y de largos viajes en automóvil para visitar residencias adecuadas que estuvieran disponibles para alquilar.

Mrs. Richard había dado muy buena impresión en el baile. Su maravilloso vestido de París y su alegría y animación habían dejado fascinada a la monótona sociedad de Hepton.

El baile había tenido, además, otra gran atracción llegada del otro lado del Atlántico: la célebre actriz norteamericana Charmian Karlake, que había venido a Inglaterra para realizar una *tournée*.

Ese baile era la única invitación que la actriz había aceptado desde su llegada y su presencia había representado un gran honor para *lady* Moreton. *Miss* Karlake era una mujer bellísima, alta y delgada, con un rostro radiante que no debía nada al maquillaje y una melena de pelo cobrizo que la habría hecho destacar en cualquier parte. En su pequeña cara ovalada, de rasgos perfectamente formados, destacaban un par de ojos de un azul tan intenso como el gran zafiro que llevaba siempre colgado de su cuello. *Miss* Karlake decía que era su “talismán” y no se desprendía jamás de él. En el baile había aparecido con un vestido de lamé dorado, brillando como una llamarada entre los austeros habitantes de Meadshire.

Los ojos de Dicky Moreton, como los del resto de los comensales, no paraban de dirigirse hacia la puerta a pesar de la presencia a su lado de su bonita mujer. Pero pasaban los minutos y *miss* Karlake no aparecía.

*Sir Arthur* comenzó a charlar de las jornadas de caza que les esperaban. Los invitados terminaban su desayuno y se retiraban a una esquina con los periódicos del día.

Un instante después, entró el mayordomo con aire preocupado y miró incómodo a *sir Arthur*.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor? —le preguntó.

*Sir Arthur* salió de la habitación con un murmullo de disculpa.

—Yo creo que el viejo Brooks bebió ayer más de la cuenta —apuntó Dicky—. ¡Está blanco como la tiza!

—Dicky, no sé cómo no te da vergüenza decir esas cosas —replicó Mrs. Richard—. ¡Si Brook es el mayordomo perfecto! Parece que ha salido de un libro de Thackeray o de Trollope... Heredado con la casa, ya saben...

La frase fue interrumpida por la súbita entrada de *sir Arthur* que se dirigió a su hermano con semblante grave.

—Una de las puertas se ha quedado encajada, Dicky. Larpent y tú tendréis que ayudarme. Estas viejas puertas de madera son un infierno cuando se atascan.

—Tranquilo. Voy contigo —respondió Dicky, abandonando sus riñones y haciendo un gesto a Mr. Larpent, que renunció, resignado, a su plato de setas aún intacto.

Una vez fuera de la habitación, los modales de *sir Arthur* cambiaron por completo.

—Me temo que ha pasado algo raro en la habitación de *miss Karlake*. Su doncella no ha podido entrar esta mañana. Al principio pensó que no contestaba a sus llamadas porque estaba agotada de los excesos de anoche, pero al final se ha alarmado y ha solicitado la ayuda de Brook que, a su vez, me ha llamado. Ambos hemos hecho ruido suficiente como para despertar a todo un cementerio, pero no hemos conseguido nada. No sé qué pasa.

Dicky dio a su hermano una gran palmada en la espalda.

—No te preocupes. Seguro que está bien. No esperarás que una estrella como ella madrugue como los humildes mortales...

Pero Dicky estaba muy pálido mientras subía las escaleras y seguía a su hermano a través de los amplios pasillos. Enseguida llegaron a la puerta de una habitación donde les esperaba la típica doncella francesa, vestida con un uniforme negro y un pequeño y coqueto delantal bordado.

—¡Ah, *señog!* —se dirigió a ellos con ojos llorosos—. ¡Mi *pobge*

*mademoiselle, seguro que algo hoguible le ha pasado!*

—¡Tonterías! Estará dando un paseo temprano o tomaría algo para dormir y no te ha oído.

Dicky se volvió hacia Brook:

—Evita que se acerquen las mujeres, por si acaso... —y girándose hacia la doncella—: ¿Qué tomaría tu señora si no pudiera dormir?

Ella se llevó las manos al pecho angustiada.

—¡Yo no sé! Nunca, *nunca* la he visto *tomag* nada. Y nunca he visto ninguna medicina en su habitación.

—Mmmm... Bueno, tal vez las guarde donde no las veas. Apártate, por favor... ¡Vamos, Larpent!

Los dos hombres observaron la puerta durante un instante y, a un grito de *sir* Arthur, cargaron simultáneamente contra ella. La puerta crujió, pero no se abrió y solo consiguieron romperla después de hacer palanca con el palo que trajo uno de los sirvientes.

Dicky Penn-Moreton entró en la habitación y salió casi tan rápido como había entrado.

—Me temo que ha pasado algo terrible, Arthur. El dormitorio es un caos, está todo tirado por los suelos.

*Sir* Arthur entró como una tromba y retrocedió con una exclamación de horror.

La habitación estaba patas arriba y Charmian Karslake yacía en la cama en una posición extraña, como si la hubieran arrojado allí de cualquier forma. Su rostro, completamente blanco, estaba vuelto hacia la puerta con la boca abierta de par en par. Lo que habían sido un par de brillantes ojos azules estaban ahora opacos y vidriosos y miraban sin ver a los tres hombres que contemplaban espantados la escena desde la puerta.

No había tenido tiempo de desvestirse y la ropa de cama estaba tirada por el suelo, al igual que su camión. Solo estaba vestida con la ropa interior de seda, del mismo tono dorado que el vestido de la noche anterior, y un kimono blanco. Sobre el pecho izquierdo tenía una gran mancha roja y no había que ser un experto para darse cuenta de que llevaba muerta varias horas.

*Sir* Arthur se acercó y se inclinó sobre la mujer. Tocó ligeramente una de sus manos.

—¡Muerta! —exclamó con un susurro ronco—. ¡Pobre criatura! ¿Por qué lo habrá hecho?

—¿Que por qué lo habrá hecho?! —repitió uno de los hombres a su espalda—. Pero hombre, ¿no ves que intentó defenderse y luchó por su vida? —exclamó señalando los dos pequeños agujeros en el centro de la mancha roja y el desorden de la habitación—. ¡Charmian Karlake ha sido brutalmente asesinada!

## CAPÍTULO 2

Se decía que el Golden Theatre se llamaba así no solo por su lujosa decoración interior, sino porque pertenecía a una cooperativa cuyos miembros eran todos millonarios. Los salarios de los actores y actrices eran enormes y la recaudación, proporcional a los salarios. Noche tras noche, cuando el resto de los teatros apenas conseguían llenar medio aforo, el Golden Theatre ponía el cartel de lleno absoluto.

Últimamente, la gran atracción había sido la actriz americana Charmian Karlake, célebre no solo por su belleza sino también por su exquisita voz: “la voz de oro”, según sus admiradores. Tenía planeado quedarse una corta temporada en el teatro y, según los rumores, su sueldo semanal era fabuloso.

Se había avisado previamente de que a *miss* Karlake no le gustaban las fiestas de sociedad y que todo su tiempo libre lo pasaría estudiando guiones. Así que se produjo cierta sorpresa al saber que iba a ser reemplazada en la obra durante un par de noches porque había aceptado una invitación de los Penn-Moreton para asistir al baile de Hepton Abbey.

“¿Por qué los Penn-Moreton?” era la pregunta generalizada. *Miss* Karlake había rechazado invitaciones de la aristocracia y de otros personajes de un nivel social muy superior a los Penn-Moreton. Pero la actriz no era muy comunicativa, así que la pregunta quedó sin respuesta y la curiosidad local insatisfecha.

Ese día, sin embargo, en vez de la alegría y bullicio habituales del teatro, todo eran caras largas y tristeza. Y en vez del cartel de lleno absoluto, a ambos lados de la taquilla colgaban dos letreros con marco negro en los que se leía:

*“Debido a la repentina muerte de miss Charmian Karlake, este teatro queda cerrado hasta nuevo aviso. En taquilla se devolverá el importe de todas las entradas adquiridas”.*

“Muerte repentina”... los transeúntes pasaban por delante y se frotaban los ojos incrédulos antes de volver a leer el cartel.

Hacía solo unas horas que aquellos que compraban el *Morning Crier*, o

los aficionados a los ecos de sociedad en general, habían leído fascinados la descripción de la majestuosa aparición de *miss* Karlake en el baile de Hepton, con su vestido dorado y su maravilloso zafiro... ¡Era imposible que ella, la radiante *miss* Charmian Karlake, estuviera ahora muerta!

La gente se agolpaba bloqueando la acera delante del Golden Theatre y formando una multitud inmune a los intentos de dispersión de la policía.

Un hombre delgado, fácilmente identificable como un detective de paisano, atravesó el corro de gente sin fijarse y fue a darse de bruces contra otro que caminaba en dirección opuesta. Se detuvieron ambos con una exclamación de sorpresa.

—¡Harbord! Iba a llamarte. Pensaba que estabas en Derbyshire.

—Y lo estaba... esta mañana —contestó el tal Harbord—. Pero las cosas se han tranquilizado por esas tierras y quería regresar y entregar mi informe lo antes posible.

—¡Bien por ti! —exclamó el inspector Stoddart con aprobación—. ¿Vas con prisa ahora? Yo tengo que tomar un tren a las 17:15 desde St. Pancras.

Harbord negó con la cabeza.

—En realidad, no me espera nadie hasta mañana así que estoy completamente libre.

—Estupendo —contestó el inspector, arrastrándole lejos de la multitud.

Stoddart paró un taxi, indicó a su acompañante que entrara y dio las señas de Scotland Yard. Una vez acomodados, miró de nuevo al joven que tenía a su lado.

—Ya has visto la aglomeración delante del teatro. ¿Te has enterado de lo que ha pasado?

Harbord meneó la cabeza.

—Algo sobre Charmian Karlake, supongo. Tiene fascinados a todos... Hasta que llegue la siguiente novedad, claro...

—Bueno... —replicó el inspector abatido—. La “siguiente novedad” ya ha llegado. La noticia de su muerte.

—¡Su muerte! —Harbord se lo quedó mirando atónito—. Pero si esta misma mañana, en el tren, unas mujeres estaban comentando la sensación que causó anoche en no sé qué baile...

—Exacto —el inspector asintió—. Bailó toda la noche, presumió de vestido y de joyas y se volvió a su dormitorio para... morir.

—Pero... ¿qué ha pasado? —preguntó Harbord impaciente.

—Una bala le ha atravesado el corazón —contestó el inspector.

A pesar de lo endurecido que estaba tras una vida entre criminales, Harbord no pudo evitar palidecer.

—¿Quién lo hizo?

—¡Ah! Eso... —el inspector contestó sombrío— eso es lo que tú y yo vamos a averiguar tomando el primer tren a Hepton.

Harbord le miró sobresaltado.

—¿Quieres decir que...?

—La policía local ha solicitado la ayuda de Scotland Yard y me han puesto a mí a cargo del caso, así que salgo de inmediato y tú te vienes conmigo. Prefiero tenerte a ti que a cualquier otro miembro del C.I.D. Solo nos queda media hora antes de partir, el tiempo justo para hacerte un resumen de la situación. Espero poder comprar los periódicos de la tarde en la estación y que nos den más información.

—¿Quién querría hacer daño a Charmian Karlake? —preguntó Harbord pensativo—. Tenía entendido que no conocía a mucha gente en Londres, que era muy reservada... ¿Crees que es posible que alguien la siguiera desde América?

—No tengo ni idea —contestó Stoddart impertérrito—. Lo primero que tenemos que hacer es anotar el nombre de cada hombre, mujer o niño que durmió anoche en Hepton Abbey y ver si podemos descubrir alguna conexión entre ellos y la actriz.

—No va a ser fácil —observó Harbord—. Por lo que tengo entendido el baile fue extraordinariamente concurrido.

—El baile lo fue, pero los invitados alojados en la casa no fueron tantos —le corrigió Stoddart—. La mayor parte de los asistentes llegaron en automóvil y casi todas las casas de los alrededores tenían visitantes venidos expresamente para la ocasión así que, aunque la casa estaba llena, no lo estaba más de lo normal.

—Supongo que no hay ninguna duda de que el asesinato fue cometido por alguien alojado en Hepton Abbey —se atrevió a decir Harbord.

El inspector enarcó las cejas.

—No hay ninguna duda razonable, diría yo. No hay puertas o ventanas forzadas y todas estaban cerradas con llave. Eso es lo que han declarado los sirvientes, pero no podemos descartar nada... Alguien desconocido por los

Penn-Moreton que tuviera algo contra *miss* Karlake, o que quisiera robarle las joyas, podría habérselas ingeniado para esconderse en la casa durante el baile. Se podría haber colado en su dormitorio, tal vez se encontró con la actriz despierta y, temiendo que gritara y despertara a toda la casa, la mató. Luego se las arreglaría para huir por la ventana... Por otro lado, quizá Charmian Karlake estorbaba a alguien y la mataron por eso. Pero... ¿quién y por qué? Hay varios asuntos que aclarar antes de adelantar ninguna teoría... En un par de horas sabremos más.

Tal y como el inspector había previsto, pudieron comprar los primeros periódicos de la tarde en St. Pancras. “El asesinato de Charmian Karlake” decían los grandes titulares que ocupaban la mayor parte de la portada. Pero era evidente que no se conocían aún muchos detalles y el inspector no leyó nada que no supiera ya de antemano. Los periódicos se habían conformado con resumir la carrera de la actriz en Estados Unidos y dar todo lujo de detalles sobre la obra de teatro que había estado protagonizando en Londres.

Ya estaba anocheciendo cuando llegaron a la estación de Hepton. Allí les esperaba el coche de *sir* Arthur. Un breve trayecto de pocos minutos les dejó en la puerta de Hepton Abbey, donde les hicieron pasar al estudio de inmediato.

*Sir* Arthur tendió una mano al inspector Stoddart.

—Es muy amable por su parte haber venido tan rápidamente, inspector. Recuerdo su trabajo en el caso del diamante Craston, el año pasado. *Lord* Craston era amigo mío, no sé si lo sabe. También me acuerdo del caso del asesinato de Barstow en el que cazó a Skrine cuando no había indicios en su contra. Decidí que tenía que ser usted el que resolviera esta tragedia y así se lo hice saber a Scotland Yard. Quiero que remueva cielo y tierra para averiguar qué ha pasado aquí. Es impensable que una mujer haya sido asesinada en mi casa y que el asesino escape sin castigo.

El inspector se permitió una leve sonrisa.

—Aún no hemos llegado a ese punto, *sir* Arthur. No adelantemos acontecimientos... Bien, supongo que está deseando que empecemos a trabajar. El superintendente local habrá puesto vigilancia para que nadie haya abandonado la casa...

*Sir* Arthur asintió.

—Desde el primer momento. Pero no creerá...

Stoddart levantó una mano.

—Las creencias no tienen cabida en estos casos, *sir* Arthur. Ahora, cuénteme, por favor, todo lo que sepa sobre los habitantes de esta casa y sus invitados. Empecemos por su círculo más cercano.

*Sir* Arthur frunció el ceño. Era evidente que no le gustaba esa labor en absoluto.

—Mi círculo más cercano —repitió—. Bien... en primer lugar está la pareja en honor de la cual se dio el baile anoche, mi hermano menor y su esposa norteamericana.

—¿Norteamericana? —preguntó Stoddart interesado, sacando cuaderno y lápiz.

—De California —puntualizó *sir* Arthur—. Pero creo que mi cuñada no ha pasado mucho tiempo en su país. Se educó en un convento cerca de París y, al salir, se embarcó en un largo *tour* continental con su padre, Silas Juggs... ya sabe, el magnate de la sopa enlatada. Después, supongo que regresaría a su casa durante un tiempo. Posteriormente vino a Londres a pasar una temporada, conoció a mi hermano, se enamoraron locamente y después de un corto compromiso se casaron; eso fue hace un par de meses... No veo cómo la vida de mi cuñada pudo coincidir en ningún momento con la de Charmian Karlake... Además, lo habría comentado si fuera así.

—¡Sí, claro! —murmuró el inspector mientras apuntaba algo en su cuaderno—. Ahora, *sir* Arthur, sobre el resto de los miembros de la fiesta... He oído mencionar a un tal Mr. Larpent...

—Sí, Mr. John Larpent, un familiar lejano y amigo mío desde la infancia —precisó *sir* Arthur—. Fuimos juntos a Eton y Christ Church... Claro que ha oído hablar de él, inspector. Se está haciendo célebre como abogado aunque aún es muy joven.

El inspector se llevó una mano a la cabeza.

—¡Claro! Ya decía yo que me sonaba el nombre. Fue él quien defendió a Mrs. Gatwick el año pasado...

*Sir* Arthur asintió.

—No consiguió que la absolvieran, pero faltó poco. Es posible que él pueda ayudarle, inspector. Creo que ha estado haciendo algunas indagaciones por su cuenta.

El inspector no pareció especialmente satisfecho.

—Ya veremos... ¿Mr. Larpent no está casado?

—No... aún —*sir* Arthur sonrió ligeramente—. Se ha comprometido recientemente con *miss* Galbraith, una amiga de *lady* Moreton.

El inspector alzó la vista.

—¿La hija de *lord* Galbraith?

—Del anterior *lord* Galbraith, no del actual —le corrigió *sir* Arthur.

—Ella estaba presente en el baile, claro —observó Stoddart.

—Sí, claro —corroboró *sir* Arthur.

El inspector levantó la mirada de sus notas.

—¿Y el resto? Me refiero a los invitados, supongo que los nombres de los sirvientes me los dará el ama de llaves.

—Entiendo que sí —contestó *sir* Arthur vagamente—. En cuanto a los invitados... en el ala de los solteros dormían el capitán Arthur Appley, *lord* John Barton, Mr. Williams... pero... tenga, he hecho una lista... aquí la tiene —dijo *sir* Arthur sacando un papel del bolsillo—. Pensé que así le ahorraría tiempo... A la izquierda están todos los solteros y a la derecha las solteras, sus habitaciones están justo en el ala opuesta.

El inspector tomó la lista y la estudió durante unos instantes. Luego, sin levantar la mirada, comentó:

—Veo que *miss* Karslake no durmió en esta ala con el resto de las solteras.

—No... —*sir* Arthur vaciló—. A decir verdad, *lady* Moreton estaba muy contenta, halagada diría yo, de que *miss* Karslake hubiera aceptado la invitación al baile, ya que nadie se lo esperaba, y se desvivió por que estuviera lo más cómoda posible. La colocó en una de las grandes *suites* de la fachada principal de la casa.

El inspector levantó la vista y miró fijamente a *sir* Arthur.

—¿Por qué *miss* Karslake aceptó la invitación de *lady* Penn-Moreton cuando parece que había rechazado todas las demás?

*Sir* Arthur se encogió de hombros.

—A mí no me pregunte. ¿Por qué una mujer hace algo?... Se conocieron no sé muy bien dónde y aparentemente se cayeron bien. A *miss* Karslake le interesaban mucho las antigüedades de todo tipo y Hepton Abbey es única en ese aspecto, ya sabe. *Lady* Moreton le habló de ello y, cuando surgió la idea del baile, la invitó diciéndole que tendría ocasión de ver la casa. *Miss* Karslake aceptó la invitación y mi mujer se alegró mucho y, la verdad, creo que también se sorprendió bastante.

—¿Demostró interés por la mansión al llegar?

—¡Oh, sí!... Eso creo —*sir* Arthur volvió a vacilar—. A decir verdad, no tuvo mucho tiempo para demostrar interés en nada. La casa estaba... bueno, estaba en el estado en el que siempre está cuando se celebra un gran acontecimiento de este tipo. Prometí mostrársela a la mañana siguiente... pero ya fue demasiado tarde...

La mirada penetrante del inspector seguía fija en *sir* Arthur.

—¿No tiene ninguna idea sobre este misterio aparentemente inexplicable?

*Sir* Arthur negó con la cabeza.

—En absoluto. *Miss* Karlake era una completa desconocida para mí y, por lo que sé, también para el resto de los invitados. El único motivo que se me ocurre es el robo. Parece que ha desaparecido el gran zafiro que llevaba siempre colgado alrededor del cuello.

—¿Y el resto de las joyas?

—Su doncella parece pensar que no falta nada más. En el baile lució un collar de perlas y un anillo magnífico y ambos seguían sobre su tocador esta mañana. Las joyas se han guardado ya y están a salvo.

—Sobre el zafiro... Es de gran valor, claro está.

*Sir* Arthur pareció dudar.

—La verdad es que no lo sé. No soy un gran experto en joyas... Imagino que gran parte de su valor es histórico, pero eso no es algo que un ladrón pueda explotar. Y... por lo que sé, ha traído mala suerte a casi todos sus propietarios... El primer dueño conocido fue el desafortunado príncipe Paul de Rusia. Después pasó a manos de la desgraciada princesa de Lamballe... y a la reina Draga de Serbia, que amaneció un día asesinada... y estos son solo algunos de sus desdichados propietarios. No sé cómo llegó a manos de *miss* Karlake, pero he oído decir que se echó a reír cuando le contaron la maldición asociada a la joya, dijo que a partir de ese momento sería su talismán y que a ella solo le traería suerte... Desde que llegó a Inglaterra, los periódicos han comentado a menudo el hecho de que siempre lo llevara puesto... puede haber atraído la atención y la avaricia de algún criminal.

—Quizá tenga razón —convino el inspector, frotándose la barbilla—. Es posible que el criminal pensara que era más fácil hacerse con el zafiro aquí que en la ciudad. Claro que habría un gran número de joyas valiosas aquí anoche...

*Sir Arthur* sonrió.

—Desde luego. Sin ir más lejos, las perlas de *lady* Moreton deben de valer diez veces más que el zafiro... y no digamos los diamantes de Mrs. Richard. Pero todas las piezas de valor estaban guardadas en la caja fuerte. Sugerí a *miss* Karlake que metiera también su colgante pero se echó a reír y contestó que lo llevaba siempre consigo.

El inspector asintió.

—¿Ha echado en falta dinero, señor? ¿O algo de valor de algún otro invitado?

—Nada por el momento.

El inspector se levantó para irse.

—Le estoy muy agradecido, *sir* Arthur. Si no le importa, me gustaría echar un vistazo ahora a la escena del crimen y hablar después un momento con todos los asistentes a la fiesta.

—El... el cuerpo ya no está, inspector. Se lo han llevado a la capilla privada de la casa después de que el superintendente Bower lo examinara.

El inspector apretó los labios.

—Mmm... Una lástima. En fin, supongo que era inevitable dadas las circunstancias. Me gustaría hablar un momento con su mayordomo, *sir* Arthur.

—¿Brook? ¡Oh, claro! Él mismo le conducirá a... ¡Ah! ¡Aquí estás, Brook! Muestra por favor a estos caballeros dónde se encuentra la habitación de *miss* Karlake.

El mayordomo era un hombre de mediana edad, tan impasible, sin duda, como la mayor parte de los de su gremio en circunstancias normales pero, en esos momentos, se le veía con el rostro desencajado por los acontecimientos. Stoddart percibió sus manos temblorosas y el miedo reflejado en sus ojos.

En la primera planta, el policía de guardia se hizo a un lado para dejarles pasar al dormitorio. El inspector se acercó a la cama. Observó la escena durante un instante y miró a Harbord.

—No la mataron en la cama —observó este.

—No. Creo que estaba de pie... ahí —replicó el inspector señalando una alfombra al lado de la chimenea—. El asesino la trasladó después a la cama.

Harbord miró hacia el lugar indicado. La alfombra había sido apartada a un lado y algunas manchas de sangre destacaban en el suelo reluciente.

El inspector sacó una cajita minúscula del bolsillo y espolvoreó algo

sobre las manchas. Después de un par de minutos, hizo una señal a Harbord que estaba inclinado sobre el alféizar de la ventana, microscopio de bolsillo en mano.

—Nadie ha salido por esta ventana —comentó este último.

—No —dijo el inspector lentamente—. Me temo que no.

## CAPÍTULO 3

—Puedes opinar lo que quieras sobre los métodos de la policía de tu país, pero me apostaría lo que fuera a que en Estados Unidos ya habrían atrapado al culpable.

Era Mrs. Richard Penn-Moreton quien hablaba. Se encontraba en ese instante en uno de los salones de la mansión acompañada de *lady* Moreton, su cuñada y anfitriona, y Paula Galbraith.

Como todas las habitaciones de la abadía, el salón era bastante pequeño. La actual *lady* Moreton había respetado el encanto del lugar y los gruesos muros de piedra permanecían desnudos, sin fotografías o cuadros que estropearan el efecto. Solo había lugar allí para las ventanas altas con vidrieras, el reluciente suelo de roble, unos tapices flamencos antiguos y alguna escultura de buena calidad sobre la repisa de la chimenea. Un par de butacas, un lujoso sofá chesterfield frente a la chimenea y algunas mesitas de roble con sillas a juego a su alrededor completaban el mobiliario de la sala. Y un gran florero con violetas de Parma bajo la ventana y otro con un gran ramo de rosas cerca de la chimenea alegraban el ambiente.

*Lady* Moreton estaba acurrucada en una esquina del chesterfield. Era una morena pequeña, normalmente alegre y vivaz, pero en ese momento se la veía pálida y ojerosa. Levantó la mirada hacia su cuñada.

—No sé lo que harían en tu país, Sadie —dijo con voz cansada—, pero antes de culpar a la policía por no haber descubierto al asesino, deberías asegurarte de que ha habido realmente un asesinato. No puedo creer que alguien haya intentado matar a Charmian Karlake. ¿Por qué alguien haría algo así?... No tiene sentido. El arma se tuvo que disparar accidentalmente.

—No digas tonterías —contestó Mrs. Richard ásperamente.

Sadie Penn-Moreton, Mrs. Richard, era una americana típica: delgada, elegante, con la tez bronceada, ojos brillantes y expresivos, un peinado de una sencillez engañosa y un vestido muy corto y revelador, última moda de París. Estaba apoyada en la repisa de la chimenea con sus largas piernas, enfundadas en medias de seda, cruzadas.

—¿Qué arma? —continuó con su agudo timbre de voz—. Si hubiera estado jugando con un arma, la habrían encontrado en el suelo o en su mano.

Además, ¿quién cerró la puerta y se llevó la llave?

—¿Estaba cerrada la puerta con llave? —preguntó *lady* Moreton asombrada.

—*¿Estaba la puerta cerrada con llave?* —la imitó Mrs. Richard en tono de burla—. La verdad, vosotros los ingleses sois el colmo. Si esto hubiera pasado en Estados Unidos estaríamos ya todos histéricos acosando a la policía hasta que atrapara al culpable y lo pusiera entre rejas. Pero vosotras... ¡Miraos! Ahí sentadas tranquilamente en el diván poniendo cara de sorpresa... “¡Oh!, *¿estaba la puerta cerrada con llave?*”... ¡Me dan ganas de sacudiros hasta que despertéis!

—No serviría de nada que lo hicieras —replicó *lady* Moreton sin energía—. ¡Todo esto es horrible! Ojalá nunca la hubiéramos invitado a venir...

—Sí... ya pensaba que desearías algo así —observó Mrs. Richard—. Pero eso tampoco ayuda en nada a estas alturas... Y la habrían matado igual, probablemente. Yo creo que el asesino la siguió hasta aquí y se mezcló con tus invitados para pasar desapercibido hasta que vio la oportunidad, se escondió en la oscuridad, subió y la mató. ¿Qué opina usted, *miss* Galbraith?

El tercer miembro de la habitación, *miss* Galbraith, al oír su nombre giró la cabeza desde la ventana en la que estaba apoyada. Era una joven alta y atractiva, con una cabeza llena de rizos dorados y una tez pálida del tono que normalmente acompaña a ese color de pelo. Mientras miraba a Mrs. Richard se reflejó un destello de miedo en sus ojos, algo que no pasó desapercibido para la astuta americana.

—No tengo ni idea —contestó, vacilante—. Nunca me había visto en una situación parecida y no lo entiendo...

—¡Cielo santo! Ninguna nos habíamos visto mezcladas antes en un asesinato —replicó Mrs. Richard impaciente—. Pero eso no impide que utilicemos nuestro cerebro ahora que sí lo estamos... Lo que me extraña es que nadie haya oído el disparo. Dicky y yo estábamos cerca pero no lo oímos. O, mejor dicho, fui yo quien no lo oí porque el vestidor de Dicky está al otro lado, más lejos de la habitación de *miss* Karlake que el mío. Y ahora que lo pienso... debí de ser yo la última persona que la vio con vida... Mi puerta estaba abierta y yo estaba esperando a Dicky cuando la vi pasar y le dije: “Buenas noches, *miss* Karlake. Ha sido una fiesta increíble, ¿no cree?”. Y ella me contestó: “Sin duda. Aquí saben hacer estas cosas mejor que en

Estados Unidos”. Y yo le pregunté entonces: “¿Me deja echar un vistazo a su colgante?”. Y ella se rio y me lo entregó mientras me preguntaba por qué quería verlo. Y yo le contesté: “Oh, tal vez pueda leer el futuro en él. Tengo lo que algunas personas llaman “poderes psíquicos” y en otras ocasiones he visto cosas raras en este tipo de bolas”.

Mrs. Richard calló y encendió un cigarrillo con calma.

—¡Vamos, Sadie! ¡Continúa! —exclamó su cuñada con impaciencia—. ¿Qué viste?

—Pues... nada —contestó esta—. *Miss* Karlake me preguntó lo mismo y le contesté que solo la había visto a ella, su imagen, pero que la figura de un hombre se había puesto en medio. ¡Quizá era su asesino!... Pareció decepcionada pero sonrió, me deseó buenas noches y se marchó... ¡Pobre criatura!

Se hizo una pausa mientras un sirviente entraba en la habitación.

—Espero no molestarla, *milady*. Me envía *sir* Arthur para decirle que ha venido un inspector de Scotland Yard y quiere verla en la biblioteca.

—¡A mí! —*lady* Moreton emergió de su rincón y se retiró un mechón de cabello que le había caído sobre la frente—. No sé qué voy a poder decirles yo... ¿Y por qué no ha venido *sir* Arthur a decírmelo él mismo?

—Está en la biblioteca, *milady*, con el resto de los caballeros.

—¡Oh, bueno! Supongo que tendré que ir... —dijo *lady* Moreton resignada.

—¡Pues claro! La policía tendrá que hablar con todo el mundo —interrumpió Mrs. Richard—. Te acompañaremos.

Iba a dar media vuelta para seguir a su cuñada, pero el sirviente la detuvo.

—Disculpe, *madame*. *Sir* Arthur dijo expresamente que el caballero quería hablar a solas con *milady*.

Sadie elevó la punta de su naricilla.

—¡Oh, claro!... Vamos, *miss* Galbraith. Usted y yo nos quedaremos aquí a meditar sobre el asunto a ver si sacamos algo en claro.

*Lady* Moreton, acompañada del sirviente, se dirigió hacia la biblioteca. Allí la esperaba el inspector, que hizo una inclinación al verla.

—¿Quería hablar conmigo? —preguntó *lady* Moreton.

—Le agradecería que nos contara todo lo que sabe sobre *miss* Karlake,

*lady* Moreton. Cómo la conoció, de qué hablaron aquí en Hepton...

*Lady* Moreton se mordió el labio inferior.

—Eso último se cuenta rápido... No hablamos prácticamente nada... Una anfitriona tiene tan poco tiempo libre para los invitados cuando hay un acontecimiento de este tipo y *miss* Karlake no llegó hasta el último tren de la tarde... En cuanto a cómo la conocí... Yo iba en el coche por la calle y un chico tuvo un terrible accidente casi delante de mí. *Miss* Karlake estaba paseando por allí justo en ese momento. Ambas nos detuvimos a ayudar a la pobre criatura y acabamos llevándolo al hospital más cercano. Fuimos también a buscar a la madre y, cuando todo acabó, acerqué a *miss* Karlake a su casa en mi coche. Por el camino me contó lo mucho que le interesaban las antigüedades y acabé invitándola a venir a ver Hepton Abbey. Yo la había reconocido de inmediato, claro está, y me había parecido tan encantadora como todo el mundo decía que era. Me halagó mucho que aceptara posteriormente mi invitación al baile porque había rechazado todas hasta ese momento... Creo que vino exclusivamente a ver la abadía.

El inspector miró sus notas y frunció el ceño.

—Yo diría que hay otras mansiones igual de antiguas e interesantes que Hepton Abbey, *lady* Moreton.

—Sí, lo sé. Aunque creo que Hepton es única en muchos aspectos... Sin embargo, me he preguntado varias veces hoy... aunque no quiere decir nada, probablemente...

—¿A qué se refiere? —preguntó el inspector con curiosidad.

—Bueno, me he preguntado si había alguna razón especial en su interés por Hepton. Si conoció a alguien de aquí hace años, antes de hacerse famosa.

Stoddart no levantó la vista pero apretó la pluma con una fuerza tal que, por un momento, pensó que la había roto.

—¿Y por qué piensa eso?

—Bueno... no estoy segura. Pero me pareció... no pude evitar notar que parecía que los alrededores le resultaban familiares de algún modo.

—¿En qué sentido? Por favor, dígame exactamente lo que pasó. Es muy importante.

—Bueno... cuando la llevé a su habitación —continuó *lady* Moreton indecisa—, se acercó a la ventana y admiró la vista durante unos momentos. Y de repente dijo: “Vaya, ya no está ahí el gran roble de Craxton Church”. Yo me quedé atónita, naturalmente, y le pregunté cómo podía saber eso. Ese roble

desapareció mucho antes de que yo llegara a Hepton.

—¿Y ella, qué le respondió? —preguntó el inspector claramente interesado.

—¡Oh! Bueno, ella se *replegó*, por así decir, y dijo que había estado viendo unos grabados antiguos de Hepton Abbey y que el roble era particularmente llamativo. Y que se había acordado del nombre, Craxton, porque le había parecido muy curioso y se había preguntado si sería característico de esta zona... Y luego hablamos de otras cosas y yo ya me marché y la dejé sola.

—Craxton... es un pueblo a pocos kilómetros de Hepton, ¿no? ¿Me podría decir de qué más hablaron?

—Bueno... mera charla insustancial... Nada más, realmente.

—¿Supongo que no notaría si *miss* Karlake conocía a alguno de los invitados? ¿Alguna señal de amistad?

—No. No conocía a nadie. Recuerdo que se echó a reír y dijo que se sentiría como un florero en el baile pues, como no conocía a nadie, no tendría pareja. En realidad, no pararon de perseguirme en toda la noche para que se la presentara a todo el mundo.

—Entiendo —el inspector asintió—. Eso es todo por hoy, *lady* Moreton. En algún momento tendré que interrogar a todo el que durmió en la casa ese día, pero primero hablaré con la doncella de *miss* Karlake y luego registraré a fondo la habitación del crimen.

*Lady* Moreton se levantó poco menos que tropezándose en su impaciencia por salir de allí. El inspector le abrió la puerta y ordenó a uno de sus hombres que esperaban fuera—: Traiga a la doncella de *miss* Karlake.

La doncella no le hizo esperar mucho tiempo. Antes de que le hubiera dado tiempo a repasar brevemente sus notas, una figura pequeña y coqueta entraba ya en la habitación.

—¿Deseaba *hablag* conmigo, *señog*?

—Pase, *mademoiselle* Marie.

—Mi *nombge* no es Marie —dijo ella mirando discretamente sus delicados zapatos y luego alzando la mirada y sonriéndole—: Me llamo Celestine Dubois pero con Celeste basta.

El inspector sonrió a su vez.

—*Mademoiselle* Celeste, entonces. ¿Ha sido doncella de *miss* Karlake desde que ella vino a Inglaterra?

—¡Ah, sí, *señog!* Y también antes, en Nueva *Yogk*. Llevaba ocho meses con *miss Kagslake*.

—Ajá. ¿Y sabe si su señora había estado antes en Inglaterra?

Celeste enarcó las cejas.

—Es *gacioso* que diga esto, *monsieur*. *Pogque* muchas veces me he dicho que *ega incgeíble* la cantidad de sitios que conocía *madame*... Un día me llevó con ella en un taxi que nos dejó en una calle muy fea. *Miss Kagslake* no hizo caso de la suciedad ni de los malos *ologues*, se metió en un callejón y *desapagueció* en una iglesia diciéndome que la *espegaga fuega*, sentada en el *pogche*... *Pego* no me senté, estaba demasiado sucio. Cuando *madame pog* fin salió, vi que había huellas de *láguimas* en sus mejillas. En el taxi de vuelta me explicó que *ega pogque* su abuelo estaba *entegado* allí. Yo no dije nada *pego pog dentgo* me *gueí*. ¡Su abuelo! ¡Ja! Yo no *llogaguía* ni un poquito *pog* un abuelo, ni aunque todo el *cementeguo estuvienga* lleno de abuelos míos.

El inspector sonrió.

—Supongo que tiene razón. ¿Recuerda el nombre de esa iglesia, *mademoiselle?*

Celeste negó con la cabeza.

—No oí el *nombge*. *Pego cgeo* que la *gueconoceguía* si la *volvienga* a *veg*.

—¡Ah! Tal vez podamos llevarla a verla algún día. Y ahora... ¿podría decirnos algo de la muerte de *miss Karlake*?

—¡Yo! —Celeste, indignada, saltó como un resorte de su silla—. No sé nada. ¡Nada! Hace dos días *madame* me dijo que *empaquetaga* sus cosas *paga* este baile y yo me *alegué pogque* es tan *tgiste* esto de no *salig* a ningún lado... *pego* si *hubienga* sabido...

—¿Vinieron en tren, según tengo entendido?

Celeste asintió.

—El de las *cuatgo* de St. *Pantcgas*.

—¿Y cree posible que en el tren alguna persona sospechosa hubiera visto las joyas, el colgante de zafiro, por ejemplo, y hubiera decidido seguirla hasta la abadía para robarle y, tal vez, matarla?

—No. No *cgeo* —Celeste negó con la cabeza muy decidida—. Yo no viajé en el mismo coche que *madame pego* sí muy *cegca* y no vi a nadie sospechoso. Y joyas... no llevaba joyas en el *tgen*. Solo la bola de *zafigo*, *pego* no se veía.

—¿Vio mucho a *miss* Karlake una vez en Hepton?

—Mmm... No. La desvestí. Y la vestí *paga* el baile. *Pego* no habló mucho, solo dijo que no la *espegaga despiegta*. Que se *desvestiguía* ella misma después... Eso me *sogpgendió*.

—¿Por qué la sorprendió?

—*Pogque* nunca, nunca, me había dicho eso. Y muchas veces llegaba *tagde* del *teatgo*, *pego siempge* la *espegaba*.

—¿Así que no la vio después del baile? —preguntó el inspector sin ocultar su decepción.

—¡Oh, sí, *monsieur*! Yo no estaba cansada y me gustan los bailes. Este *ega* muy lujoso, muy elegante. Así que la *espegué pego* no le gustó nada: “¿No te he dicho que no me *espegues*, Celeste? *Pog favog*, vete ya a la cama”. Eso me dijo.

—Me pregunto por qué diría eso.

Celeste extendió las manos.

—No sé... *pego* me he estado *pgeguntando* desde ese día si no *queguía* *veg* a alguien a solas en su habitación. Y esa *pegsona* la mató *pogque* vi...

—¿Qué vio? —casi saltó el inspector. Celeste le miró y sus ojos se volvieron más brillantes aún.

—Yo estaba en el *extgemo* del pasillo, *monsieur*, y me di la vuelta, no sé *pog* qué, y vi un *hombge* que venía desde el *otgo* lado. En ese momento no me di cuenta de a dónde iba, *pego ahoga cgeo* que *entgó* en la habitación de *mademoiselle*.

—¿Lo reconoció? —preguntó el inspector con brusquedad.

—No —respondió Celeste encogiéndose de hombros—. El pasillo estaba muy *oscugo* y ese *hombge* llevaba baja la cabeza, no se veía bien. Y no le *migué* mucho.

—¿Por qué no ha dicho nada de esto antes? —la voz del inspector era ahora severa.

—No sé. No pensé mucho en ello. Debía de *seg* uno de los invitados *pogque* iba vestido de chaqué. Es todo lo que sé.

El inspector se entretuvo en dibujar lo que parecían garabatos en una hoja de papel.

—¿Fue esa la última vez que vio a *miss* Karlake con vida?

Celeste se estremeció.

—Sí, *pego* luego yo estaba allí también cuando la *encontgagon muegta*.

¡Oh! Nunca me *olvidagué* de ese momento... ¡Nunca!

—Intente apartarlo de su mente, *mademoiselle* —le dijo el inspector compadeciéndose de ella—. Una última pregunta y hemos acabado... ¿Entiendo que no falta nada entre las cosas de *miss* Karlake excepto la bola de zafiro?

—Nada, *monsieur*. Al menos, joyas no. No sé si falta *dinero*... ¿Cge que *guagdaba* algo, no mucho, en una cajita de piel que *siempge* llevaba consigo...

El inspector se levantó.

—Pues eso es todo de momento, *mademoiselle*. Muchas gracias por su ayuda.

Celeste hizo una pequeña reverencia.

—*Ggracias a usted pog su cogtesía. Au revoir, monsieur.*

El inspector le abrió la puerta.

—*Au revoir, mademoiselle* —se despidió cortés.

## CAPÍTULO 4

El policía de guardia delante de la habitación de Charmian Karlake hizo una señal de saludo al ver aparecer al inspector y a Harbord.

—¿Ha entrado alguien desde que está aquí de guardia? —preguntó el inspector.

—No, señor.

El inspector se quedó mirando el caos del dormitorio con el ceño fruncido. Era evidente que Charmian Karlake había luchado valientemente por su vida.

—Alguien debería de haber oído algo —observó.

Los muebles estaban volcados y todo estaba patas arriba. Había pequeñas y valiosas alfombras diseminadas por el suelo pulido, como en casi todas las habitaciones de la abadía. En este caso estaban apartadas a un lado y un edredón de seda ocupaba el centro de la habitación. Charmian Karlake no había llegado a acostarse, pero toda la ropa de cama había acabado en el suelo durante la lucha. Una gran mancha de sangre ocupaba el lugar donde había caído la actriz.

El inspector miró a su alrededor.

—No nos dice mucho, ¿eh?

Harbord no respondió. Miraba fijamente la puerta, con especial interés en la cerradura. Los paneles de la puerta habían sido forzados y la cerradura colgaba rota pero aún cerrada. No se veía la llave por ningún lado. Harbord inspeccionó el pomo de la puerta con su microscopio. El inspector pasó a su lado y fue directo al tocador donde había un collar de perlas además de los accesorios habituales. Echó un somero vistazo y entró en el vestidor. Extendido sobre una silla, donde ella lo había dejado, estaba el vestido de lamé dorado del baile. En una esquina se veía un bolso de mano. El inspector se arrodilló y comenzó a sacar papeles del interior pero ninguno parecía tener el menor interés. Un par de facturas, recibos, alguna nota del responsable del teatro... Stoddart se estaba dando ya por vencido cuando se inclinó hacia adelante con una exclamación.

—¡¿Qué es esto?!

Harbord se acercó. El inspector le mostró un papel que parecía haber

sido arrancado de alguna libreta donde el nombre “Paula Galbraith” estaba escrito una y otra vez.

—¿Qué significa esto? ¡Paula Galbraith!... ¿Se conocerán de Estados Unidos? Si hubiera sido la otra... Mrs. Richard Penn-Moreton, no me habría extrañado pero... ¿Paula Galbraith?... Aquí tenemos otro misterio que resolver...

—¿Otro? —preguntó Harbord levantando las cejas.

—¿Por qué vino Charmian Karlake a Hepton?... Ese es el primero. No creo que fuera porque se había encaprichado de pronto con *lady* Moreton o con la abadía.

—¿Cree que tenía algún motivo concreto para venir?

El inspector asintió.

—Creo que es evidente. Y tenemos que encontrar el motivo. Otra pregunta que me viene a la mente es si Charmian Karlake era realmente americana... ¿No sería una joven inglesa que se fue allí a buscar fortuna y, por algún motivo, decidió desterrar su acento y nacionalidad y hacerse pasar por norteamericana?

—¿Qué motivo podría tener? —preguntó Harbord mirándolo.

El inspector se encogió de hombros.

—Esa es otra de las cosas que tendremos que averiguar... Ahí está la caja a la que se refirió su doncella —observó el inspector señalando una pequeña caja de cuero que estaba encima de la mesilla de noche.

—Será mejor que comprobemos si el dinero está intacto.

El inspector forzó rápidamente la cerradura con una pequeña ganzúa que sacó de su bolsillo y abrió la caja. ¡Estaba vacía! No había ni rastro del dinero al que se había referido Celeste.

Harbord fue el primero en hablar:

—Mmmm... Yo creo que debió ser la propia *miss* Karlake quien se llevó el dinero. No es probable que el asesino se quedara mucho tiempo en la habitación una vez cometido el crimen. Dudo también que tuviera las llaves de la caja o que supiera que la caja contenía dinero. Y... aunque lo hubiera sabido... ¿se habría parado a abrirla? Habría sido mucho más rápido guardársela directamente en el bolsillo.

Stoddart dio unas palmaditas al joven en la espalda.

—Bien pensado, Harbord. Ahora tenemos que llamar al banco, creo que es el Imperial Counties, y ver si tienen la numeración de los billetes. Aquí no

podemos hacer nada más. Es más fácil que encontremos la clave del misterio en cualquiera de las otras habitaciones de la abadía o en el piso de *miss* Karlake... o preguntando a *miss* Galbraith... Pero primero, el banco.

Salieron de la habitación. Cuando llegaron al vestíbulo oyeron unas voces en el jardín. La primera, en un tono tenso y grave, pertenecía a una mujer:

—No. No voy a escucharte.

La segunda voz era de un hombre:

—¡Por Dios, Paula! ¡No voy a permitir que te marches!

Stoddart alertó a Harbord con un codazo, pero la pareja ya les había oído y se habían separado bruscamente. La mujer caminaba a paso ligero hacia donde ellos estaban, el hombre en la dirección opuesta. Stoddart se adelantó.

—*Miss* Galbraith, si no me equivoco.

La joven se sobresaltó y le dirigió una mirada empañada y confusa.

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Stoddart de Scotland Yard.

¿Era temor lo que se reflejaba en los ojos azules de esa mujer?

—Sí. Sabía que estaban aquí para...

—Para investigar la muerte de *miss* Karlake —el inspector terminó la frase por ella—. Y le agradecería que nos dedicara unos minutos.

La joven frunció el ceño.

—No servirá de nada. No sé nada que les pueda ayudar.

—Debe dejar que sea yo quien juzgue eso, señorita —observó el inspector con ligereza pero también firmeza.

*Miss* Galbraith se mordió el labio.

—¿Podría ser mañana por la mañana?

—Me temo que no. *Sir* Arthur nos ha cedido amablemente la biblioteca para nuestra investigación. Si entra un momento, no la detendremos mucho tiempo.

La joven dudó un instante, como si se preguntara si tenía opción de negarse.

—Muy bien —dijo finalmente de mal humor—, pero perderán el tiempo.

Se dirigieron a la biblioteca a paso rápido y el inspector le abrió la puerta. Ella se detuvo en el umbral y se quedó mirando a Harbord con el ceño fruncido.

—Pensaba que quería hablar conmigo a solas.

—Mr. Harbord es mi ayudante y cuenta con toda mi confianza —aclaró el inspector con calma mientras le acercaba una silla—. Puede hablar con total libertad delante de él.

—Muy bien. El único inconveniente a eso es que no tengo nada que decir —observó *miss Galbraith* mientras tomaba asiento.

El inspector se sentó delante de ella mientras sacaba un pequeño cuaderno de su bolsillo.

—¿Conocía a *miss Karlake* antes de venir a Hepton?

—En absoluto. Ni siquiera la había visto actuar.

—¿Cuándo fue la primera vez que la vio? Entiendo que usted llegó ayer en tren desde Londres, al igual que ella.

—Sí, pero no en el mismo tren. Yo llegué sobre las dos y media de la tarde, mientras que *miss Karlake* y la mayoría de los asistentes a la fiesta llegaron en el expreso de las cuatro. Solo vi a *miss Karlake* a la hora del té.

—Era una mujer muy atractiva, ¿no cree?

—Cualquier periódico del reino podría informarle de eso —respondió *miss Galbraith* fríamente.

—¿Y cuál es su opinión?

—No entiendo por qué mi opinión es importante para su investigación pero sí, claro que me pareció guapísima. Sería una estupidez pensar otra cosa. Aunque el suyo no era un estilo que yo admire especialmente.

—¿Conversó con ella?

La joven sonrió ligeramente.

—Nada en absoluto. Ni siquiera me la presentaron. Había muchísima gente que quería conocerla, claro. *Lady Moreton* no daba abasto y yo no estaba especialmente interesada, así que me quedé donde estaba.

—¿Y dónde era?

La sonrisa irónica que había estado insinuándose en la cara de la joven desde el principio de la entrevista se hizo ahora más profunda.

—En el gran banco de roble a la derecha de la puerta de entrada.

—¿Sola? —preguntó el inspector.

—Claro que no. Mr. John Larpent estaba conmigo —contestó *miss Galbraith* con aspereza.

—¿Fue él presentado a *miss Karlake*?

—No. Permaneció conmigo hasta que subí a mi habitación a cambiarme. *Miss Karlake* había subido un poco antes, así que no pudieron presentársela.

—Y en la cena no se sentó cerca de la actriz.

—Ella no bajó. Era una cena informal, previa al baile. Alegó que estaba muy cansada y que prefería descansar un rato en su habitación.

El inspector se inclinó hacia la joven y la miró fijamente.

—*Miss Galbraith*, me pregunto si le extrañará oír que entre los pocos papeles encontrados entre las pertenencias de *miss Karslake* había un trozo de papel con su nombre escrito una y otra vez.

—Me extrañaría mucho —respondió *miss Galbraith* de inmediato—. Me sorprendería tanto que me costaría mucho creerlo.

—Y, sin embargo, así es —dijo el inspector con los ojos aún fijos en ella—. ¿No se le ocurre ninguna explicación?

—Ninguna —contestó ella confusa.

—Entiendo entonces que no tuvo oportunidad de ver a *miss Karslake*.

—La vi en el baile, claro está.

Al inspector no se le escapó el hecho de que la joven ya no tenía la misma seguridad que antes.

—¿Y habló con ella?

—No. Ya le he dicho que no hablé con ella en ningún momento. Lo siento de veras, pero no puedo ayudarles.

El inspector se levantó de la silla.

—Bien, entonces no la entretendré más por ahora pero es posible que necesite hablar con usted más adelante.

*Miss Galbraith* salió de la habitación con la cabeza alta y los labios apretados, pero sus ojos reflejaban miedo e inseguridad.

Cuando se quedaron solos en la habitación, Stoddart se dirigió hacia Harbord.

—¿Qué opinas de ella?

—Creo que sabe más de lo que dice. Está asustada, obviamente, pero... —Harbord bajó la voz y su tono se volvió preocupado— es difícil pensar que una joven como ella pueda estar implicada en un asesinato tan horrible como este.

—Quizá no lo esté pero sepa quién puede estarlo... En todo caso, no son ni las hipótesis ni las adivinanzas lo que nos van a ayudar. Nos queda mucho trabajo de campo hasta que sepamos quién mató a Charmian Karslake.

## CAPÍTULO 5

Hepton era un pueblecito pequeño y pintoresco, con unos pocos puestos sobre las calles empedradas que hacían de mercado. Las casas se extendían a la sombra de la abadía y, para los verdaderos *heptonianos*, los Penn-Moreton representaban la clase dirigente, el máximo nivel de rango, riqueza y cultura. Ciertamente es que los reyes estaban por delante, pero ni el rey ni la reina tenían por costumbre acercarse a esta esquina perdida del mundo.

La mañana siguiente al descubrimiento del asesinato de Charmian Karlake, Stoddart y Harbord paseaban sin prisas por la calle principal, contemplando con curiosidad los alrededores.

Para llegar al pueblo desde Hepton Abbey había que cruzar un amplio descampado llamado “el ruedo”. A un lado se encontraban las escuelas y la casa del maestro y al otro la iglesia principal y la iglesia de la abadía, tal y como había quedado después de la disolución de los monasterios llevada a cabo por Enrique VIII. Apenas había cambiado nada desde entonces en la iglesia, salvo por algunos bancos de madera que los protestantes habían añadido posteriormente. Detrás de la iglesia quedaban las tiendas a un lado, con sus escalones en la puerta, y, enfrente, el mercado de leche y de aves. A continuación estaba el juzgado. Los magistrados locales aún se sentaban en el viejo tribunal, pero rara vez tenían que juzgar algún delito más grave que una borrachera o el robo de una gallina. Aunque el edificio de los tribunales, con sus bellas celosías de roble, bien valía una visita, la atención de Stoddart estaba concentrada en esos momentos en los letreros de las tiendas. Al llegar al final de la calle se detuvo y se giró hacia Harbord.

—Un sitio pintoresco, ¿eh? Recuerdo que *sir* Arthur comentó que se dice que el Sleepy Hollow de Dickens está inspirado en Hepton... Bueno, aquí nos separamos. Yo me dedicaré a las tiendas, con especial interés en el Moreton Arms, que parece el pub local más importante, y tú investiga un poco las tumbas del cementerio, a ver qué nombres encuentras.

—Charmian Karlake —repitió lentamente Harbord—. Suena a nombre falso, desde luego.

—Bueno, hasta luego, Alfred. Luego nos vemos en la abadía.

Stoddart continuó con su paseo calle arriba, fijándose en los nombres de las tiendas: Thompson, Dickenson, Grey, Walker... además de otros más extraños, posiblemente originarios del distrito: Frutrell, Furniger, Thorslett... Pero de Karlake no había ni rastro.

Se veía muy poco movimiento en las calles esa mañana. Los dueños de las tiendas, ataviados con sus delantales blancos o negros, pasaban el rato charlando con los paseantes desde la entrada de sus tiendas. Stoddart supuso que todas las conversaciones versarían sobre el terrible suceso de la abadía. Después de un rato de paseo sin rumbo fijo, el inspector regresó al primer tramo de High Street y entró en el Moreton Arms. Dentro había mucho bullicio pero todos se callaron al verle entrar. El inspector se acercó al mostrador, donde una mujer rolliza servía grandes jarras espumosas de *ale*.

—Buenos días, señorita —saludó cortés mientras miraba a su alrededor—. Un jerez, por favor.

La camarera le sirvió con rapidez y se acercó hacia un hombre alto y fornido que había entrado justo detrás de él. El desconocido pidió una pinta de Bass mientras comentaba alegremente:

—Terrible lo que ha pasado en la abadía, ¿eh?

—Terrible —convino la camarera con una mirada inquieta a Stoddart.

El recién llegado se volvió hacia el inspector.

—¿Se ha enterado de lo que ha pasado, señor?

—Sí —contestó Stoddart cortante. No estaba seguro de hasta qué punto era conocida la razón de su presencia en Hepton.

Pero el recién llegado estaba decidido a ser afable.

—No entiendo que una mujer sea asesinada en su propia habitación y el asesino se vaya de rositas... ¿Usted lo entiende, señor?

Stoddart bebió un largo trago de su copa antes de contestar con tranquilidad:

—¿Acaso se ha ido de rositas? Y... ¿se ha probado ya que ha sido un hombre el culpable?

La mano con la que la camarera operaba los grandes grifos de latón comenzó a temblar. El hombre dejó su jarra suspendida en el aire y se quedó mirando a Stoddart, atónito.

—¿Quiere eso decir que...?

—No quiere decir nada —le interrumpió Stoddart con decisión—. No

significa nada más que lo que he dicho. Es la pura realidad. *Miss* Karlake ha podido ser asesinada por un hombre o por una mujer. Por cierto, tengo entendido que era una completa extraña por estos lares.

—Completa extraña —repitió el recién llegado que parecía que se había autoproclamado portavoz del grupo—. En Hepton no somos muy aficionados a ir a Londres, así que era la primera vez que la veíamos.

—¿Nunca había venido por aquí anteriormente? Me pareció entender que hubo algún Karlake en los alrededores y que podía tener algún lazo de unión con ella.

—Claro que había Karlakes en Hepton. Pero el nombre no se escribe igual.

La respuesta había venido de otro hombre que parecía encogido delante del fuego y extendía sus manos temblorosas hacia el calor de la chimenea.

El inspector Stoddart se giró en su dirección. Ahí estaba lo que había estado buscando.

—Así que ha conocido Karlakes en Hepton, señor —dijo con una deferencia a la que el pobre viejo no estaba acostumbrado.

—Sí. Yo los he conocido y esta gente también los ha conocido. Pero se llamaban Carlakes con “C”, no “K”.

—¿Y queda alguno de estos Carlakes en el pueblo? —preguntó el inspector profundamente interesado.

—No, señor —respondió el viejo moviendo la cabeza de un lado al otro—. La última fue Mrs. Lee Carlake, de la Casa Roja, a las afueras del pueblo. Todo el mundo la conocía. Era viuda, su marido había sido médico en Peysford Green. Cuando él murió, ella se vino a vivir a Hepton.

—¿Y tenía hijos? —preguntó el inspector en el tono más casual que pudo.

—¡Ah! Niños... sí, claro —el viejo se rascó la cabeza—. Cuatro o cinco chiquillos y la pequeña, la niña más bonita que he visto en mi vida.

¡Una niña! El inspector pensó que, por fin, le había llegado un golpe de suerte.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Su nombre? No sé... *Miss* Carlake la llamaba yo, cuando me dirigía a ella, que no era muy a menudo. Su madre creo que la llamaba Ángela o algo similar.

—¡Ah! Mrs. Lee Carlake de la Casa Roja —interrumpió otro hombre

sentado a la derecha de Stoddart—. No se me ocurrió pensar en ella cuando habló de los Karslakes. Y eso que yo le hice algún trabajillo de jardinería hace tiempo. La niña creo que se llamaba Lotty, o algo similar...

—Lotty —repitió el inspector reflexionando durante un instante—. Eso debe de ser un apodo o un diminutivo de algún otro nombre...

—Posiblemente, pero no sé de cuál... —continuó el primer hombre—. Yo solo la oí mencionar como *miss* Carslake... Podría ser Charlotte.

Charlotte y Charmian. El inspector se animó de inmediato. Las cosas empezaban a tomar forma.

—¿Dónde están ahora Mrs. Carslake y su hija? —preguntó—. ¿Supongo que ya no viven en Hepton?

—Hace veinte años más o menos que se marcharon todos. En cuanto a Mrs. Carslake... se puede decir que nunca se fue. La sacaron de su casa con los pies por delante y está ahora en el cementerio, al lado de su padre, el abogado Herbert.

Stoddart tomó otro trago antes de continuar:

—Y *miss* Carslake... ¿qué fue de ella?

—Pues no sé qué fue de los chicos... Los cuatro dejaron Hepton antes de que su madre se quedara fría en su tumba. Oí rumores de que uno de los chicos, el más joven, había muerto en la guerra... pero de *miss* Lotty... no sé lo que fue de *miss* Lotty. Supongo que se casaría... Era buena chica, *miss* Lotty.

—¿Guapa?

—Ah, sí era guapa, sí. Una gacela. Alta y delgada y con un par de ojos maravillosos. No le faltarían pretendientes a *miss* Lotty, no...

—¿Era morena o rubia? —insistió el inspector intentando contener su impaciencia.

—Bueno... No recuerdo mucho... más bien rubia diría yo... Tenía un cabello muy largo, no como esas chicas de hoy en día que llevan el pelo tan corto...

—Tiene que haber alguien en Hepton que se acuerde de *miss* Carslake y sepa qué ha sido de ella. Veinte años no es tanto tiempo, a fin y al cabo.

—Seguro que hay alguien —asintió el otro indiferente, perdido aparentemente el interés en el tema, agarrando su jarra de cerveza y mirándola fijamente.

Poco más consiguió averiguar el inspector en el Moreton Arms, excepto

que tal vez el viejo Dr. Brett, ya retirado, podría saber algo más de los Carslakes. Una mirada al reloj le informó de que aún tenía tiempo de acercarse a ver al Dr. Brett antes del almuerzo. Si el viejo doctor estaba ya jubilado, posiblemente agradecería un rato de charla sobre tiempos pasados.

Después de informarse sobre la dirección del Dr. Brett, el inspector se dirigió allí sin demora.

“El doctor estaba en casa” le informó una doncella sonriente que le abrió la puerta y le guió hasta una pequeña salita con suficientes adornos de plata como para hacer llorar de la emoción a un ladrón. Aparentemente, en Hepton nadie pedía credenciales a la hora de admitir a un visitante en su casa.

El Dr. Brett no le hizo esperar mucho rato. Era un hombre pequeño y pulcro, con una hermosa mata de cabello blanco que contrastaba con su cara sonrosada y sus pálidos ojos azules.

El inspector se levantó:

—¿El Dr. Brett, supongo?

El doctor inclinó la cabeza a modo de saludo.

—El mismo. ¿Mi doncella me ha dicho que viene en visita oficial, inspector?

—Sí, señor —asintió Stoddart, entregándole una tarjeta—. Vengo de Scotland Yard.

—Inspector Stoddart... —leyó el otro lentamente—. Ya. Supongo que ha venido a Hepton a investigar ese terrible asesinato. Pero no sé si podré ayudarle... Hace mucho que estoy jubilado.

—Eso tengo entendido —observó el inspector con calma—, pero creo que sí podrá. ¿Usted conoció a Mrs. Carslake de la Casa Roja?

—¿Si la conocía? ¡Por supuesto que la conocía! —exclamó el doctor releyendo la tarjeta—. Pero siéntese, inspector Stoddart... Pobre Eleanor Carslake. Fui a su boda, la asistí en el parto de todos sus hijos y acudí a su funeral. Sí, no creo que haya nadie en Hepton que conozca mejor a Eleanor Carslake que yo —dijo quitándose las gafas y limpiando los cristales—. Pero dígame qué quiere saber. No entiendo el interés de Scotland Yard por ella.

—No es Mrs. Carslake quien nos interesa, sino su hija.

—¡Ah! ¡Pobre Lotty! —exclamó el doctor con una mueca—. ¿Qué quiere saber de ella?

—Bueno... principalmente, dónde se encuentra en este momento.

—Y eso es algo que no le puedo decir —replicó el doctor con firmeza—. Hace años que no sé nada de ella. Dos de sus hermanos murieron en la guerra y el más joven se fue a Australia. Supongo que seguirá allí... Y en cuanto a Lotty... Bueno, Lotty se casó... Uno de esos matrimonios de guerra que se deshacían tan rápidamente como se hacían... No fue feliz y hubo un divorcio, al menos eso es lo que leí en el periódico... Aunque le escribí, nunca obtuve respuesta y no he vuelto a saber nada de ella.

—¿A quién se echó la culpa en el proceso de divorcio? ¿A él o a ella?

Brett suspiró.

—Temía que me preguntara algo así. Creo que fue a ella, pobre niña. O eso me pareció entender de la noticia del periódico.

El inspector apuntó unas notas en su cuaderno.

—¿Era guapa *miss* Carslake, doctor?

El Dr. Brett pareció reflexionar durante un instante.

—No la última vez que la vi. Una joven normal y corriente, diría yo.

El inspector cerró el cuaderno y lo aseguró con un elástico. Luego miró al doctor directamente a la cara.

—Voy a ser franco con usted. ¿Cree que la Lotty Carslake que usted conoció puede ser la Charmian Karslake que fue asesinada en Hepton Abbey?

—¡Cielo santo! ¡No, no lo creo! —exclamó el doctor sorprendido.

Pero el inspector percibió una nota de falsedad en su voz.

—Esa pobre criatura era americana, ¿no? Y guapísima según me han contado... Ninguno de los Carslake podía presumir de buen físico, la verdad.

—¿Es verdad eso? Pero esta joven pudo mejorar mucho después de haberse marchado de Hepton, ¿no cree? —El inspector mantuvo la mirada fija en el doctor—. Y la nacionalidad... bueno, no se sabe gran cosa de su vida pasada... Puedo decirle, y esto es absolutamente confidencial, doctor, que tenemos motivos para pensar que Charmian Karslake ya había estado en Hepton y que fue esto lo que le hizo aceptar la invitación al baile.

—¡Cielos! ¿Eso creen? —el doctor parecía confuso—. Pero aunque fuera originaria de Hepton... de eso no se deduce necesariamente que se tratara de la pequeña Lotty Carslake. Me niego a creerlo. Carslake es un apellido bastante habitual.

—No tan común como Brown, Jones o Robinson... —observó Stoddart—. Me temo que he de pedirle que venga conmigo ahora a la abadía, doctor. Necesito saber si reconoce el cuerpo como el de Lotty Carslake.

—¿Es absolutamente necesario? —ni el tono ni la expresión del doctor indicaban ningún deseo de llevar a cabo la tarea.

—Absolutamente —repitió el inspector con rotundidad levantándose de la silla—. Vamos, doctor.

—Supongo que no tengo alternativa —dijo el doctor de mala gana.

—Ninguna —observó el inspector con decisión.

## CAPÍTULO 6

La capilla privada de la abadía no formaba parte de la estructura original del edificio, sino que la habían construido los Penn-Moreton posteriormente, cuando la iglesia de la abadía se convirtió en la iglesia oficial del pueblo. La sacristía se encontraba a un lado de la cancela y era allí, en una especie de morgue temporal, donde yacía Charmian Karlake. Unas manos compasivas habían cubierto el cuerpo con una sábana blanca pero, por lo demás, permanecía en el mismo estado en el que la habían encontrado.

Hacia allí guio el inspector Stoddart a un reacio doctor Brett. La capilla estaba rodeada de policías y protegida por hombres de Scotland Yard vestidos de civil que saludaron al inspector y se hicieron a un lado para dejarles pasar.

—No habrá dejado que entre nadie, ¿no, Barnes? —preguntó el inspector con severidad.

—No, señor. La doncella de *lady* Penn-Moreton quiso pasar para dejar un ramo de flores, pero le dije que no era posible sin su autorización, señor.

—Correcto —aprobó el inspector.

El doctor Brett debía de estar más que acostumbrado a la muerte pero, sin embargo, la palidez de su rostro era evidente mientras seguía al inspector hacia la figura inerte que yacía sobre un tablón y unos caballetes en el centro de la sacristía.

El inspector levantó la sábana con delicadeza y el doctor Brett contempló el cuerpo durante un largo rato, inclinándose sobre él para verlo mejor. El cabello había sido peinado hacia atrás, pero los rizos aún enmarcaban el bello rostro, que ahora parecía de cera. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Aún llevaba la misma ropa interior dorada y el camisón blanco con los que había sido asesinada.

Por fin, el doctor se levantó y, quitándose las gafas, se dedicó a limpiarlas laboriosamente durante otro largo rato.

El inspector volvió a cubrir el cuerpo con la sábana y salió en silencio de la sacristía, seguido por el doctor. En la nave principal se detuvo y miró fijamente al doctor Brett.

—¿Y bien?

—No es Lotty Carslake... —dijo el doctor— pero sin embargo...

—¿Sin embargo... qué? —preguntó el inspector impaciente.

—No es Lotty Carslake. De eso estoy seguro —repitió el doctor—. Pero su cara me resulta familiar, es como si la hubiera visto antes...

—¿En Hepton? —preguntó el inspector bruscamente.

El doctor enarcó las cejas.

—En Hepton... supongo. He pasado aquí la mayor parte de mi vida. Pero no le puedo decir más. No consigo reconocerla.

—¿Pero afirma de forma concluyente que no es Lotty Carslake?

Al inspector le pareció que el otro rehuía su mirada. El doctor hizo una pausa antes de contestar.

—Tan concluyente como puedo serlo después de no haberla visto en diecisiete años, desde que ella tenía dieciséis.

—¿Cuáles son las diferencias?

—El cabello de Lotty Carslake era mucho más rubio, su cutis no era tan perfecto ni sus rasgos tan armoniosos.

—El paso del tiempo podría explicar la mayoría de esas diferencias —objetó el inspector, pensativo.

—Yo no lo creo. Estoy seguro de que esa pobre criatura no es Lotty.

—¿Pero está igualmente seguro de que la ha visto antes?

—No diría tanto... es solo la sensación de que he visto esa cara antes en alguna parte. Pero no puedo decirle más.

El inspector parecía profundamente insatisfecho.

—¿Cree que le parece familiar porque ha visto su retrato en alguno de los periódicos? Al fin y al cabo, era una actriz célebre. ¿O quizá la ha visto actuar?

El doctor negó con la cabeza.

—No, claro que no. Llevo años sin ir a un teatro. Le diré algo, doctor. Iré a casa y revisaré mis viejos registros médicos. Quizá eso haga revivir mi memoria.

—Una última pregunta —dijo el inspector deteniéndole—. ¿Tenían Mrs. Carslake o su hija alguna relación de amistad con los Penn-Moreton?

—Los conocían, claro —el doctor hizo una mueca—. Pero si pregunta si eran amigos, inspector, demuestra saber muy poco de las ramificaciones de una sociedad rural. Los Carslake sin duda habrían visto a los Penn-Moreton. Hasta se saludarían alguna vez, pero ir más allá de eso era impensable.

—¿Y los jóvenes de ambas familias?

—Nunca oí nada al respecto —el doctor respondió con firmeza—. Claro que los Carslake eran algo mayores que los Penn-Moreton.

—Sí, supongo que lo serían —asintió el inspector después de reflexionar un instante—. Bien, muchas gracias por su colaboración, doctor. Ha sido una gran ayuda.

—No tanta. Ojalá pudiera haberle ayudado más —respondió el doctor mientras abandonaban la capilla—. Ya sabe dónde encontrarme si lo necesita, inspector.

Stoddart regresó a la abadía y, mientras se acercaba a la puerta principal, vio salir a Harbord. —Me alegro de que haya vuelto, inspector —comenzó este—. Una de las doncellas me ha contado algo curioso esta mañana. Creo que debería oírlo.

El inspector apresuró el paso.

—En seguida. ¿Qué hay del cementerio, Alfred?

—Encontré la tumba de una tal Mrs. Carslake, señor. Pero eso es todo. No pude acceder al registro. El vicario lo guarda bajo llave y hoy no está. Así que decidí regresar aquí y me encontré con esta joven, la doncella que he mencionado, Myra Smith, se llama. Estaba con una especie de ataque de histeria en las dependencias del servicio y, pensando que todo ese alboroto podría tener algo que ver con la muerte de *miss* Karlake, me encontré con que... pero será mejor que lo oiga de primera mano, señor.

—La veré en la biblioteca sin demora —y dirigiéndose al mayordomo que acababa de abrirles la puerta—: Diga a Myra Smith que venga de inmediato.

La biblioteca estaba vacía y el maletín de Stoddart, con todos sus documentos, reinaba en solitario sobre el escritorio. *Sir* Arthur había mudado sus cosas temporalmente a otra habitación, contigua a lo que aún se llamaba “el jardín de los monjes”. El inspector abrió el maletín y sacó sus notas del interior.

No había pasado ni un minuto cuando se oyó un toque en la puerta y entró una dama de aspecto muy digno en la que Stoddart reconoció al ama de llaves. Agarraba firmemente del brazo a una joven llorosa que, obviamente, acudía de muy mala gana a la llamada del inspector.

Stoddart se adelantó con rapidez para darles la bienvenida.

—¿Es esta Myra Smith, Mrs. Cowell?... ¡Vamos, vamos, Myra! ¿Por qué lloras? No hay nada de lo que asustarse. Solo tienes que contestar a unas cuantas preguntas.

—Y más vale que lo haga inmediatamente si quiere conservar su puesto en esta casa —interrumpió el ama de llaves furiosa—. Ha obrado muy mal y lo sabe, así que será mejor que lo reconozca de inmediato.

—Claro, claro, seguro que lo hará —añadió el inspector conciliador—. Pero creo que será mejor que vea a Myra a solas, Mrs. Cowell. En Scotland Yard tenemos la regla de no tomar nunca declaración a una persona delante de otra que pueda tener que declarar como testigo posteriormente, y más en este caso, siendo usted una testigo importante. Me entiende, ¿verdad?

El ama de llaves levantó la cabeza desafiante. Era evidente que no le gustaba nada la insinuación.

—Bien, si quiere que me vaya me iré —replicó de mal humor—. Pero dudo mucho que consigan sacarle más de lo que yo haría.

—Estoy seguro de que tiene razón, Mrs. Cowell —observó el inspector apaciguador—, pero son las normas. Normas sin sentido tal vez, pero normas.

El ama de llaves salió altanera de la habitación, sin dirigir ni una palabra ni una mirada más al inspector o a Myra Smith.

Stoddart miró a la desolada joven y la invitó a sentarse en una silla cerca del fuego.

—Vamos, Myra —le dijo en tono paternal—. Tranquilízate. Solo queremos tu ayuda. Entiendo que estás muy cansada. Tanto trabajo para la fiesta y luego, encima, este asunto terrible...

Myra por fin se atrevió a abrir la boca.

—Eso es, señor. Es eso justamente. No ha sido el baile. Todos nos alegramos de que hubiera por fin un poco de diversión en la casa, porque esto parece un funeral normalmente... Pero solo pensar en esa actriz tan famosa y guapa, bailando y pasándolo bien para que un minuto después algún bruto criminal la matase...

Se secó los ojos con un pañuelito.

—Sí, sí —asintió el inspector tranquilizador—. Y es para encontrar a ese bruto criminal que necesitamos tu ayuda. Dime... ¿tuviste ocasión de tratar con *miss* Karlake?

Myra sollozó ruidosamente.

—Nunca la había visto, señor, solo esa vez nada más. Y era normal que quisiéramos ver cómo era, Alice Thompson y yo...

—Normal —la interrumpió el inspector—. Estoy seguro de que yo habría querido verla también. Y ahora cuéntame lo que pasó, Myra. Espero que no te importe que te llame Myra. Siempre me ha gustado ese nombre. Tenía una hermana que se llamaba Myra... —dijo mintiendo descaradamente.

—Nada me importa ya —gimió la joven en tono miserable—. ¡Ojalá nunca hubiéramos ido Alice y yo ayer al invernadero!

—¿Al invernadero? —repitió el inspector sorprendido—. ¿Cómo llegasteis hasta allí?

—Bueno... hay un pasadizo en la parte posterior de la casa, señor. Los jardineros lo usan para trasladar las herramientas, sacos de tierra, etc. Y termina justo al lado de esa preciosa pasionaria que se extiende por el enrejado. La puerta está disimulada por el enrejado y hay que apartar las ramas para entrar en el invernadero. Alice y yo pensamos que si echábamos una ojeada a través de la celosía tal vez podríamos ver algo del baile y de todos esos vestidos y joyas que habían comentado los periódicos... La vida es normalmente tan aburrida en Hepton...

—Lo imagino —contestó el inspector con simpatía—. No creas que te culpo, pequeña. Estoy seguro de que yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Ahora dime lo que visteis... u oísteis.

—Bueno... no fue gran cosa —la voz de Myra comenzó a temblar de nuevo—. En cuanto llegamos nos dimos cuenta de que no veríamos nada a menos que saliéramos al invernadero y no nos atrevíamos porque alguien habría podido vernos. Así que abrimos una rendija y vimos acercarse a una señora que venía del salón de baile. Sabíamos quién era porque habíamos visto su foto muchas veces. Y habíamos oído hablar de su vestido dorado...

El inspector ahora estaba claramente interesado.

—¿Y qué hicisteis?

—Nada. No podíamos hacer nada. Solo vimos el vestido y el colgante de zafiro del que tanto han hablado los periódicos...

—Así que era *miss* Karslake la que entró en el invernadero... ¿Pasó justo a vuestro lado?

—Sí, señor. Tan cerca que podríamos haberla tocado. Aguantamos la respiración para que no nos oyera... Y ya ha visto la puerta que hay al fondo, señor. Sale a lo que antiguamente era la sala de billar, antes de que

construyeran la nueva, al otro lado del vestíbulo. Ahora no se usa casi nunca... Solo *sir* Arthur recibe visitas allí alguna vez... Bueno, pues *miss* Karlake se dirigió directamente a esa puerta, como si conociera bien el camino y supiera a dónde iba, y la abrió. Luego se quedó inmóvil y dijo: “Bien, bien... Mr. Peter Hailsham”, con esa voz tan cristalina que tiene, pronunciando cada sílaba... “Nos volvemos a encontrar”. No estábamos escuchando, señor, pero no pudimos evitar oírlo.

—¡Oh! Lo entiendo perfectamente, no te preocupes —dijo el inspector intentando contener la impaciencia—. ¿Qué más oísteis?

—Eso fue todo, señor. Me pareció oír otra voz, como si alguien respondiera desde dentro, pero no lo entendimos y *miss* Karlake entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Cuánto tiempo se quedó en esa habitación?

—Eso no lo sé, señor. No salió mientras estábamos allí, pero no nos quedamos mucho tiempo porque no había mucho que ver.

—¿Cuánto tiempo os quedasteis desde que *miss* Karlake cerró la puerta hasta que os fuisteis?

—¡Oh! Un par de minutos, señor. No más de cinco, eso seguro.

—¿Y esa fue la última vez que viste a *miss* Karlake?

—Sí, señor.

—¿Entró o salió alguien más de esa habitación mientras estabais allí?

—No, nadie, señor. No mientras estábamos allí... Pero quizá... aunque no creo que se diera cuenta...

—¿Quién no se dio cuenta? ¡No entiendo a qué te refieres! —exclamó el inspector exasperado.

—Bueno, señor... había alguien allí cerca. Hay un macizo de flores justo enfrente y vimos a una señora sentada detrás. Podíamos ver de vez en cuando el reflejo de su vestido.

—¿Quién era? —preguntó el inspector impaciente.

La joven meneó la cabeza.

—No sabría decirle, señor. No había muchas señoras allí que yo pudiera reconocer. Y no vi nada de ella, salvo el color de su vestido, que era verde. Verde jade. Pero esa señora tuvo que ver a *miss* Karlake entrar en la habitación y dirigirse a Mr. Hailsham.

—¿Reconociste la voz del supuesto Mr. Hailsham?

—Fue solo un murmullo, señor. No la reconocería ni aunque fuera mi

hermano.

—¿Y no tienes idea de quién podía ser esa dama de verde?

—Yo no, señor. Pero luego Alice Thompson me dijo que estuvo hablando con *miss* Earp, la doncella de *lady* Moreton-Penn, que estaba a cargo del guardarropa esa noche y le había dicho que solo había una señora vestida de verde en el baile.

—¿Y quién era? —el inspector ya no conseguía disimular la ansiedad en su voz.

—*Miss* Paula Galbraith, señor.

## CAPÍTULO 7

—Mmm... así que esto es lo que tenemos hasta el momento...

El inspector dio unos golpecitos al cuaderno de notas con la punta de su bolígrafo y se quedó mirando a Harbord, sentado justo enfrente de él.

—No es mucho —añadió Harbord desmoralizado—. Este caso es un laberinto, señor. Cada pista termina en un callejón sin salida.

—Yo no describiría así un laberinto —sonrió el inspector—. Claro que avanzamos, Alfred. Somos como topos trabajando en el subsuelo... ¿El análisis del registro de la iglesia no ha dado resultado?

—No, señor. Encontré un montón de nacimientos, matrimonios y defunciones de Carslakes, pero la única que podría ser la joven que buscamos es una tal Charlotte Sylvia, nacida el 12 de octubre... y el doctor Brett dice que no es ella.

—Bien, he encargado fotos del cuerpo desde todos los ángulos. En cuanto encontremos a Mr. Peter Hailsham sabremos más.

—¡Si es que lo encontramos! —exclamó Harbord pesimista.

Los dos detectives estaban sentados en la biblioteca. La investigación judicial había sido pospuesta hasta que la policía consiguiera aclarar la identificación de la fallecida, pero el forense había autorizado la inhumación del cadáver.

El agente de la actriz había permitido el entierro en el cementerio más cercano, con lo que sus restos iban a descansar para siempre en Hepton, bajo la sombra de la vieja abadía y... qué casualidad, a pocos metros de la tumba que cantaba las virtudes de Eleanor Carslake.

Se habían reservado todos los honores para esta invitada de los Penn-Moreton y la familia al completo tenía previsto asistir al funeral. El inspector Stoddart, sin embargo, tenía otros planes para ese momento.

—Estoy esperando a *sir* Arthur. Llegará en cualquier momento —dijo abriendo su cuaderno y colocándose las gafas. Y al oír una llamada en la puerta—: ¡Ah! Debe de ser él.

—Creo que quería verme, inspector —dijo *sir* Arthur entrando en la habitación—. Puedo dedicarle un minuto, pero hay un montón de asuntos de

los que aún me tengo que ocupar. La mitad de los actores de Londres van a estar presentes en el funeral de mañana... Y todo el personal del Golden Theatre.

—Lo comprendo —dijo Stoddart—. No le retendré mucho tiempo, *sir* Arthur. Solo quería preguntarle sobre un par de cosas que he descubierto... Primero, el nombre de Karslake. Entiendo que es un nombre bastante frecuente en Hepton.

—¿Ah, sí? Nunca lo había oído —contestó *sir* Arthur con expresión de sorpresa—. ¿No le habrán estado tomando el pelo, inspector?

—Lo dudo mucho... Ese es un pasatiempo que la gente no se atreve a practicar conmigo —dijo el inspector con una sonrisa—. Es verdad que se escribe con “C” en vez de “K”, pero no habrá olvidado usted a los Carslake de la Casa Roja...

—¡Cielo santo! ¡Es verdad! No había hecho la conexión entre ambos. La “K” me había despistado.

—¿Pero se acuerda de Mrs. Carslake y su hija Lotty?

—¡Claro que me acuerdo! Bien guapa era la niña.

—Eso es lo que tengo entendido. Y ahora *sir* Arthur, dígame... —el inspector Stoddart le miró fijamente a los ojos—. ¿Cree usted que la *miss* Karslake asesinada en su casa puede ser la Lotty Carslake de Hepton que usted recuerda?

Era indudable que *sir* Arthur se había quedado atónito ante la pregunta.

—¡Nunca se me habría ocurrido! No, claro que no... Como ya he dicho, Lotty era una joven atractiva, con una bonita melena rubia que le caía por la espalda, pero Charmian Karslake era simplemente la criatura más hermosa que he visto en mi vida. No es que a mí me atrajera especialmente... no era exactamente lo que se entiende por una dama, aunque está mal que lo diga ahora que está muerta, pero era muy hermosa, sin duda alguna. Por supuesto que no era Lotty Carslake. Además, ¿por qué nos lo habría ocultado?

—No lo sé —dijo el inspector echando un vistazo a las notas de su cuaderno—, pero hay algo indudable en todo esto, *sir* Arthur, y es que *miss* Charmian Karslake conocía bien Hepton.

La expresión de *sir* Arthur se hizo aún más perpleja.

—¿Por qué piensa eso? Creo que se ha metido en un callejón sin salida, inspector. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no era Lotty Carslake.

—Una pregunta más, *sir* Arthur, ¿ha oído hablar alguna vez de un tal Mr. Peter Hailsham?

—¡Peter Hailsham! —repitió el otro. Y el inspector se preguntó si había cierto tono de consternación en su voz o es que sus sentidos le engañaban. Los ojos de *sir* Arthur evitaban ahora la mirada del inspector—. El nombre me resulta familiar pero no consigo ubicarlo. ¿Quién es, inspector?

—Me encantaría saberlo —dijo Stoddart con total sinceridad—. Tengo motivos para pensar que era uno de sus invitados al baile, *sir* Arthur. ¿Me podría ayudar a identificarlo?

*Sir* Arthur, boquiabierto, hizo un gesto de impotencia.

—Estoy seguro de que no asistió al baile, ¿ni hablar! Si me suena de algo es de hace muchos años...

—¿Podría, no obstante, comprobar si un tal Mr. Hailsham asistió al baile, señor? Supongo que tiene una lista de invitados.

—Claro que tengo una lista, pero muchos invitados vinieron acompañados y de los acompañantes no creo que tengamos registro. Pero consultaré con *lady* Moreton.

—Le estaré muy agradecido si lo hace —dijo el inspector con amabilidad.

—Le preguntaré ahora mismo... Si vino algún Mr. Hailsham es seguro que Brook lo anunciaría. ¿Quiere que le llame para preguntarle?

El inspector dudó.

—¿No sería mejor preguntar primero a su esposa, *sir* Arthur?

—Ni idea. Pero como quiera —replicó *sir* Arthur en tono decididamente hostil.

En cuanto *sir* Arthur hubo salido, el inspector se acercó a la puerta y la abrió con cuidado, pegando el ojo a la ranura.

—Lo que pensaba —dijo regresando a su sitio—. Ya sabemos que Brook no se acordará si Mr. Peter Hailsham asistió o no al baile.

Harbord arqueó las cejas interrogativamente.

—*Sir* Arthur estaba ahora mismo hablando confidencialmente con su mayordomo en el otro extremo del vestíbulo.

—Así que sospecha...

—Que *sir* Arthur conoce bien quién es Mr. Peter Hailsham y tiene buenas razones para evitar que nosotros nos enteremos. Pero cerrar la boca a Brook no le va a servir de nada. Al contrario, me confirma que estamos en el buen

camino.

—Tal vez ese hombre no estaba invitado y entró en la casa mediante alguna estratagema... —apuntó Harbord pensativo

—Estaba en la casa, eso seguro. Solo que no creo que se le conozca aquí como Peter Hailsham.

—Entonces... ¿por qué habrá advertido *sir* Arthur a Brook? No lo entiendo... si fue anunciado con otro nombre no tiene nada que temer.

—Hay algo raro detrás de esto, Alfred —observó el inspector—. Brook no nos va a contar nada sobre Mr. Hailsham, pero es un hombre de Hepton y sí nos puede aclarar otra cosa y es si Charmian Carslake era la niña aquí conocida como Lottie Carslake.

Harbord negó con la cabeza.

—No lo creo, señor. Yo estaba observando antes a *sir* Arthur atentamente y juraría que su sorpresa fue genuina ante la pregunta de los Carslake de Hepton.

Stoddart guardó silencio durante un instante. Su mirada estaba perdida en los extensos terrenos de Hepton Abbey que se veían a través de la ventana abierta. Por fin habló.

—Es posible que, en realidad, *sir* Arthur sepa muy poco de Lottie Carslake y aún menos de la actriz, a pesar de que estaba alojada en su casa. Y que no se haya fijado en la similitud del apellido. Pero sí conocía el nombre de Peter Hailsham y quería ocultárnoslo. Y ahora vamos a hablar con Brook, le guste o no.

Con estas palabras salió de la habitación y se dirigió al ala de la servidumbre y de allí hacia las despensas, donde encontró a Brook limpiando la plata.

—Hola, Mr. Brook, he venido a hablar con usted si tiene un momento —le saludó el inspector cordialmente.

La cubertería de plata tintineó mientras Brook la guardaba en su sitio. Brook se giró con un rostro que al inspector pareció grisáceo, pero su voz no tembló al contestar:

—Bueno, señor, en mi trabajo uno nunca tiene un minuto libre. Cuando no está la plata, están las tapicerías...

—Ojalá tuviéramos unos cuantos como usted en Scotland Yard, Mr. Brook... ¿Quiere un cigarrillo? —le dijo acercándole la cajetilla.

—Es muy amable, inspector. Un cigarrillo no es algo que rechace

habitualmente —contestó el mayordomo sacando uno de la pitillera.

—*Sir* Arthur me ha recomendado que venga a hablar con usted — comentó el inspector en tono casual, concentrándose en la larga columna de humo de su cigarro y evitando mirar al mayordomo—. Usted habrá oído, o tal vez anunciado, todos los nombres de los asistentes al baile de la otra noche. Me pregunto si advirtió el de un tal Mr. Peter Hailsham.

—No me suena, señor —contestó rápidamente Brook con un ligero tartamudeo. Y con el cigarrillo en la boca siguió trabajando en la plata—. Le ruego que me disculpe si sigo con lo mío, señor, pero con este clima la plata me da mucho trabajo.

—Sí, claro —dijo el inspector, distraído—. ¿Ha oído el nombre antes?

—¿El nombre? ¿Qué nombre? —preguntó Brook sin dejar de frotar con el paño.

—Hailsham, Peter Hailsham.

—No sé... —Brook levantó una gran sopera de plata—. Sí, creo que lo he oído en algún lado. Pero uno oye tantos nombres en un sitio como este, que se mezclan en la cabeza y ya uno no se acuerda ni cuándo ni dónde...

—Lo comprendo, pero tal vez me pueda decir si lo ha oído recientemente.

—¡Oh, no! Estoy seguro de que recientemente no —contestó Brook con rapidez.

—Mmm... una última cosa, Brook. Usted es originario de Hepton, según me ha dicho *sir* Arthur.

—Nací aquí y aquí he vivido toda mi vida, señor. Vine a la abadía cuando era un niño y he estado al servicio de los Penn-Moreton desde entonces.

—Conoció a la madre de *sir* Arthur, entonces.

—¡Oh, claro que conocí a la señora! Y también a la madre de Mr. Richard. Y a ambos, *sir* Arthur y Mr. Richard, desde que iban a gatas...

Una voz a sus espaldas les interrumpió.

—¡Vaya! Qué reunión tan agradable. ¿Es amistosa o ha venido en pie de guerra, inspector?

Si el inspector maldijo en ese momento a Dicky desde lo más profundo de su ser, no dejó que se notara.

—Solo estaba fumando un cigarrillo con Mr. Brook. Hasta los detectives tienen un rato de relax de vez en cuando, Mr. Richard.

—Desde luego. Y le agradecería que me diera uno. Huelen bien.

El inspector le alargó la cajetilla y Dicky continuó hablando:

—Mi hermano me ha dicho que quiere saber el paradero de un tal Peter Hailsham, así que he venido a informarle.

El inspector se sacó el cigarrillo de los labios.

—Se lo agradecería, Mr. Richard. ¿Dónde está?

Dicky sonrió.

—Fuera de sus garras, inspector. En el cementerio de Normanford.

Por una vez, el inspector realmente se sorprendió y no intentó disimularlo.

—¿Cómo? ¡Muerto!

—Y bien muerto, amigo mío —la sonrisa de Dicky se amplió—. Brook, tienes que acordarte del viejo Peter Hailsham de Normanford.

El mayordomo parecía claramente incómodo.

—Claro que me acuerdo, señor, ahora que lo ha mencionado. He de decir que me despisté porque pensaba que el inspector hablaba de alguien de un estrato social más elevado. El inspector me ha preguntado si Mr. Peter Hailsham acudió al baile el otro día.

Dicky soltó una carcajada.

—Debe de haberse vuelto mucho más limpio en el otro mundo si lo hizo o no creo que ninguna de nuestras damas se hubiera dignado a concederle un baile.

Oyendo las risotadas de Dicky, el inspector se preguntó si las risas eran forzadas o era su imaginación la que le jugaba una mala pasada una vez más.

—¿Conoce el canal, inspector?... Tiene que conocerlo, claro. La esclusa queda a unos cinco kilómetros al norte. Justo al lado, en una especie de descampado que llaman “la plaza”, había una especie de cuchitril cuando yo era niño donde solía dormir un viejo vagabundo. Se llamaba Peter Hailsham. Vendía chucherías y algunos refrescos y los chicos solíamos acercarnos y gastarnos allí nuestras pocas monedas. Yo he ido algunas veces allí a refrescarme después de remar. Pero el viejo Peter Hailsham lleva muerto más años de los que soy capaz de recordar... Así que, si estuvo aquí la otra noche, solo pudo ser en espíritu. ¿Qué mosca le ha picado con el viejo Peter Hailsham, inspector?

Stoddart no perdió de vista a Dicky.

—Por la información que he recibido —contestó con cautela—, pensé

que Mr. Peter Hailsham podría ayudarme. Parece que me he confundido.

—Desde luego —contestó Dicky con firmeza ajustándose el monóculo—.  
¡Tendrá que buscar en otro lado!

## CAPÍTULO 8

El inspector y Harbord estaban casi a oscuras en la biblioteca de Hepton Abbey. Casi todas las habitaciones tenían las persianas bajadas y la casa permanecía en penumbra. El inspector estaba de pie al lado de la ventana. Una pequeña abertura le dejaba ver parcialmente el camino de grava principal.

Era el día del funeral de Charmian Karlake. Algunos camiones habían estado descargando coronas funerarias durante toda la mañana en la iglesia de Hepton y ahora era el coche fúnebre el que pasaba por allí trasladando el féretro desde la capilla hasta su lugar de descanso permanente. Sobre el ataúd descansaba una gran cruz dorada, regalo de los compañeros de *miss* Karlake en el Golden Theatre.

Un tren especial, contratado para la ocasión, había traído a algunos amigos y conocidos desde Londres. Todos se dirigían ahora a la iglesia donde ya esperaban las mujeres de la familia Penn-Moreton, además de otras muchas invitadas al baile.

Los hombres acompañaban al coche fúnebre a pie. *Sir* Arthur Penn-Moreton lideraba el grupo, con su hermano a un lado y el resto de los hombres cerrando la comitiva.

Desde su puesto de vigilancia, el inspector les vio avanzando por el camino y se volvió hacia Harbord.

—Bonito grupo, daría lo que fuera por saber si el asesino está entre ellos.

—¿Qué cree?

—Creo que la próxima media hora va a aclarar bastante mis ideas —contestó el inspector con firmeza—. Vamos, Harbord, hay que moverse. No tenemos mucho tiempo...

El inspector recogió su maletín y, seguido de Harbord, subió silenciosamente por las escaleras hasta la primera planta. Una vez arriba, tras un momento de indecisión, giró bruscamente hacia la izquierda en dirección al “ala de los solteros”.

Las habitaciones de esta zona habían cambiado poco desde los tiempos en que eran simples celdas de monjes. En cada una se había añadido una cama moderna, un pequeño tocador con un espejo para el afeitado, un armario

ropero y un lavabo en una esquina. Las últimas dos celdas habían sido transformadas en baños.

El inspector se detuvo delante de la cuarta puerta.

—¿Sabes de quién es esta habitación? —preguntó por encima de su hombro.

Harbord asintió.

—Es la de Mr. John Larpent.

—¡Exacto!

El inspector abrió la puerta y echó una rápida mirada a su alrededor. A primera vista, no parecía que fueran a encontrar nada allí, Mr. Larpent viajaba ligero de equipaje. No había ni rastro de documentos o cartas.

Las hábiles manos del inspector registraron rápidamente los bolsillos de la ropa. En vano, obviamente. Luego llegó el turno a la fila de botas, zapatos y zapatillas alineadas cerca de la cama. Extendiendo sobre el tocador una hoja de papel que sacó de su bolsillo, colocó encima uno de los zapatos.

—Lo que pensaba —comentó llamando a Harbord con un gesto.

En el papel había una huella dibujada y el zapato de Larpent se ajustaba a ella como un guante.

—Cuando Charmian Karlake fue asesinada —comenzó a decir el inspector lentamente—, la sangre manchó el suelo y cuando su asesino la depositó en la cama, pisó inadvertidamente la mancha regalándonos esta prueba incriminatoria. Ordené que me hicieran una copia de la huella y, como esperaba, el zapato de John Larpent encaja perfectamente en la plantilla.

—Es del mismo tamaño —observó Harbord inclinándose hacia el zapato con el ceño fruncido—, pero Mr. Larpent fue uno de los hombres que descubrió el cadáver. Es posible que pisara la sangre a la mañana siguiente, sin querer.

—Yo no lo creo así —objetó el inspector escrutando el zapato con su lupa—. A la mañana siguiente la sangre ya estaba coagulada. No dejaría esta huella tan clara. Además, la huella pertenece a un zapato de salón, de vestir, y no creo que fuera calzado así por la mañana. Sin embargo, no se ve ni rastro de sangre al microscopio, deben de haberlos limpiado a fondo.

—Larpent es abogado penal por algo —observó Harbord.

—Es mejor no dar nada por hecho, en todo caso —comentó el inspector sacando el inevitable cuaderno y escribiendo una nota ilegible—, una cuarenta y dos es una talla muy habitual. La mitad de los hombres que vinieron al baile

probablemente calzan una cuarenta y dos... ¿y qué motivo podría tener Larpent para matar a Charmian Karslake?

—Bien... no sé —contestó Harbord—, pero si ella es originaria de esta zona, puede haberla conocido en una de sus visitas. Quizá se hicieron amigos y pasó algo entre ellos que, si se hiciera público, podría romper su compromiso con *miss Galbraith*. Y *miss Galbraith* tiene mucho dinero...

—¡Ah! ¡Buen intento! ¿No crees que siendo abogado penalista y conociendo bien las consecuencias de un asesinato, era demasiado arriesgado matarla cuando, probablemente, ese hombre tiene a su alcance muchas jóvenes con tanto dinero o más que *miss Galbraith*? ¿Y dónde entra en escena aquí Mr. Peter Hailsham?

—Quizá está realmente enamorado de *miss Galbraith*...

—Podría ser... —concedió el inspector—. ¿Pero crees que alguien tan desalmado como para matar de esta forma es capaz de enamorarse hasta ese extremo?

—¡Oh, claro que sí! Mira a Crippen y *miss Le Neve*... y un montón de otros ejemplos que ahora no recuerdo.

—Bueno yo lo pondría entre grandes signos de interrogación... Vamos, Harbord, tenemos mucho que hacer antes de que vuelvan de la iglesia.

Salieron al jardín que, según la tradición, los monjes habían utilizado para sus penitencias. Al otro lado del césped, de un verde que solo se consigue tras siglos de cuidados, escucharon los melodiosos sonidos del coro cantando en el entierro de Charmian Karslake.

Stoddart apretó el paso mientras cruzaban por la fachada principal de la abadía, donde se encontraban las habitaciones de *sir Arthur* y *lady Penn-Moreton*, y se detuvo delante de los dormitorios de Mr. y Mrs. Richard. Todo parecía tranquilo. Los habitantes de la casa o estaban en el entierro o contemplando los acontecimientos desde la verja que separaba la iglesia de la abadía. El vestidor de Mrs. Richard quedaba a la derecha según se entraba. El de su marido, a la izquierda. Para sorpresa de Harbord, el inspector entró primero en el de la dama. El gran vestidor rebosaba de ropa. Había vestidos por todas partes, colgados en sus perchas, tirados sobre las sillas...

El inspector miró a Harbord con una mirada de impotencia.

—Nos llevará horas registrar todo esto... Echemos mejor primero una ojeada al de Dicky.

Al igual que su mujer, Dicky era bastante desordenado. El ojo de águila del inspector lanzó una mirada rápida a su alrededor y se dirigió directamente al zapatero. Sacó cada uno de los zapatos y botas que había y los examinó con cuidado.

—Un cuarenta y uno —observó después de colocar un zapato sobre la huella del papel—. Demasiado pequeño. Y ahora hay que...

—Creo que ha terminado el servicio —le interrumpió Harbord asomándose por la ventana—. El clérigo ya se ha marchado y la gente se está agrupando para ver las coronas.

—Vámonos —contestó el inspector acercándose a la puerta.

Al salir, se encontraron cara a cara con Dicky que parecía haberse adelantado al resto de los asistentes al entierro. Dicky se colocó el monóculo y miró a los intrusos con una sonrisa incrédula.

—¡Vaya! ¿Es esto una declaración de guerra, señores? Lamento que sus investigaciones en mi humilde morada les hayan decepcionado... ¿Soy de veras sospechoso de asesinato? El museo de cera de Madame Tussaud tendrá un bonito añadido a su colección...

—Tenemos que examinar todas las habitaciones de la casa, eso por descontado —replicó Stoddart con los ojos fijos en el joven. Le pareció que Dicky no tenía buen aspecto, por mucho que su volubilidad no hubiera cambiado.

—¿De veras? Interesante trabajo el suyo... Si hay algún cajón cerrado en mi dormitorio, las llaves están a su servicio, inspector. Pero me olvidaba, claro, de que un sabueso siempre tiene una ganzúa a su disposición. Es como en el Día del Juicio Final, no hay secretos para él... Pero me dirá si le puedo ayudar en algo, ¿verdad?

—Naturalmente —contestó el inspector, impasible ante su ironía—. Es posible que necesite hablar con usted y Mrs. Richard antes de que regrese a la ciudad esta tarde.

—¡Se va a la ciudad! —exclamó Dicky consternado—, pero... ¡si es aquí donde está la clave del misterio!

—Eso es algo que no sabemos —contestó el inspector con calma—, y me voy a Londres a intentar averiguarlo. Hay una caja cerrada de *miss* Karslake guardada en un banco. Es posible que tengamos más información cuando consigamos abrirla.

## CAPÍTULO 9

El Golden abrió sus puertas el día posterior al funeral de Charmian Karlake. Era imposible mantener el luto mucho tiempo, ni siquiera por la gran estrella americana. La actriz que había sustituido temporalmente a *miss* Karlake la iba a reemplazar de forma permanente y... ¿quién podría culpar a la dirección del teatro por intuir que la tragedia de la joven actriz llenaría la sala con la misma rapidez con que lo había hecho su talento?

La fila de la taquilla daba la vuelta a la esquina cuando Stoddart llegó al teatro seguido de su fiel Harbord. El interior había sido redecorado de nuevo en blanco y oro, y de todas las paredes colgaban fotos de Charmian Karlake. El inspector las miró brevemente y se giró hacia el portero, resplandeciente con su uniforme repleto de adornos también dorados.

—Quiero hablar con el director —dijo Stoddart dándole una tarjeta.

—Imposible... —comenzó el portero, pero su tono cambió de inmediato al leer la tarjeta—. Hay un ensayo en estos momentos, señor. No sé si será posible interrumpir al director.

—¡Oh! Yo creo que sí lo será —contestó el inspector sin inmutarse—. Entréguele esta tarjeta de inmediato, por favor.

El hombre no puso más reparos y los detectives fueron llevados un minuto más tarde al gran despacho del director. El escritorio estaba lleno de papeles y los muebles eran de naturaleza estrictamente funcional. Lo único fuera de contexto era una gran butaca desgastada colocada cerca de la chimenea, al lado de una mesita con tabaco y una pipa. Sobre la repisa de la chimenea se alineaba una serie de retratos de actores y actrices que habían pasado por el Golden y, entre ellos y en un lugar preferente, destacaba el de Charmian Karlake.

El director no les hizo esperar mucho tiempo. Era un hombre alto y delgado, de rasgos regulares, bien afeitado y con ojos cansados. Echó un vistazo a la tarjeta que tenía en la mano:

—Inspector Stoddart —dijo—. Sí, recibimos su telegrama y hemos seguido sus instrucciones al pie de la letra.

—¿Han cerrado el camerino con llave?

—Lo hicimos inmediatamente. Esto ha sido una tragedia terrible,

inspector. ¿Se sabe quién lo hizo o por qué?

—Tenía la esperanza de que usted pudiera ayudarnos en eso —contestó el inspector de forma ambigua—. Probablemente usted conoce a Charmian Karlake mejor que nadie.

El inspector negó con la cabeza.

—Se equivoca. Era extremadamente reservada. He preguntado al resto de la compañía y parece que nadie tuvo mucho trato con ella, pero le diré a su ayudante de camerino que vaya a hablar con usted. Tome un puro inspector, antes de irse.

—No, gracias... ¿Me podría dar su opinión sobre qué nacionalidad tenía *miss* Karlake?

El director se lo quedó mirando perplejo.

—¡Pero si todo el mundo sabe que era norteamericana!

—Todo el mundo lo *piensa* —le corrigió el inspector—, pero tenemos razones para creer que podría ser inglesa.

—¡Inglesa! —exclamó el director asombrado, dejándose caer en una silla—. Nunca he oído nada de eso, ni un rumor... nada. Su acento era claramente norteamericano.

—El acento se puede simular o adquirir después —dijo el inspector—. Bien, echaré ahora un vistazo al camerino de *miss* Karlake.

—¡Claro! —exclamó el director con energía—. Y como ya he dicho, enviaré a la que fue su ayudante para que hable con usted. Si hay alguien aquí que le pueda ayudar, esa es Mrs. Latimer.

Y con estas palabras los dejó al cuidado de un chico que, guiándoles por pasillos interminables, los condujo a la zona de camerinos de detrás del escenario. Se detuvo delante de uno que tenía el letrero de *miss* Karlake en la puerta y entregó las llaves al inspector.

—Mr. Searle me ha dicho que le dé esto, señor.

El inspector las tomó con una palabra de agradecimiento y abrió la puerta.

El camerino parecía pequeño, pero el inspector sabía que era grande para los estándares habituales. Estaba muy oscuro ya que solo contaba con un ventanuco alto que daba a algún corredor trasero. Un gran tocador ocupaba por completo uno de los frentes. Había también un espejo de cuerpo entero con alas que permitía a la actriz ver su cara desde cualquier ángulo. Sobre el tocador se veía un estuche completo de maquillaje, otro de cepillos de todos

los tamaños, unos tubos parcialmente estrujados y algunos pequeños botes de cremas cuyos usos el inspector podía solo adivinar. A la izquierda, una gran cesta de ropa. Había, además, un perchero de donde colgaban unos pocos vestidos en sus fundas pero, a primera vista, no había aparentemente nada que pudiera dar alguna pista a los detectives.

Stoddart abrió un gran frasco de perfume que había en la estantería junto con una gran variedad de pintalabios, peines y pasadores de todos los tamaños. En ese momento se oyó un golpe en la puerta y apareció una mujer entrada en años, pequeña y cuadrada como un hada de cuento. Hizo una torpe inclinación, una especie de compromiso entre un saludo y una reverencia a la antigua usanza, y sus ojos se llenaron de lágrimas al mirar a su alrededor.

—Sarah Latimer a su servicio, caballeros —dijo con voz aguda—. Mr. Searle me ha dicho que viniera a verles. Yo era la ayudante de *miss* Karslake.

Stoddart dejó el frasco de perfume en su sitio y se giró.

—Quería verla, Mrs. Latimer, por si puede ayudarnos. Estoy seguro de que tiene tantas ganas como nosotros de que se descubra al criminal.

—A mí... señor... —contestó Mrs. Latimer secándose una lágrima que corría por sus mejillas—, a mí me encantaría ver colgar al animal que ha hecho esto.

—Naturalmente —replicó el inspector con calma—. A todos nos gustaría. Y creo que usted nos puede ayudar significativamente contestando algunas preguntas... En primer lugar, sobre las visitas que tuvo *miss* Karslake en el camerino.

—Eso es fácil —dijo apresuradamente Mrs. Latimer—. Nunca vino nadie. Solíamos comentar entre el personal lo raro que era eso. Mucha gente preguntaba por ella, pero nunca quiso recibir a nadie. Teníamos órdenes de no dejar pasar visitas al camerino, ya que decía que ni conocía ni deseaba conocer a nadie en Inglaterra.

—Mmmm... suena bastante extraño. Hay muchos norteamericanos en la ciudad. Cualquiera pensaría que conocería a alguno.

—Si conocía a alguien no tenía interés en verlo, desde luego —dijo Mrs. Latimer.

—Bien, concéntrese un momento, Mrs. Latimer. ¿Ha visto alguna vez alguna señal, por muy pequeña que sea, que le hiciera pensar que *miss* Karslake no era realmente norteamericana, sino inglesa?

Mrs. Latimer se tomó un tiempo antes de responder. Sus pupilas negras

estaban ausentes, perdidas en el suelo.

—¡Ah! Ahora sí nos entendemos —dijo, por fin—. Me he hecho muchas veces la misma pregunta. Porque, aunque era muy callada, sí que decía a veces cosas... expresiones, alusiones... que me hacían pensar que venía de las Midlands. Yo misma soy nativa de Meadshire, señor.

—¡Meadshire! —repitió el inspector—. ¿Cerca de Hepton, por casualidad?

—No exactamente... a unos cincuenta kilómetros, al otro extremo del condado. Pero me pareció muy extraño que fuera a pasar el fin de semana a Meadshire y sí que pensé que quizá Hepton había sido su hogar en algún momento.

—¿Le dio *miss* Karslake alguna vez motivo para sospechar que alguna vez había estado casada?

La sonrisa de Mrs. Latimer se amplió, sus lágrimas ya olvidadas.

—Eso es difícil de decir en el caso de las actrices, señor. Muchas se han casado hasta cuatro veces y no hay demasiadas que no lo hayan hecho nunca. Pero en cuanto a *miss* Karslake, no le podría decir... nunca dijo nada que me hiciera sospechar algo así.

—Una última pregunta, Mrs. Latimer. Tenemos motivos para pensar que Karslake no era su nombre real. ¿Podría ayudarnos con esto?

—Creo que no... —comenzó Mrs. Latimer pero se detuvo de pronto y vaciló—. Bueno, solo un detalle, señor, pero no sé si tiene algún significado. *Miss* Karslake no era una gran fumadora, pero sí fumaba algún cigarrillo ocasionalmente, para calmar los nervios. Un día me encontré su pitillera perdida después del ensayo. Era de plata y estaba grabada en la parte posterior con las iniciales S. G. o G. S., no recuerdo... pero en todo caso no eran C. K. Se la devolví, me dio las gracias y me dijo que habría sentido muchísimo perderla porque había sido un regalo por sus dieciocho años. Luego miró la pitillera y se sonrojó mientras la guardaba. Creo que se había dado cuenta de que las iniciales no coincidían.

Mientras Stoddart hablaba con la ayudante de camerino, Harbord había estado registrando la habitación a fondo y dijo en ese momento:

—Parece que no hay nada aquí. Ningún documento, ni papeles de ningún tipo.

—No hay nada de eso, señor. *Miss* Karslake nunca recibía cartas. En la puerta de los camerinos había órdenes estrictas de no aceptar flores, ni notas,

ni nada para *miss* Karlake. Y nunca la vi a ella escribir tampoco.

—Bien, no parece que haya aquí nada que nos pueda ayudar. Muchas gracias por su colaboración, Mrs. Latimer. Si se acuerda de algo más, por favor no dude en ponerse en contacto con nosotros.

—Naturalmente, señor. Lo haré encantada. Cualquier cosa que esté en mi mano para que el culpable reciba su castigo, cuente conmigo.

Los dos detectives salieron del camerino y guardaron silencio hasta que se encontraron en el exterior del teatro.

—¡Nada! —exclamó Harbord inhalando con fuerza.

—Bueno... —dijo el inspector sonriendo—, las iniciales de la pitillera son un buen indicio de su verdadero nombre. Y una vez que sepamos quién era ella realmente, la solución no estará muy lejos... He recibido esto esta mañana —añadió sacando una hoja de papel de su cuaderno:

*“Si el inspector Stoddart desea saber la dirección de miss Karlake, que se ponga en contacto con Mrs. William Walker, Moira Road 10, Victoria”.*

El inspector leyó la nota en voz alta y se la pasó a Harbord.

—No hay firma. Ninguna pista salvo que el sello es de Hepton —observó—. Creo que haremos una visita ahora al número de 10 de Moira Road para ver qué nos puede contar Mrs. William Walker.

## CAPÍTULO 10

—Mmm... No se puede decir que Moira Road sea un área especialmente recomendable —dijo el inspector echando una mirada a su alrededor mientras salían del taxi.

Moira Road era una calle estrecha en los alrededores de Victoria. Las casas parecían pertenecer, casi sin excepción, al tipo pensión y el número 10 no se diferenciaba gran cosa de sus vecinas.

El inspector llamó al timbre y la puerta fue abierta de inmediato por una sirvienta que les miró con curiosidad.

—¿Mrs. William Walker? —preguntó el inspector en tono autoritario.

La doncella estaba evidentemente impresionada. Les abrió la puerta y se pegó a la pared para dejarlos pasar.

—Di a Mrs. William Walker que estamos aquí y muéstrale esta tarjeta.

La doncella salió corriendo con la tarjeta sin pronunciar palabra. Oyeron voces al fondo y, un instante después, apareció una mujer de aspecto descuidado. Una mirada bastó al inspector para percibir que sus rizos eran rubios y los grandes ojos saltones eran azules y la sospecha que había tenido desde que recibió la carta se convirtió en certeza.

—¿Quería verme? —preguntó la mujer mirando primero al inspector y luego a Harbord.

—Si tiene un minuto... —contestó el inspector con cortesía.

—Entren. No tengo mucho que hacer ahora... —. Abrió la puerta y les hizo pasar a un saloncito diminuto y continuó—: Y si lo tuviera... bueno, en todo caso le haría un hueco, inspector Stoddart. En realidad, iba a escribirles. Me he enterado de que han estado preguntando por mí en Hepton.

El inspector enarcó las cejas en una bien simulada expresión de sorpresa.

—¿A qué se refiere?

—Yo soy, o era antes de mi matrimonio, Charlotte Carslake —respondió Mrs. Walker lentamente—. Nuestra vieja enfermera, Ruth Heddle, aún vive en Hepton y me he mantenido en contacto con ella todos estos años. El Dr. Brett le habló de su visita, ella me lo contó...

—Y me escribió una carta anónima —terminó la frase por ella el inspector.

—¡Un anónimo! —Mrs. Carslake se echó a reír—. ¡Claro que no! Ruth odia escribir. Me cuesta mucho que me escriba unas líneas de vez en cuando para contarme las novedades del pueblo así que... ¡una carta anónima sobre mí! Seguro que ella no ha sido... ¿Qué decía la carta?

—Solo que si queríamos encontrar a *miss* Lotty Carslake haríamos bien en venir al nº 10 de Moira Road.

—Habrá sido alguien con quien Ruth haya estado hablando, supongo —Mrs. Walker se encogió de hombros y se olvidó del asunto—. Era de Charmian Karslake de quien quería hablarle. Yo la conocí hace años.

La mirada del inspector reflejó de pronto un profundo interés.

—¿En Hepton?

—No —Mrs Walker se echó a reír—. Y no piense que era uno de nuestros Carslakes porque no lo era. No. La conocí en Nueva York, hace seis años.

—Antes de que se hiciera famosa...

—Desde luego. Pero siéntese...

Mientras hablaba, Mrs. Walker le acercó una silla y ella se sentó en otra.

—Seguro que en Hepton ya le han contado que yo tuve uno de esos desgraciados matrimonios de guerra... El mío se disolvió en poco tiempo, como la mayoría de ellos. Yo intenté entonces ganarme la vida como pude, pero cuando mi juventud pasó... no tenía mucho que ofrecer. Entonces conocí a Bill Walker, un actor norteamericano. Nos casamos rápidamente y me fui con él a Estados Unidos... Un día en el Grand Follies conocí a Charmian Karslake. Entonces era solo una aspirante a actriz medio muerta de hambre que vivía en una pensión barata y ahorraba cada penique que ganaba para enviárselo a alguien... No, no tengo ni idea de para quién era, pero era evidente que estaba manteniendo a alguien... Estaba tan flaca que los ojos casi se le salían de la cara pero era ya muy hermosa, llena de vida y energía. Y buena actriz además. Yo sabía que algún día le llegaría su oportunidad y así se lo dije... Pero no fue mientras yo estaba allí. Mi marido enfermó y me lo traje a Inglaterra, pensé que el cambio de aires le vendría bien... Fue demasiado tarde, pobre hombre. Murió poco después y yo he estado dando tumbos desde entonces, sobreviviendo como he podido, tanto en el escenario como fuera de él... Mi hermano Walter me manda un cheque de vez en cuando desde Sudáfrica y me voy apañando... pero me acuerdo a menudo de mi infancia feliz en Hepton.

—Estoy seguro de que es así —dijo el inspector con simpatía—. Dígame, ¿se le ocurrió alguna vez que Charmian Karslake pudiera ser originaria de Hepton, como usted?

Mrs. Walker negó con la cabeza.

—La verdad es que no. En aquellos tiempos no teníamos mucho tiempo para charlar, inspector. La gente del teatro rara vez lo tiene... Y nunca oí a Charmian Karslake hablar de su pasado. Si era de Hepton tuvo buen cuidado de ocultarlo... Pero le diré lo que creo... Creo que era inglesa. Estoy segura por las cosas que decía... No recuerdo nada concreto, solo pequeños detalles... Una vez habló de los Cotswolds, pero cuando le pregunté me contestó que no había dicho los Cotswolds, que me había equivocado... pero sé que no me había equivocado.

—¿Tenía muchos amigos cuando la conoció? —preguntó el inspector—. Entiéndame, Mrs. Walker, tenemos que resolver el misterio de la muerte de Charmian Karslake y yo estoy convencido de que la clave está en su pasado, antes de que se hiciera famosa.

—No creo que pueda ayudarles —contestó Mrs. Walker suspirando con fuerza—. Charmian no era una persona comunicativa... Tenía ambición, quería progresar y trabajaba muy duro... La única extravagancia que recuerdo de ella es que contrató al profesor más caro de Nueva York para sus clases de baile. En cuanto a amigos... no sé si tenía alguno. Nadie fue nunca a verla y jamás habló de ningún amigo. No, inspector, tendrá que remontarse a un tiempo anterior al de Nueva York para encontrar la pista que busca.

—¿No sabe de nadie que tuviera algún motivo para desearle algún mal?

—No. Y no puedo imaginar ningún motivo tampoco —dijo Mrs. Walker con franqueza—. Solo era una pequeña actriz, honesta y trabajadora, que no se metía en la vida de nadie, que es más de lo que se puede decir de la mayor parte de ellos.

El inspector sacó su cuaderno. No estaba consiguiendo mucha ayuda de Mrs. Walker.

—¿Ha visto últimamente a *miss* Karslake?

—No —contestó Mrs. Walker—. Nos despedimos en Nueva York cuando regresé y esa fue la última vez que la vi. Le escribí alguna vez, pero poco después Louisa Marillier se puso enferma, Charmian la sustituyó y se hizo famosa, y yo ya no quería imponerle mi presencia. Además, mi marido murió por esa época... Cuando vino a Londres esperé horas en la fila para conseguir

entradas para verla... Quizá me las habría regalado si se lo hubiera pedido, pero no quería molestarla.

—¿La encontró muy cambiada?

—¡Oh, estaba maravillosa, maravillosa! —exclamó Mrs. Walker juntando las manos—. Esa energía, esa vitalidad... ¡Hacía sombra a todos los demás actores! Habría sido la mejor actriz del mundo si ese bruto, quienquiera que haya sido, no la hubiera matado...

El inspector levantó la mirada de sus notas.

—Usted conoce Hepton muy bien, Mrs. Walker.

—¡Oh, bueno! Yo no diría tanto —replicó ella—. Solo tenía quince años cuando murió mi madre y me fui de allí con mi hermano. Nunca he vuelto, no ha habido ocasión.

—¿Se acuerda de los Penn-Moreton?

Mrs. Walker se echó a reír.

—Sería imposible para alguien que hubiera pasado un solo día en Hepton no conocer a los Penn-Moreton. Son las únicas personas importantes de la ciudad y solo con entrar en alguna casa del pueblo ya te enteras de todas sus idas y venidas.

—Me refiero a que los conocería personalmente...

—Se equivoca. Los Penn-Moreton eran nuestros pequeños dioses locales. Estoy segura de que la gente iba más a la iglesia para ver a los Penn-Moreton que para rezar a Dios. A cambio, ellos se portaban bien con la población. Nos daban sopa y otras exquisiteces. Recuerdo que cuando mi madre se puso enferma nos enviaron uvas y faisanes. Pero en cuanto a visitarnos o conocernos, bueno... ¡habrían pensado que estábamos locos si esperábamos algo así! Inclinan la cabeza si nos los encontrábamos, pero como un rey o una reina pueden saludar a unos labradores. ¡Oh! ¡No tengo paciencia con las mezquinas distinciones de clase de Hepton!

Mrs. Walker se estaba quedando sin aliento y, cuando paró de hablar, tenía las mejillas encendidas. Era evidente que la sociedad de Hepton y sus restricciones la afectaban profundamente.

El inspector le dio tiempo para recobrase, cambiando su foco de atención aparente hacia una aspidistra de la ventana. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz baja.

—¿Conoció usted a un tal Peter Hailsham?

—¡Peter Hailsham! —exclamó Mrs. Walker sobresaltada, el rojo de sus

mejillas desapareciendo de golpe—. ¿Qué sabe de Peter Hailsham?

—No tanto como me gustaría —contestó el inspector con franqueza—. No tanto como usted, supongo.

—Yo... yo no sé nada de Peter Hailsham —contestó Mrs. Walker con una indignación que sonó falsa—. Al menos, nada más de lo que cualquiera le puede contar en Hepton. Era un viejo vagabundo que vivía al lado del canal. Pero debe de haber muerto hace años.

—Había un Mr. Peter Hailsham presente en la fiesta de Hepton Abbey —observó el inspector en voz baja.

—¿Qué?! —Mrs. Walker se lo quedó mirando fijamente y soltó una carcajada—. ¿No sería el caballero del canal, supongo?

—Eso parece evidente, ¿no cree? —el tono de Stoddart se volvió súbitamente agresivo—. ¿Conoce usted al otro Peter Hailsham, Mrs. Walker? ¿Al que fue al baile?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¿No le he dicho ya, inspector, que no tenía nada que ver con los Penn-Moreton ni sus amigos?... No le puedo decir nada más, inspector, aunque me siga interrogando durante horas.

## CAPÍTULO 11

—¿Ha preguntado por mí, inspector?

Harbord acababa de entrar en el despacho de Stoddart en Scotland Yard.

—Sí. Quería consultar contigo los próximos pasos en el caso de Charmian Karlake. Parece que estamos en un punto muerto y esos malditos periódicos no dejan de acosarnos... Me encantaría decirles que si montan ese alboroto cada vez que interrogamos a un testigo, dentro de poco no tendremos testigos que interrogar...

Con esto, Harbord entendió que el inspector estaba más preocupado por el caso Hepton de lo que quería reconocer.

—Es un caso difícil —aceptó Harbord—. Da igual el camino que tomemos que al final siempre nos encontramos con algún obstáculo. ¿Encontró algo en el apartamento de *miss* Karlake, inspector?

Stoddart se encogió de hombros.

—Nada. Charmian Karlake dominaba el arte de ocultar su vida. ¿Y tú en el banco?

—Ha ido bastante bien. Les ha llegado ya la autorización para que podamos abrir la caja en presencia del director del banco, pero no podemos llevarnos nada de lo que haya en su interior.

El inspector se levantó.

—Eso me da la motivación que necesitaba esta mañana. Iremos directamente al banco, Alfred. Será mejor que llamemos a un taxi.

El trayecto les llevó tan solo cinco minutos. Fueron admitidos de inmediato en el despacho del director y este se reunió con ellos.

—Espero que esto les sirva de algo, inspector —comentó el director mientras llamaba a un timbre—. No tengo ni idea de lo que contiene, claro, pero la caja me pareció muy pequeña y ligera cuando la trajo *miss* Karlake. Eso fue solo un par de días antes de su muerte.

—¡Solo dos días antes de su muerte! —exclamó Stoddart sorprendido.

—Me dijo que iba a pasar el fin de semana en el campo y no quería dejarla en su apartamento vacío —explicó el director.

En respuesta a su llamada, había llegado un ascensor diminuto situado al otro extremo de la habitación. El director abrió la puerta. Dentro había una

pequeña caja fuerte que levantó del suelo y calibró entre sus manos.

—No puede haber gran cosa aquí, inspector... Creo que ya tiene la llave.

El inspector sacó la llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Cuando levantaron la tapa ambos soltaron una exclamación de sorpresa.

A primera vista, la caja parecía contener solo un montón de recortes de periódicos unidos mediante un clip. El inspector separó las hojas leyendo rápidamente los titulares: “Muerte de *sir* Arthur George Penn-Moreton”, “Fallece *lady* Penn-Moreton”, “Compromiso de *sir* Arthur Penn-Moreton”, “Alianza británica y norteamericana: Mr. Richard Peter Penn-Moreton se compromete con la hija del millonario de Chicago”, “Mr. John Larpent comprometido con la honorable Mary Vivian Paula, hija del fallecido vizconde Galbraith”... Luego miró a Harbord.

—Todos hacen referencia a los Penn-Moreton. Esto, al menos, resuelve parte del misterio.

En el fondo había una pequeña cajita de cartón. Stoddart levantó la tapa y vio un anillo de boda entre algodones y, debajo, un trozo de papel de seda cuidadosamente doblado. Lo abrió con delicadeza y mostró su interior a Harbord que se inclinó nervioso. Ante sus ojos apareció un pequeño rizo rubio con una etiqueta minúscula atada con hilo de seda: “El pequeño John Peter”.

El inspector miró a Harbord.

—¿Te das cuenta del significado de los nombres?

Harbord asintió, pero la expresión de sus ojos era confusa.

El director les miró.

—¿Hay algo más que deseen ver, caballeros?

Stoddart captó la indirecta.

—Creo que no, gracias. Hemos visto la libreta de ahorros que guardaba *miss* Karlake en su apartamento. Tiene una buena cantidad de dinero con ustedes, creo.

—Unos dos mil, pienso —el director asintió—. Tenga en cuenta que *miss* Karlake ganaba muchísimo dinero y no se lo gastaba a lo loco, a diferencia de otros...

—Tiene razón. Muchas gracias por su cooperación, señor.

Cuando salieron del banco, el inspector vaciló un instante.

—Creo que es mejor que vayamos paseando hacia el Embankment para reflexionar un poco sobre esto.

Harbord observó la expresión malhumorada de su jefe dos o tres veces

antes de atreverse a hablar. Por fin, dijo lentamente:

—No puedo entender que una mujer con el físico espectacular de Charmian Karlake no fuera reconocida de inmediato si estuvo antes en Hepton o conoció a los Penn-Moreton.

—No. Tienes razón —aceptó el inspector pensativo—. Tal vez fuera solo una niña entonces, pero incluso así... Tenemos que seguir trabajando. Es posible que consigamos deshacer algún día esta maldita madeja... ¿Qué habrá sido de John Peter, por cierto? ¿Se quedaría en Estados Unidos o falleció? ¿Qué piensas?

—Lo último, creo. Peter sugiere Peter Hailsham, claro, pero John...

—¿No lo ves? —preguntó el inspector en voz baja—. Larpent. Tenemos que investigar el pasado de ese hombre.

—Larpent es agradable, el más atrayente del lote —observó Harbord inesperadamente.

—Me importa un bledo. Algunos de los peores criminales que he conocido tenían una personalidad muy atractiva. No, eso no me impedirá que investigue bien su pasado.

—¿Por qué mataría Larpent a Charmian Karlake? No hay nada que le ligue al crimen, excepto la huella de zapato, que no es muy significativa porque, como usted mismo ha dicho, es una talla muy habitual.

—Tiene razón —convino Stoddart—. Pero, a pesar de eso, no había nadie más con la misma talla de zapatos en Hepton Abbey esa noche. Y... ¿se ha olvidado de la presencia de *miss* Paula Galbraith en el invernadero la noche del baile? ¿Por qué no nos ha dicho nada cuando sabe que cualquier pista es vital?... Porque sabe, o sospecha, quién era el que estaba en esa habitación y quién es Peter Hailsham. Alguien a quien no puede traicionar. Pero, sin embargo, sabemos que ha discutido con él. Uno de estos días cantará y nos enteraremos de lo que oculta esa cabeza.

—Bueno, es posible que tenga razón —concedió Harbord—. Pero debo confesar que me gustaría seguir investigando el resto de las posibilidades.

—Claro. Se hará lo que dices —dijo Stoddart—. No podemos abandonar ninguna pista hasta que el caso no esté cerrado.

Cuando llegaron a Scotland Yard, fueron interceptados por un mensajero:

—Hay un par de telegramas para usted, señor. Y le han llamado por teléfono. Una llamada desde Hepton. Tiene que devolver la llamada lo antes posible.

—¿Quién ha llamado?

—*Sir* Arthur Penn-Moreton, señor. Dijo que era urgente.

—Muy bien. Me encargaré de ello de inmediato. Tráigame los telegramas, por favor... Ven conmigo, Alfred. Esto nos interesa a ambos.

El inspector se fue a su despacho y llegó casi a la vez que el policía que le traía los telegramas. Stoddart abrió el primero. Era del superintendente de policía de Hepton:

*“Le necesitamos en la abadía. Regrese inmediatamente”.*

El segundo procedía de *sir* Arthur y decía lo mismo:

*“Venga con urgencia”.*

El inspector levantó el auricular y llamó a Hepton Abbey.

*Sir* Arthur acudió a la llamada con tanta celeridad que daba la impresión de que estaba esperando la llamada al lado del teléfono.

—¿Es usted, inspector? *Sir* Arthur Moreton al habla. Ha pasado algo terrible aquí. ¿Puede venir en el tren de las 4:15?

El inspector miró su reloj.

—Sí. Si nos damos prisa... ¿Qué ha pasado, *sir* Arthur? ¿Algo relacionado con el asesinato de *miss* Karlake?

—No sé cómo puede estar relacionado —dijo *sir* Arthur profundamente agitado—. Mi cuñada, Mrs. Richard Moreton, ha sido atacada brutalmente. La han dejado inconsciente con un golpe salvaje en la cabeza... No, no ha muerto, pero el doctor nos ha dado muy pocas esperanzas de que se recupere o tan siquiera de que recobre la conciencia. Debe de haber algún maníaco homicida en los alrededores. Venga y encuéntrelo, inspector.

—Haré todo lo que esté en mi mano —dijo el inspector sombrío—. Estaré allí lo antes posible.

Y colgó.

## CAPÍTULO 12

—Gracias a Dios que ya ha llegado, inspector.

*Sir* Arthur Moreton había ido a la estación a recibirles y los esperaba en la salida con un coche.

—Apresurémonos —dijo con impaciencia—. Les contaré todo de camino y así ganaremos algo de tiempo.

El inspector se subió detrás de *sir* Arthur mientras Harbord tomaba asiento al lado del chófer.

—El superintendente Bower está deseando verle. Está en la abadía interrogando al personal pero sin mucho resultado, por lo que he podido ver. No entiendo nada de lo que está pasando, inspector.

—Yo tampoco —confesó el inspector con franqueza—. Pero no sabe lo que siento haberme marchado. ¿Me puede contar los detalles, señor?

—No hay muchos detalles que contar —respondió *sir* Arthur con el entrecejo fruncido—. Algunos amigos de mi cuñada, antiguos compañeros de escuela, vinieron ayer de visita. Se mostraron muy interesados en la abadía y *lady* Moreton les enseñó toda la propiedad. Ni mi hermano ni yo estábamos en casa... Pues bien, los invitados estaban a punto de marcharse cuando se acordaron del viejo estanque de los monjes, cerca de la puerta oeste, donde la tradición dice que las carpas son las mismas que había en la época de los monjes. Estaban locos por ver el viejo estanque y pidieron a mi cuñada que se lo enseñara. Su coche fue entonces a esperarles a la puerta oeste, la que da al ruedo. Cuando mi hermano volvió a casa y fue a buscar a su esposa, descubrió que no estaba y que nadie la había visto regresar de la excursión al estanque. Al principio, naturalmente, pensamos que se habría ido con sus amigos, pero cuando llegó la hora de la cena y no había regresado, nos empezamos a poner nerviosos. Mi hermano llamó a los amigos con los que había estado que, para nuestra consternación, le dijeron que la habían visto por última vez cuando se marcharon y que, cuando se despidieron, ella se disponía a regresar a la casa. Entonces comenzamos una búsqueda sistemática de la propiedad y, en el bosque de encinas que está entre el estanque y el camino, nos encontramos a mi cuñada en el suelo, boca abajo e inconsciente. Era evidente que había sufrido un golpe terrible en la cabeza. El Dr. Spencer ha diagnosticado

conmoción cerebral. También ha sufrido la base del cráneo y la columna vertebral está dañada.

—¿Algún rastro del asesino? —preguntó el inspector.

*Sir Arthur* negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera de lucha. Estaba tendida sobre su cara, un poco de lado, como si le hubieran dado por detrás.

—¿Falta algo valioso? ¿Pudo ser el robo el motivo?

—No —negó *sir Arthur* mientras entraban por las puertas de la abadía—. Llevaba puesto un collar de perlas de mucho valor y no se lo han llevado, tampoco ninguno de sus anillos.

—Parece la obra de un maníaco —dijo el inspector—. Fue más o menos por aquí donde pasó todo, ¿no, *sir Arthur*? Me gustaría echar un vistazo al sitio.

—Por supuesto.

*Sir Arthur* habló a través de un intercomunicador y el automóvil paró. *Sir Arthur* les guió hasta una senda que rodeaba los setos de arbustos. El estanque de los monjes se encontraba cerca de unas ruinas de alguna antigua construcción de la abadía ya abandonada. Allí se detuvieron.

—Fue aquí donde la encontramos. Ya ve, ni rastro de lucha.

—No —convino el inspector examinando los alrededores—. Dice que Mrs. Richard Moreton se despidió de sus amigos cuando estos estaban ya en el coche y que el coche esperaba en la puerta. ¿Tiene alguna idea de por qué regresó aquí en vez de volver directamente a la abadía?

—Ni idea —contestó *sir Arthur* con el ceño fruncido—. Lo único que se nos ha ocurrido es que se le cayó algo al agua, lo echó de menos y volvió a buscarlo. Pero son solo hipótesis. Ya ve, inspector, algún maníaco debía de estar esperándola entre las sombras, salió de improviso y la atacó sin que se diera cuenta.

—Un maníaco homicida, diría yo —remarcó el inspector—. Pero... ¿dónde se escondió el asesino? Cerca del estanque no pudo ser o Mrs. Richard le habría visto. Tampoco detrás de esas ruinas. El muro es demasiado alto como para que pudiera ver que ella se acercaba, o para saltarlo si quería cazarla desprevenida... La pregunta que tenemos que hacernos es si hay alguna conexión entre ambos ataques. ¿Cuánta gente hay ahora en su casa, *sir Arthur*?

Este pareció sorprendido.

—Solo mi hermano, mi cuñada, Mr. John Larpent y *miss Paula Galbraith*,

y el personal doméstico habitual, claro está.

El inspector asintió.

—Tanto la abadía como el resto de la propiedad están bajo vigilancia por lo que no parece muy probable que algún vagabundo o forastero haya podido entrar. Además, el hecho de que no hayan robado nada descarta esa teoría.

—Tenemos otro visitante ahora —continuó *sir* Arthur—. Mr. Silas Juggs, el padre de Mrs. Richard. Ha llegado en automóvil hace poco. Está profundamente afectado, como es normal. Mrs. Richard es su única hija y está como loco, haciendo todo tipo de acusaciones sin sentido.

—¿Qué dice?

—Bueno... apenas lo sé. Dudo que él mismo lo sepa. Parece que ha acusado ya a todos en la casa de estar implicados en el asunto. Justo antes de salir a buscarles a la estación le he visto discutiendo con el doctor. Insistía en ver a su hija y el doctor Spencer intentaba evitarlo.

Habían dado media vuelta ya y regresaban a pie a la casa, el automóvil siguiéndoles a corta distancia. Estaban llegando cuando se oyó un portazo y una voz furiosa que gritaba:

—Le digo yo que su maldito detective me va a oír. Y voy a enviar un telegrama a Washington para que me envíen un par de sabuesos de verdad, los mejores del país.

Un hombre grande y fornido atravesaba en esos momentos el umbral de la puerta. Detrás, se veía al mayordomo y a Dicky, ambos lívidos, con el rostro desencajado. Mr. Silas P. Juggs, al contrario, estaba rojo como un tomate y sus ojos claros parecían salirse de las órbitas.

—Óigame, *sir* Arthur Penn-Moreton. Este asunto tiene ser investigado hasta el final. Es inconcebible que un par de mujeres norteamericanas sean asesinadas en su propiedad... —comenzó Mr. Juggs y al oír una débil protesta de Dicky a sus espaldas continuó—: Yo le digo, señor, que en Estados Unidos esto no se tolera. ¡Este último ataque ha sido el colmo! Me vengaré, no lo duden. Los norteamericanos no tenemos ningún problema en luchar cuando se trata de nuestras mujeres. Vamos a espabilar a su gobierno, sí señor.

—Créame que se hará todo lo posible por encontrar al culpable, Mr. Juggs —dijo *sir* Arthur con fría cortesía—. Permítame presentarle al inspector Stoddart, uno de los miembros más brillantes de nuestro C.I.D., que ha venido

a investigar tanto la muerte de *miss* Karslake como el inexplicable ataque a Sadie.

Mr. Juggs aceptó la presentación mediante una brusca inclinación de su cabeza canosa.

—Hemos oído hablar de usted en Estados Unidos, señor. Pero creo que aún le queda mucho por emular a Sherlock Holmes o ya habría encontrado al asesino de Charmian Karslake.

Stoddart no movió un músculo de su rostro.

—Debe darnos tiempo, Mr. Juggs. Las cosas no son tan sencillas en la vida real como en las novelas policiacas.

—Ya puede decirlo —dijo Mr. Juggs—. Pero, lo primero, tengo que enviar el telegrama. ¿A qué hora has dicho que venía el doctor, Dicky?

Dicky dio un paso adelante. Estaba muy pálido, con muy mala cara y, aunque su monóculo parecía tan firme en su sitio como de costumbre, era evidente que había estado llorando.

—Llegará en cualquier momento. El automóvil iba a ir a buscarlo a Meadsford y ordené al chófer que pisara el acelerador al máximo.

La mirada de Mr. Juggs se suavizó al ver el rostro desconsolado de su yerno. Puso la mano sobre su hombro.

—Sé que aprecias de veras a Sadie. Ya me di cuenta antes de la boda. No estabas detrás de los dólares. Era mi niña lo que querías.

—Puede jurarlo —dijo Dicky con sencillez—. Me enamoré de ella al instante. Si echo el guante a ese vil criminal, lo estrangularé con mis propias manos.

—¡Ah! Estoy seguro de que lo harías. ¡También yo! Pero creo que ha llegado ya el doctor...

Su mano aún reposaba sobre el hombro de Dicky cuando ambos se adelantaron para recibir al médico.

Stoddart los miró con una expresión curiosa mientras hacía entrar a Harbord a la biblioteca. *Sir* Arthur abrió la puerta de una habitación contigua.

—Hola Bower. El inspector Stoddart ya está aquí. Le espera en la biblioteca.

El superintendente local se desplazó torpemente hacia el vestíbulo. Era un hombre grande, pesado, de cara aplastada y rojiza por la exposición frecuente al clima, pero Bower era más inteligente de lo que parecía, como Stoddart había descubierto con anterioridad.

—Me alegro de que ya esté aquí, inspector Stoddart. Quería enseñarle algo.

Sacó a tientas de su chaqueta un pequeño paquete envuelto en papel de seda. Lo desenvolvió lentamente y depositó sobre la mesa un bolso pequeño de ante, un gran trozo de algodón y algo que parecía la tapa metálica de una cajita.

El inspector Stoddart se inclinó sobre los artículos, examinándolos con atención.

—¿Y bien, superintendente?

—Esto —dijo Bower— fue localizado en unos arbustos que no distaban ni cien metros de donde se hallaba Mrs. Richard. En mi opinión, fueron arrojados por el asesino mientras huía.

El inspector movió la bola de algodón cuidadosamente con su dedo índice. El superintendente sacó una hoja de papel de su bolsillo y la extendió sobre la mesa.

—Los encontramos aquí —dijo—. Esto es un plano del jardín que he dibujado yo mismo. Es más fácil entender las cosas cuando se ponen sobre papel. Esto —dijo señalando un círculo en un lado— es el estanque de los monjes. Aquí está la puerta hacia el ruedo, donde Mrs. Richard se despidió de sus amigos y este sendero es el que serpentea alrededor. Aquí fue encontrada —dijo señalando una cruz— y aquí, donde está la otra cruz, fue donde encontramos el bolso y la tapa de la caja. El algodón se había quedado enganchado en las ramas de los arbustos.

—Ya veo... más cerca de la casa que el sitio donde atacaron a Mrs. Richard —comentó Stoddart—. Lo único es... ¿estamos seguros de que estos artículos están ligados al ataque?

—Yo creo que sí —contestó el superintendente con un brillo de triunfo en sus ojos—. Este bolso de mano pertenecía a Mrs. Richard, dentro hay un pañuelo suyo. Yo creo que el hombre estaba huyendo hacia la casa, quiso esconder estas cosas y quizá no se dio cuenta de que el algodón se había quedado enganchado. Esta tapa... —añadió mostrándosela al inspector—, ¿ve las letras? Si pudiéramos averiguar dónde se compró...

El inspector estaba observando la tapa con atención.

—No es fácil descifrar la marca... Parece McCall y Saunders pero todo lo demás se ha borrado con la humedad y la exposición al exterior. Supongo que McCall y Saunders serán los fabricantes.

—Aquí no tenemos a nadie con ese nombre —observó el superintendente.

—Bien, haremos lo que podamos. Pero ya ve que es la tapa de una caja de caramelos normal y corriente.

—Si pudiéramos encontrar la otra parte de la caja tal vez supiéramos algo más. La bola de algodón me hace pensar que hacía tiempo que no se guardaban caramelos ahí dentro.

—Tiene razón, si es que el algodón salió de la caja —comentó Stoddart.

—Yo creo que sí. He estado pensando, inspector, que Mrs. Richard debía de llevar algo en la mano que era valioso para alguien. Y ese alguien vino de repente y la golpeó para llevárselo y quizá golpeó más fuerte de lo que pensaba.

—Bien pensado —dijo el inspector con aprobación—, pero si fue el robo el motivo... ¿por qué no se llevaron sus perlas ni el dinero de su bolso?

—No lo sé —replicó el superintendente—, quizá lo que había en la caja era especial por algún motivo.

—Pero... ¿hay alguna prueba de que Mrs. Richard tenía esa caja en su poder o de que esa caja contenía algo de valor?

El superintendente señaló el algodón y la tapa.

—Esas son todas las pruebas que tengo... pero creo que verá que tengo razón.

—Muy posiblemente —aceptó el inspector guardando las pruebas bajo llave—. Ahora, superintendente, no quiero que diga nada de esto por el momento. Y debo saber... ¿ha estado la abadía vigilada de forma continuada por usted y sus hombres? ¿Tanto la casa como los terrenos?

El superintendente se irguió con dignidad.

—Sí, señor. No se ha visto a nadie sospechoso por los alrededores y eso simplifica bastante las cosas a mi juicio...

—¿Está seguro de que nadie puede haber entrado sin que se dieran cuenta?

—Estoy seguro —contestó Bower rotundo—. En todo caso, nadie de fuera podría haber entrado en la habitación de *miss* Karlake. Es impensable.

—En eso estoy de acuerdo con usted... —dijo Stoddart pensativo—. Ahora, superintendente, tenemos que interrogar al personal de servicio. ¿Podría usted investigar los movimientos de todo el personal que trabaja fuera de la casa?

—Por supuesto —prometió el superintendente, respirando con dificultad mientras abandonaba la habitación.

El inspector miró a Harbord.

—¿Y bien?

—Empiezo a pensar que el superintendente Bower no tiene un pelo de tonto —contestó Harbord con un brillo en su mirada.

El inspector tosió.

—Nunca pensé que lo tuviera —dijo con firmeza.

## CAPÍTULO 13

—El especialista nos ha dado bastantes esperanzas. Paula, querida, ¿no te alegras?

*Lady Penn-Moreton* obviamente había estado llorando pero ahora sonreía mientras agarraba del brazo a *miss Galbraith*.

—Claro que me alegro —replicó *miss Galbraith*—, pero nunca dudé de que se recuperaría.

—Bueno, no sé si eres tú más experta que el doctor Spencer —dijo *lady Moreton* puntillosa— y yo sé que él no contaba con que recuperara la conciencia. Hay veces, Paula, que me gustaría zarandearte a ver si reaccionas.

—¿Ah, sí? —*miss Galbraith* abrió sus grandes ojos azules—. Hazlo si quieres.

—Creo que algún día no podré evitarlo —dijo *lady Moreton* furiosa—. La verdad, no sé qué te cuesta decir que te alegras de que Sadie vaya a sobrevivir. Ya sé que no te cae muy bien, pero podrías pretender al menos...

—Claro que me alegro de que mejore —la interrumpió *miss Galbraith* sonrojándose un poco—. Pero no me gustan mucho los americanos. No lo puedo evitar.

—Eso suena muy poco caritativo —observó *lady Moreton* con energía—. En todo caso, no creo que los americanos tengan muchas razones para apreciarnos a nosotros a partir de ahora. Aunque supongo que es solo casualidad que tanto Charmian como Sadie sean americanas... —bajó la voz—. ¿No te sientes muy nerviosa a veces, Paula? Es horrible pensar que el asesino puede estar en la casa, que quizá hablemos con él a diario sin saberlo... y tal vez esté pensando ya en su próxima víctima... tú, o Arthur o yo...—. Se estremeció.

Paula Galbraith la miró con compasión.

—Intenta olvidarlo. No creo ni por un momento que haya ninguna conexión entre los dos ataques.

—Bueno pues eso demuestra que no sabes nada de ellos —replicó *lady Moreton* con resentimiento—. Y en cuanto a eso de que me olvide... Si se hubiera cometido un asesinato en tu casa... ¡Oh! No tengo ganas de hablar más del tema. A veces pareces tonta, Paula. Supongo que te sorprenderá mucho

saber que los detectives están convencidos de que los dos sucesos fueron cometidos por el mismo hombre.

—Nada de lo que piensen esos detectives me puede sorprender —replicó *miss* Galbraith—. Si hubiéramos tenido aquí un detective francés hace tiempo que habría descubierto al culpable y habrías visto... ¡Oh, mira! Aquí viene Mr. Juggs.

*Lady* Moreton y su amiga estaban en el salón, delante del fuego. *Lady* Moreton se giró para saludar al recién llegado mientras extendía uno de sus pequeños y delicados zapatos de ante hacia el calor.

—Creo que ya conocen mis buenas noticias, señoras.

—*Nuestras* buenas noticias —le corrigió *lady* Moreton extendiendo impulsivamente las manos hacia él—. Claro que nos hemos enterado. Y no puede imaginarse hasta qué punto estamos agradecidas.

El millonario tomó las manos de ella entre las suyas, apretándolas tanto que *lady* Moreton tuvo que disimular un gesto de dolor.

—Se han portado muy bien, tanto usted como su amable marido —dijo Mr. Juggs con voz entrecortada—. No me avergüenza confesar que he estado llorando de la alegría, *lady* Penn-Moreton. Sadie es mi única hija. Y si la perdiera... Bueno, usted tiene un hijo y puede imaginarse cómo se sentiría si se lo llevaran.

*Lady* Moreton retiró sus manos con suavidad.

—Lo sé, lo sé. No sabe cómo lo he sentido por usted, por usted... y por el pobre Dicky.

—¡Ah! ¡Pobre chico! —el millonario asintió con energía—. Puedo confesarle ahora *lady* Moreton que cuando Sadie y él se unieron yo no tenía una gran opinión de mi yerno. Pero Sadie se había empeñado en casarse y yo nunca le he negado nada en mi vida. No era la boda que yo había esperado para mi pequeña pero, bueno, el dinero no lo es todo y ahora nos entendemos él y yo... Creo que ha sido afortunada, mi Sadie. Supo reconocer un diamante en bruto cuando lo encontró... Me marcho ahora a enviar un telegrama a J. B. Harker. Tengo entendido que es el mejor sabueso de todo el país. Le diré que venga de inmediato y pronto él desenredará esta madeja en la que estamos liados.

—Pero... ¿no cree que Sadie podrá decirnos quién fue? —preguntó *lady* Moreton perpleja—. El especialista ha dicho que pronto recobraré la conciencia.

El millonario tosió.

—Es cierto pero, por lo que ha dado a entender, no se la podrá interrogar en algún tiempo. Mr. Harker podrá empezar a trabajar también en el caso de *miss* Karlake. Esa pobre criatura era una compatriota y sus policías británicos parecen un poco atrasados en sus métodos... Creo que su prometido también trabaja en esa línea, ¿no, *madame*? —preguntó dirigiéndose bruscamente a Paula Galbraith.

*Miss* Galbraith se quedó muda durante un instante. Luego dijo lentamente:

—Mr. Larpent es abogado, no policía. Él defiende a los criminales, no los captura.

—Los defiende, ¿eh? —repitió Mr. Juggs con un soplido de indignación—. No tengo paciencia con los hombres que defienden a los criminales. A los criminales habría que colgarlos.

—¿A los inocentes o a los culpables? —preguntó Paula Galbraith despectivamente.

Silas P. Juggs se la quedó mirando.

—Bueno, tal y como yo lo veo los inocentes no son criminales... Pero veo que Mr. Larpent viene hacia aquí con mi yerno. Será mejor que salga a recibirles. Mi yerno no sabe aún las buenas noticias...

Mr. Juggs se marchó silbando y tarareando en voz baja.

*Lady* Moreton dio la espalda al fuego.

—Pobre hombre. Me ha dejado la mano entumecida... Creo que deberíamos ir nosotras también a recibirles y felicitar a Dicky por las buenas noticias. Vamos, Paula.

Pero Paula no se movió de su sitio y, después de dirigirle una mirada extraña, *lady* Moreton salió sola de la habitación. Paula Galbraith se quedó esperando con la mirada perdida en las llamas. Un instante después, John Larpent entró en la habitación pálido y desencajado.

—Paula, he visto que estabas aquí y he decidido venir y exigirte una explicación.

—¡Exigirme!

Mientras Larpent hablaba, Paula había estado jugueteando con un pequeño ornamento de plata que estaba sobre la repisa de la chimenea. En ese momento lo dejó caer con fuerza y se enfrentó a Larpent con ira en los ojos.

—¡Exigirme una explicación! —repitió—. ¿Quieres decir que me vas a obligar a poner en palabras lo que ya conoces demasiado bien?

—¡Te juro por lo más sagrado que no sé de qué me hablas! —exclamó Larpent con súbita energía—. Pero tengo la intención de que me lo cuentes de una vez. Hasta el peor de los criminales tiene derecho a defenderse.

—¿Y cuando no hay defensa posible? —sugirió *miss Galbraith*—. ¿De qué sirve disimular? Sabes bien que he adivinado tu secreto.

—¿Qué secreto? ¡Yo no tengo secretos! ¿A qué te refieres?

Paula le lanzó una mirada fulminante.

—¿Se te ha olvidado la noche del baile y Peter Hailsham?

La expresión de Larpent cambió por completo.

—¡Por amor de Dios, calla, Paula! ¡No sabes el daño que puedes hacer!

Paula Galbraith soltó una risotada despectiva.

—No te preocupes, no me voy a “chivar”, como dicen los niños. No tienes nada que temer pero... lo sé.

—¡Imposible!

La cara bronceada de Larpent se había quedado blanca como la tiza.

—¿Ah, sí?... Te lo demostraré. Habrás oído la declaración de las dos doncellas que estaban escondidas. Bien, pues yo estaba en ese momento sentada en el invernadero y también oí a *miss Karlake* decir “por fin nos encontramos, Mr. Hailsham”, pero sé más que eso. Sé quién entró primero en esa habitación. Sé quién es Peter Hailsham.

Sin querer, había subido el volumen de su voz con las últimas palabras. Larpent se precipitó hacia ella como si quisiera cerrarle la boca.

—¡Cállate! —dijo en una voz baja y ronca—. Lo que viste, lo que oíste, no tiene nada que ver con la muerte de *miss Karlake*.

*Miss Galbraith* no se amilanó.

—¿Ah, no? Me pregunto si el inspector Stoddart opinaría lo mismo si le contara lo que sé.

—No debe saberlo nunca —dijo Larpent con la misma voz estrangulada—. Te he dicho la verdad. No pasó nada en esa habitación que esté relacionado con la muerte de *miss Karlake*. Si hablas de ello...

—Otra gente puede pensar lo contrario —terminó la frase *miss Galbraith* despectivamente—. No me conoces, John Larpent. Las jóvenes de hoy en día no son tan crédulas como lo fueron sus madres.

—¡Ojalá se portaran como lo hicieron sus madres! Habría muchos hombres como yo que...

Con mucha calma, Paula se quitó el anillo de diamantes del dedo anular y

se lo devolvió.

—Por favor, entrega esto a alguien que esté más cerca de tu ideal de lo que lo estoy yo.

Larpent en un ataque de furia lo lanzó por la ventana abierta.

—Ya está hecho —dijo con tristeza.

—Eso ha sido una estupidez —observó Paula fríamente—. Lo necesitarás para la próxima.

—No habrá próxima. Esta experiencia ha sido suficiente para el resto de mi vida.

Si Paula sintió el golpe, no lo demostró.

—Lamento mucho no haber terminado antes el compromiso —dijo con una mirada fría como un témpano—. El día después del baile. Pero lo hice por ti.

—Muy considerado de tu parte —replicó él con ira concentrada—. ¿Puedo saber por qué has cambiado ahora de opinión?

Paula se alejó de él. Se quedó mirando sus manos, ahora desnudas.

—Porque creo que es más seguro ahora. Si hubiera roto el compromiso inmediatamente después, los policías habrían sospechado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Larpent acalorado—. ¡Por Dios, habla!

—No voy a hablar más contigo —Paula levantó la cabeza con dignidad—. Si hablo será con la policía, con esos hombres horribles que se están metiendo en todo y que un día se tropezarán con la verdad.

—¡La verdad! ¿Quién conoce la verdad? Te equivocas, Paula. Te equivocas por completo. Si hablas de lo que crees que pasó esa noche en el salón de fumar, meterás en problemas terribles a gente completamente inocente. No sabes...

Se detuvo cuando vio que la puerta se abría y Mr. Juggs entraba en el salón.

—Ha dicho unas palabras. ¡Nos reconoce! —exclamó el millonario aparentemente inconsciente del malestar de los otros dos. Larpent hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—¿Se refiere a que Mrs. Richard ha hablado?... No sabe lo que me alegro. Ahora nos podrá decir quién la ha atacado. ¿Quizá lo ha hecho ya? —miró intensamente a Mr. Juggs mientras hablaba.

—No, aún no, pero no dude de que lo hará. Sadie se da cuenta siempre de todo. Hace un minuto ha abierto los ojos y ha dicho: “Dicky”, “papá”...

Los dos estábamos allí, al lado de su cama, pero las enfermeras nos han echado de la habitación. Han dicho que necesita guardar reposo. Dicen que no se la podrá interrogar en un par de días, pero estoy seguro de que nos dirá lo que pasó. A mi niña no se le escapa una.

—Estoy seguro de que será así —respondió Larpent cortés.

## CAPÍTULO 14

—¡Es muy raro! —dijo el inspector en un tono perplejo—. ¿Por qué demonios volvería al estanque de los monjes? Es un lugar particularmente inhóspito y *miss* Mary Ferguson dice que, cuando vinieron aquí, Mrs. Richard se estremeció y dijo que ese sitio le ponía los pelos de punta. *Miss* Ferguson nos ha contado, además, que todos se tumbaron sobre las rocas para intentar ver las carpas y que Mrs. Richard fue quien más se asomó hasta que tuvieron que sujetarla porque casi se cae... Pero cuando todos se van, vuelve a este sitio... ¿por qué?

—Como he dicho anteriormente, se le debió de caer algo al agua —dijo el superintendente con impaciencia—, y volvería para recuperarlo.

—No llevaba nada que se le pudiera caer, ni guantes, ni nada. Solo llevaba su bolso y el bolso no se le cayó, como sabemos. Ni nada de su interior —dijo el inspector.

Había tres preguntas que atormentaban al inspector: ¿por qué volvió Mrs. Richard al estanque de los monjes?, ¿quién era su atacante? y ¿qué se llevó? Porque el inspector estaba seguro de que el motivo había sido el robo, aunque no un robo tradicional pues no se habían llevado nada de valor. La tapa metálica y la bola de algodón lo demostraban. Lo primero era descubrir qué contenía la cajita de metal.

Volvieron todos al ruedo y allí se separaron: el superintendente regresó a la comisaría de policía y, para sorpresa de Harbord, el inspector continuó por la calle principal hasta Burton Street, un callejón cercano.

—Una tal Mrs. Mary Gwender vive en esta calle —aclaró el inspector alzando la vista para leer los nombres de las tiendas.

—¿Y bien? —preguntó Harbord.

—¿Has leído el nombre sobre la tapa de metal?

Harbord asintió.

—¿No era McCall y Saunders?

—Eso es. McCall y Saunders es el nombre de una gran confitería de Queen Anne Street, de Birmingham. Les llamé por teléfono. Han mirado sus registros y hace una hora me han devuelto la llamada. Parece que, antes de

Navidad, una tal Mrs. Mary Gwender de Hepton hizo un gran pedido de estas cajitas que contenían lo que se llama un “surtido diverso de caramelos”. Mrs. Gwender tiene una pequeña tienda en Burton Street. Normalmente siempre hace pedidos muy pequeños así que el gran volumen de este pedido les llamó la atención...

Continuaron ambos a lo largo de la calle hasta casi el final y por fin encontraron el nombre que buscaban. En el escaparate se veían todo tipo de cajitas de alfileres, botones, ovillos de lana, etc. y en una estantería superior había una hilera de botes de cristal con caramelos.

—Un sitio raro —dijo el inspector mientras bajaba las escaleras hasta la puerta, que estaba cerrada, al contrario que en el resto de las tiendas.

A la llamada acudió una anciana llena de arrugas con una curiosa prenda en la cabeza, algo parecido a una cofia que, en los estados tempranos de su existencia, debió de haber sido blanca. El inspector se quitó el sombrero respetuosamente y se acercó hacia la rendija que había abierto la mujer.

—¿Mrs. Mary Gwender?

La puerta se abrió un poco más.

—Sí, soy yo. ¿Qué desean, caballeros? Yo no he hecho nada malo.

—Estoy seguro de eso, señora —dijo el inspector intentando tranquilizarla y metiendo el hombro por la puerta—. Nos dejará entrar, ¿no? Me gustaría llevarme algunos de esos deliciosos caramelos para mis hijos.

—Ah, sí, son buenos, sí. No encontrará nada mejor que los caramelos para la tos de Mary Gwender, caseros además.

—¡Ah! Justo lo que necesito —dijo el inspector siguiéndola a una habitación con algunas sillas desperdigadas y un tablón sobre caballetes que aparentemente hacía las veces de mostrador—. Caramelos caseros para la tos. Perfecto para los resfriados de mis hijos. Y también me llevaré de esos —dijo apuntando con su bastón a un bote de una repisa—, ¿son también caseros, Mrs. Gwender?

La anciana negó con la cabeza.

—No, señor. Yo solo hago los de la tos y bien ocupada me tienen, porque todo el mundo los conoce y vienen a por ellos cuando están acatarrados.

—No me sorprende. Me llevaré medio kilo, por favor.

—¡Ah, no! No se venden así, señor. Un penique la docena. Bien baratos que son.

—Estoy seguro, Mrs. Gwender. Me llevaré ocho docenas entonces, por favor. Y también unos caramelos surtidos. De esos que vienen en una cajita de metal. Me han dicho que no hay nada mejor en Hepton.

La mujer movió la cabeza de un lado a otro.

—No me quedan de esos, señor. Pero tengo unas bomboneras pequeñas a cuatro peniques cada una. El mejor chocolate del pueblo, aunque está mal que yo lo diga.

—¡No le quedan cajas de caramelos! —exclamó el inspector decepcionado—. Y sin embargo, estoy seguro de que me dijeron que viniera aquí a por ellos—. Sacó la tapa de su bolsillo—. Mire, Mrs. Gwender, esta es la tapa de una de esas cajitas —añadió mostrándosela.

—¿Se refiere a esas? Ya no me quedan, pero sí que las vendo yo.

—¡Ah! Sabía que no me había equivocado —dijo Stoddart en tono satisfecho—. ¿Me podría decir quién ha comprado alguna últimamente, Mrs. Gwender?

La anciana pareció atónita ante la pregunta.

—¡No sé cómo podría! Suelo tener siempre una o dos en la tienda. Cualquiera que haya pasado por delante se la ha podido llevar... Son demasiado caras para los chicos, por eso no traigo más. Ocho peniques cada una, eso es lo que cuestan. Son las madres las que las compran. *Lady* Moreton de la abadía se llevó todas las que tenía e hizo otro pedido en Navidades.

—¡*Lady* Moreton! —el inspector prestó atención—. *Lady* Moreton no tiene tantos niños y el que tiene es aún demasiado pequeño para comer caramelos.

—Pone los caramelos bajo el árbol y se los da a sus amigos y a los sirvientes también. Suelen hacer una gran fiesta en Navidad y también los regalan a los chicos de la escuela... Recuerdo que vino ella personalmente a comprarlos. ¿Cuántos caramelos para la tos dijo que quería, señor?

—¡Oh! Unas tres docenas serán suficientes —dijo el inspector decepcionado.

Salieron de la tienda con un gran paquete después de que el inspector hubiera pagado tres peniques por el regalo a sus hijos ficticios. Harbord miró al inspector con aire interrogativo.

—Se abre el campo de acción —dijo el inspector—. Creo que lo mejor será preguntar a *lady* Moreton si se acuerda de a quién regaló esos caramelos. No perdemos nada por intentarlo.

Tuvieron suerte pues según entraban en la abadía, *lady* Moreton bajaba las escaleras. El inspector se adelantó:

—¿Podríamos hablar un momento con usted, *milady*?

Pareció sorprendida pero no objetó nada y les invitó a entrar en la biblioteca. El inspector sacó la tapa metálica por segunda vez ese día.

—Creemos que esto pertenece a una caja de caramelos que usted regaló por Navidades.

—¿Ah, sí? —*lady* Moreton la examinó e hizo una mueca—. Tal vez. No me acuerdo, pero regalamos tantas cosas en Navidad que es imposible saber...

—Esta cajita, o cajitas, porque creo que fueron varias, fueron compradas a Mrs. Mary Gwender.

La cara de *lady* Penn-Moreton se iluminó.

—¡Ah, claro! Ahora recuerdo. Pobre Mary Gwender, qué contenta se puso, nos llevamos todas las que tenía... Creo... estoy segura de que pusimos todas las cajitas bajo el árbol.

—¿Está segura, *lady* Moreton? Es importante.

—Sí, sí lo estoy. Me acuerdo que pensé que necesitaría más para la escuela, pero que sería mejor comprarlas en alguna tienda más grande. Pero no lo entiendo... ¿qué interés tiene esta cajita?

—¡Oh, nada! Es solo un detalle sin importancia, pero me ha causado mucha curiosidad... Ya sabe que cualquier cosa puede terminar siendo importante.

—Claro que puede serlo... y entiendo también que no me va a contar nada del asunto así que, si ha terminado ya, inspector...

Stoddart le abrió la puerta.

—Le estoy muy agradecido, señora.

Una vez que se quedaron solos se volvió hacia Harbord.

—Bueno, no sé si hemos avanzado mucho pero sí que estamos más cerca de nuestro objetivo. ¿Vino aquí Mr. John Larpent por Navidad? Sé que Dicky Moreton no, estaba en plena luna de miel... ¿A quién o adónde habrán ido a parar esas cajitas de caramelos y para qué habrán sido usadas?

## CAPÍTULO 15

—Hable lo menos posible, Mr. Juggs, y no la interrumpa ni le haga muchas preguntas. Entienda que esta entrevista es poco menos que un experimento y ha sido autorizada por mí exclusivamente por la extrema gravedad de las circunstancias. Solo pueden estar en la habitación usted y Mr. Moreton. Yo me quedaré fuera, en el pasillo, con la enfermera y el inspector Stoddart. Al primer signo de cansancio, toque el timbre que está encima de la mesilla de noche.

Mr. Juggs asintió, su cara arrugada estaba distorsionada en una mueca y tenía lágrimas en los ojos. Se sonó la nariz ruidosamente y murmuró algo. Dicky, en un segundo plano detrás de su suegro, se ajustó el monóculo sobre la nariz.

A una señal del doctor, Mr. Juggs y su yerno entraron en la habitación y la enfermera salió. El inspector Stoddart esperaba fuera, junto al doctor. Durante unos instantes, no llegó ningún sonido del cuarto de la enferma, pero luego se oyó una exclamación ahogada del millonario y la voz de Mrs. Richard, muy débil y cambiada.

—Es maravilloso veros a los dos. Supongo que este lamentable aspecto que tengo os ha asustado.

—En absoluto, mi querida niña, en absoluto —replicó el millonario intentando disimular su impresión y hablando tan claramente como la emoción le permitía—. Lo que queremos es encontrar lo antes posible al que te ha hecho esto. ¿Quién fue, Sadie?

Se produjo una pausa. Los oyentes del otro lado de la puerta aguantaban la respiración. Al final se oyó la vocecita de Sadie.

—¡Pobre papá! No puedo ayudaros, porque no lo sé...

—¡No lo sabes! —repitió Mr. Juggs consternado—. Sadie, no lo entiendo.

—¿Cómo es que no lo sabes, cariño? —la voz de Dicky se oía estrangulada.

El inspector Stoddart se pegó aún más a la pequeña rendija de la puerta que el doctor había abierto.

—Yo no vi a nadie —la voz de Sadie era ahora un poco más fuerte—.

Estaba mirando algo... algo que había encontrado, cuando oí como si alguien estuviera corriendo y saltando a mi espalda, luego algo me golpeó en la cabeza, lo vi todo negro y sentí un dolor terrible. Lo siguiente que recuerdo es despertarme aquí.

Su padre puso su mano sobre la de su hija.

—¿Qué era lo que te habías encontrado, hija?

—Una cajita, una caja de hojalata. Me la encontré en el estanque.

—Nadie intentaría matarte por una cajita de hojalata, Sadie. ¿Qué había dentro?

—Acércate más... Tengo miedo... No sabemos lo cerca que puede estar...

—Más le valdrá que no te ponga la mano encima, dondequiera que esté —dijo Mr. Juggs en tono amenazador—. ¿Qué tenía la cajita, Sadie?

Sadie le hizo un gesto para que se acercara aún más y miró a su alrededor aterrorizada.

—La bola de zafiro de Charmian Karlake... ¿Qué ha sido eso?

Los oyentes que estaban escondidos en el pasillo no habían podido evitar moverse y hacer ruido. Dicky soltó una exclamación de incredulidad. Mr. Juggs contuvo el aliento.

—¡El zafiro de Charmian Karlake! ¡Tenía que habérmelo imaginado! ¿Lo encontraste en el estanque de los monjes y lo metiste en la cajita?

—No. Estaba ya dentro de la caja. La vi en el estanque y me acerqué a recogerla cuando se fueron todos. La abrí y allí estaba el zafiro... y eso es todo.

—Bien, hija, ahora voy a llamar a este timbre —susurró el millonario mientras lo señalaba— y vendrá la enfermera y te dará algo que te sentará bien... *brandy*, o lo que sea. Y yo voy a atrapar a ese sinvergüenza y lo voy a meter entre rejas. Y no tienes que tener miedo. No se va a volver a acercar a ti.

—Sadie, cariño, déjame darte un abrazo —dijo Dicky mientras se inclinaba sobre la cama—, así, ya no tienes miedo, ¿verdad? —preguntó cariñosamente, aunque había un brillo peculiar en su mirada.

La enfermera se acercó con un vaso que contenía algún tipo de sedante.

—No pueden quedarse más tiempo. Ya ha hecho un esfuerzo mayor del debido.

Mr. Juggs y Dicky salieron casi de puntillas al pasillo, donde les

esperaban el inspector Stoddart, el doctor Spencer, Harbord y el superintendente Bower.

El millonario se paró delante del grupo, sonándose la nariz estruendosamente.

—En bonita situación nos encontramos, señores, y les hago responsables a ustedes dos —dijo apuntando a Stoddart y Bower—. Su sistema policial no me merece el menor respeto. Un detective privado de Estados Unidos que he contratado llegará en breve y resolverá el misterio mientras ustedes siguen dando vueltas en círculos... ¿Qué me dices, yerno?

A Dicky le pilló desprevenido esta invocación y no supo qué responder durante un instante.

—¡Oh! Bueno, Mr. Juggs... Creo que muy listo tendrá que ser ese detective para hacer sombra al inspector Stoddart. Él no podía saber que Sadie había encontrado la bola de zafiro.

—Tendría que haberlo sabido —contestó el millonario con agresividad—. Yo solo le digo a la cara lo que muchos otros estarán diciendo a sus espaldas, inspector. Tendría que haber sospechado lo que se había encontrado mi Sadie.

El inspector sonrió con ironía.

—En este país no trabajamos con suposiciones ni sospechas, señor.

Dicky le dio una palmada de aprobación en la espalda.

—Claro que no. Me apuesto, Mr. Juggs, a que ahora que saben lo que pasó no tardarán mucho en resolver el caso.

—Bueno... veo que tú confías más que yo en la policía de tu país. He ofrecido una recompensa de cinco mil dólares al que me dé información que ayude a encontrar al agresor de mi hija.

—Cierto —convino Stoddart—. Ya le dije que a mí me parecía demasiado.

—Pues no ha sido lo suficiente como para hacer que alguien abra la boca —replicó Mr. Juggs con sagacidad—, así que he decidido doblar esa cantidad. Daré diez mil libras esterlinas a quien encuentre la bola de zafiro. ¿Qué me dice a eso?

—Creo que es demasiado, de largo. No creo que el dinero nos encuentre el zafiro azul.

—¡Ah! Pues yo le digo que si diez mil libras no resuelven el asunto, tengo otras diez mil preparadas. O cincuenta mil, si fuera necesario.

—¡Bien por usted! —dijo Dicky dándole una palmadita en el brazo—. Pero es listo este detective —dijo echando una ojeada a Stoddart—. Ha estado metiendo sus narices por todas partes, incluidos mis cajones y mis botas... Vamos, suegro. Creo que ahora lo mejor es ir a buscar a Brook y que nos dé algo que nos levante el ánimo. Me ha dejado trastornado ver a mi ángel en ese estado.

—Eres un buen chico —dijo Mr. Juggs emocionado.

Mientras bajaban las escaleras vieron a Brook en el vestíbulo hablando con uno de los sirvientes. Dicky le saludó de buen humor.

—¡Justo el hombre que buscábamos! Eres una joya, Brook, siempre ahí cuando se te necesita. Y ahora es un trago de *whisky* y soda lo que necesitamos.

—Sí, señor —Brook vaciló—. Nos hemos alegrado todos mucho de oír que la pobre señora está mejor, señor. Espero que la haya encontrado tan bien como esperaba, señor.

Se dirigía a Dicky pero miraba a ambos alternativamente. Dicky contestó:

—Bueno, no. Aún tiene un aspecto deplorable. Y no ha podido decirnos quién ha sido su asaltante.

Brook suspiró con fuerza.

—Lo siento mucho, señor. Todos teníamos la esperanza de que pudiera contar lo que le ha pasado. No es... no es agradable vivir en una atmósfera de sospecha, señor.

—Bueno, hombre... Pues habrá que aguantarlo como lo estamos haciendo todos. ¿Está el armario del *whisky* abierto?... Nos serviremos nosotros mismos. Vamos, Mr. Juggs. Brindaremos por la salud de Sadie, a menos que haya decidido hacerse abstemio, como su país...

—¡Ah, no! Eso no. Es el único error que hemos cometido allí. La prohibición. Es evidente que un hombre no puede hacer bien su trabajo sin algo que dé un poco de alegría a su vida.

—¡Bien dicho!

El doctor Spencer había regresado a la habitación de la enferma y Stoddart y los otros dos detectives se habían refugiado en la biblioteca. El inspector cerró la puerta, se acercó a la chimenea, tomó un puro, ofreció otro a sus colegas y se los quedó mirando.

—Otro callejón sin salida.

—Era de esperar, señor —dijo Bower—. Siempre pensé que el hombre que la golpeó tendría buen cuidado de no ser visto.

—Y tenía razón. Pero lo que me estoy preguntando ahora es... ¿le habría reconocido si le hubiera visto?

Harbord no contestó. El superintendente dijo:

—Bueno, después de oír el relato de Mrs. Richard, creo que sí. ¿Qué piensa usted, inspector?

—¡Oh! Yo pienso lo mismo que antes —dijo Stoddart con una sonrisa inescrutable.

—¿Y es...?

—Que por supuesto que le habría reconocido si le hubiera visto.

## CAPÍTULO 16

*“Cancelada la boda entre Mr. John Larpent y la honorable Paula Galbraith”.*

—Mmm... —dijo el inspector al leer el párrafo en voz alta—. ¡Así que era eso! Me pregunto qué habrá detrás de esto.

—¡Interesante! —observó Harbord—. ¿Supongo que ella ha abandonado ya la abadía?

—Ayer por la mañana. Pero Larpent se había marchado antes, ya sabes.

—El anuncio no me sorprende. Personalmente no creo que haya sido Larpent el responsable del asesinato, pero siempre que les veía parecían enfadados, nunca les he visto portarse como una pareja normal de novios. Demasiado ha durado el compromiso...

—Opino lo mismo —dijo el inspector—. Paula Galbraith es una joven atractiva, si tenemos en cuenta cómo son las jóvenes hoy en día... y lleva menos maquillaje que la mayor parte de ellas, pero tiene una personalidad muy fuerte y, si no me equivoco, Larpent tiene también un carácter del demonio cuando se enfada. Pero vamos a olvidarnos un rato de la parejita. Tenemos trabajo esta mañana. ¿Te acuerdas de que Mrs. Walker nos habló de una vieja enfermera, Ruth Heddle? La que no escribía mucho... Creo que nos vamos a acercar esta mañana a charlar un rato con ella. Me ha costado, pero al final he conseguido su dirección.

La pareja de policías se encontraba en el saloncito del inspector Stoddart en el Hotel Raven, un hotel escogido por el inspector por sus excelentes vistas a la plaza del ruedo y a las puertas de Hepton Abbey.

—Pensándolo bien, Alfred... iré yo solo a hablar con Ruth Heddle. Tú mejor vigila desde aquí quién entra y sale de la abadía. Bower tiene hombres vigilando todas las puertas pero, exceptuando a él, no tengo una gran opinión de las neuronas del resto de los heptonianos que me he encontrado. *Sir* Arthur ha ordenado que todo el mundo utilice esta entrada, la del ruedo. Si Dicky Moreton sale, síguete e intenta averiguar, sin que te vea, dónde va.

—¡Ah! Ese es el tipo de misiones que me gustan —respondió Harbord.

—Bien, bien —pareció que el inspector iba a añadir algo más, pero dijo finalmente—: Bueno, hasta luego, Alfred —y calándose el sombrero salió de

la habitación.

Se tardaba solo unos diez minutos en atravesar Hepton de un extremo a otro, por lo que el inspector en seguida se encontró delante de la casa de Ruth Heddle. Apretó el paso y llamó a la puerta. Para ese entonces, todo Hepton sabía que un policía de Scotland Yard había venido a investigar la muerte de la actriz, así que no tenía sentido disimular. Cuando una mujer anciana de aspecto agradable le abrió la puerta, se limitó a decir en voz baja:

—Soy el inspector Stoddart. Estuve con Mrs. Walker el otro día en Londres. Me habló de usted y pensé que tal vez podría ayudarme.

Ruth Heddle negó con la cabeza.

—No sé cómo, señor. Es terrible lo que le ha pasado a esa pobre mujer, pero yo no sé nada. Ojalá pudiera cooperar.

—Bueno, si me contesta a unas preguntas me ayudará más de lo que sospecha.

—Haré lo que pueda, señor. Entre, por favor.

El inspector entró y pensó que la cocina, larga y estrecha, era una de las más agradables que había pisado nunca. El día era frío, pero un agradable fuego caldeaba el ambiente. El suelo era de baldosas de color teja y había una gran mesa ovalada cerca de la chimenea. Se respiraba una limpieza que solo horas y horas de fregado pueden conseguir. Los muros de piedra eran gruesos, como todos en Hepton, y en el anaquel bajo la ventana se veían todo tipo de flores en pequeñas macetas: primulas, jacintos, anémonas... Un gran ramo de claveles alegraba además la mesa. Las sillas eran de tipo Windsor, era evidente que Ruth Heddle no se dejaba tentar por el confort de los muebles modernos.

—Siéntese, señor —le dijo Ruth Heddle mientras le acercaba una silla. Ella se quedó de pie, cerca de la chimenea.

El inspector tomó asiento y comenzó a hablar:

—Me han dicho que usted ha nacido y ha vivido siempre en Hepton, *miss* Heddle... pero si usted no se sienta yo tampoco puedo permanecer sentado...

Ante esta petición directa, Ruth Heddle tomó otra silla y se sentó.

—¡Ah, sí! Llevo en esta casita desde que murió la pobre Mrs. Carslake. Estuve viviendo con ella y su madre unos veinte años, más o menos. Luego *miss* Lotty se fue y yo me vine aquí. De niña vivía en la pequeña cabaña blanca cerca del canal, nada más salir del pueblo...

—¡El canal! Parece que hay bastantes casas a lo largo de ese canal — exclamó el inspector muy interesado.

Ruth negó con la cabeza.

—Se equivoca, señor. En el margen derecho solo hay tres hasta Marshlands... y ahora hablan de tirar abajo una de ellas. Está en ruinas y lleva años deshabitada.

—¡Ah! Creo que sé a cuál se refiere —dijo el inspector—. ¿No vivía allí un tal Peter Hailsham?

—¡El mismo! —contestó Ruth Heddle con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Hace muchísimos años de eso. Era un vagabundo que no tenía donde caerse muerto. Los chavales solían pasarse a comprarle chucherías; hasta los chicos de la abadía iban por allí de vez en cuando. Pero mi madre siempre nos enseñó cuál era nuestro lugar.

—Bien hecho —dijo el inspector en tono aprobador—. Peter Hailsham lleva muerto muchos años según tengo entendido...

—¡El viejo Peter! Más años de los que puedo recordar. Murió mientras dormía, un ataque al corazón dijo el doctor Brett... Fue un milagro que durara tanto tiempo.

—¿No conoce otro Peter Hailsham, *miss* Heddle? ¿Un hombre mucho más joven? ¿Un familiar, tal vez?

—No, señor —contestó sorprendida la enfermera—. ¿Otro?... El viejo Hailsham nunca se casó. No, por aquí no ha habido otro.

—Tengo que contradecirla en eso —respondió Stoddart con calma—. Lo hay y estuvo en Hepton hace poco.

—¡Imposible! —afirmó Ruth Heddle con los ojos aún abiertos de la sorpresa—. Es la primera vez que oigo algo así.

El inspector esperó un minuto.

—Bueno, puedo equivocarme, claro. Ha hablado de una tercera casa a la orilla del canal. ¿A quién pertenecía? ¿Había muchos niños en ella?

—Bueno, no lo sé... la gente que vivía allí hace mucho que se marchó. Y eso que ganamos, aunque no debería decir esto.

—¡Oh, no se preocupe! No podemos estar midiendo siempre nuestras palabras... ¿Por qué fue bueno para Hepton que se marcharan?

—No era gente con la que pudiéramos tener relación. Había una mujer, Sylvia Gossett se llamaba... o decía que se llamaba —dijo haciendo una mueca—. Murió en el Cottage Hospital de Bowbridge y sus hijos... bien, no

sé lo que fue de sus hijos, tenía un buen puñado de ellos...

—¡Ah! —se limitó a contestar el inspector comprendiendo—. ¿Qué aspecto tenía, esa Mrs. Gossett?

—Nombre por el que nunca se la llamó, ni siquiera por cortesía —observó *miss* Heddle con los labios apretados—. Fue siempre Sylvia Gossett, a secas, y eso cuando alguien la mencionaba, lo que no era muy a menudo.

Stoddart se preguntó si estaba perdiendo el tiempo desenterrando algún viejo escándalo local o si, por el contrario, había encontrado por fin el hilo que desenmarañaría la madeja del misterio de la muerte de Charmian Karlake.

—En cuanto al aspecto que tenía... Era una mujer grandota, de cara colorada, probablemente a causa de la bebida, y una melena rojiza que llamaba mucho la atención. Murió en Bowbridge, como he dicho, y nunca se volvió a saber nada de ellos.

¡Pelirroja! El inspector recordó la imagen de la difunta Charmian Karlake, con su pelo cobrizo enmarcando su bello rostro, como una aureola. ¿Podría ser que la hermosa Charmian Karlake hubiera tenido un comienzo así en la vida? En ese instante se acordó también de las iniciales, S. G. o G. S.... La búsqueda de la verdadera identidad de la actriz comenzaba a ser una obsesión.

—¿Cuántos chicos había? ¿Alguna niña? —preguntó el inspector intentando mantener un tono desinteresado.

—No sabría decirle cuántos —la rigidez puritana de *miss* Heddle subía enteros—. Más de los que debería, eso seguro. Tres o cuatro mocosos harapientos, de sucias cabecitas pelirrojas. Una chica sí había, eso seguro, pero no sabría decirle si había más o qué fue de ellos.

—¿Ya no queda ninguno en Hepton o en los alrededores?

—No, que yo sepa. Hay un hombre que podría darle más información sobre Sylvia Gossett... Al menos se rumoreaba que la veía más de lo que le convenía... el doctor Brett.

—¡El viejo doctor Brett!

—Era joven entonces. Tal vez todos esos rumores sobre Sylvia Gossett y él pretendían solo ensuciar su nombre...

Era evidente que Ruth Heddle se había puesto súbitamente a la defensiva. Murmurando que tenía que hacer algo en el patio trasero, se levantó y el inspector se dio cuenta de que no conseguiría nada más de ella, al menos por

el momento, y se despidió.

La fortuna acompañaba al inspector ese día, porque cuando salió a la calle principal, se encontró directamente con el doctor Brett que caminaba a paso rápido por la carretera.

—¡Hola, inspector Stoddart! ¿Ha encontrado ya al culpable?

—Aún no, doctor, aún no. Pero me siento optimista esta mañana. Curiosamente, estaba pensando en hacerle una visita. Necesito ayuda y creo que usted es el hombre indicado.

¿Era su imaginación o el doctor pareció turbado en ese momento? Si fue así, se recobró de inmediato.

—Siempre a su servicio, inspector. Pero no sé si seré de gran ayuda.

—Siempre he pensado... —siguió el inspector con la mirada fija en su interlocutor— que la clave de la muerte de Charmian Karlake estaba en su pasado y desde el principio sospeché que una parte de ese pasado estaba ligada a Hepton... ¿Se acuerda de una mujer llamada Sylvia Gossett?

El doctor Brett le devolvió la mirada de forma franca y honesta.

—¡Ah! Ya veo que ha estado prestando atención a viejos chismorreos... Sí, me acuerdo de Mrs. Gossett. La asistí en varias ocasiones, especialmente en la última, en su muerte.

—¿Era Mrs. Gossett? ¿Estaba entonces casada?

—Sí, pobre mujer. Su marido la abandonó a ella y a sus hijos. La dejó sin medios para mantenerse. Cómo hizo para sobrevivir ella y sacar adelante a sus hijos... no lo sé. Hepton se portó de forma muy poco caritativa con ella. Mrs. Gossett había conocido tiempos mejores y vivir en esa chabola cerca del canal fue terrible para ella. Muchas veces me habló de las ganas que sentía a veces de tirarse a esa agua verdosa y maloliente y acabar así con sus miserias.

—Doctor, tengo mucho interés en saber qué fue de sus hijas...

—Solo había una que se llamaba Sylvia, como su madre, pero la llamaban Cissie —la voz del doctor se hizo más firme—. No voy a pretender que no le entiendo, inspector. Usted cree que la pobre mujer que fue asesinada, *miss* Charmian Karlake...

—No solo eso. Creo que usted la reconoció cuando le llevé a ver el cuerpo.

—Reconocer es una palabra demasiado fuerte en ese caso —le corrigió el doctor Brett—. Como le dije, estaba seguro de que la difunta no era Lotty

Carslake, pero el parecido con Sylvia Gossett no era muy grande, solo noté un vago aire de familia. Cuando se me ocurrió que me recordaba a Mrs. Gossett pensé que era mejor callarme y no resucitar viejos escándalos. Era imposible que hubiera alguna relación entre el origen de Charmian Karslake y su muerte.

—“Imposible” es una palabra que no entra en el diccionario de un policía. Nos habría ahorrado mucho trabajo y disgustos, doctor Brett, si me hubiera hablado desde el principio de lo que sospechaba.

—Bien, lo siento mucho pero sigo pensando que no es importante. Y ahora si me disculpa, me esperan en Marsh Farm...

—Una última pregunta... ¿me puede decir qué amigos tenía Sylvia Gossett en Hepton?

—Si se refiere a la madre, creo que ya había dejado claro que no podía haber en el mundo una persona más sola. En cuanto a Cissie, era solo una niña, no tendría más de doce o trece años cuando murió su madre y se marchó con sus hermanos. Yo les habría ayudado si hubiera podido, pero desaparecieron. Luego se dijo que se habían marchado con un circo itinerante. Y ahora, si ha acabado ya, inspector...

—Nada más de momento. Gracias, doctor.

Se despidieron y el inspector se quedó parado en medio de la calle viendo cómo el otro se alejaba en dirección a Marsh Farm.

—Un tipo escurridizo... me pregunto qué más sabrá.

## CAPÍTULO 17

—Hemos llegado a la conclusión entre los tres, el doctor, Dicky y yo, de que no te estás recuperando tan rápidamente como nos gustaría y que lo mejor para ti es un largo crucero por mar. Yo ya lo había pensado, así que nos espera ya en Southampton el yate más bonito que puedas imaginar... ¡una auténtica belleza! Y está preparado, listo para partir. Nos iremos a Bermudas, por ejemplo, y verás como vuelves sintiéndote como nueva.

El que hablaba era Mr. Juggs, que miraba con cariño a Mrs. Richard, tumbada en un diván a su lado. Pero era una Mrs. Richard muy cambiada. Sus ojeras estaban profundamente marcadas, sus mejillas ya no tenían color ni sus ojos alegría, en ellos solo había miedo. Miraba constantemente de un lado a otro, escrutando las esquinas de la habitación, temerosa de lo que pudiera encontrar.

Aunque en el exterior aún no había anochecido, en la habitación de Sadie Penn-Moreton había lámparas encendidas por todas partes ante la insistencia de esta. Parecía asustada de cada sombra y no quería quedarse ni un minuto a solas. Tanto su marido como su padre estaban completamente dedicados a ella, pero ambos empezaban a encontrar ya insoportables el calor y la luz cegadora.

—Imagina, Sadie. En el yate estarás lejos de este lugar deprimente y nadie podrá hacerte daño. Nos llevaremos a dos o tres enfermeras para que cuiden de ti. No te puede pasar nada malo conmigo y con Dicky también allí para ocuparse de ti, ¿no crees?

—No sé —susurró Sadie. Era raro que levantara la voz esos días, su habitual tono agudo había desaparecido—. No conoceríamos a todo el mundo, me refiero a la tripulación... —se estremeció—. Podría encontrarse él allí.

—¿Quién? —su padre no comprendió por un instante—. ¡Ah! Te refieres al hombre que casi te mata. Puedes apostar un millón de dólares a que no estará ahí. Ya nos encargaremos de eso. Confías en mí, ¿verdad, hija?

—No lo sé —susurró ella de nuevo—. Tú no le podrías frenar. No has podido hacerlo antes. Y yo tendría miedo. Tendría miedo en cualquier parte salvo en esta habitación.

—Eso son tonterías, hija mía. Ese hombre no se puede acercar a ti si estoy yo a un lado y Dicky al otro. Y en cuanto a la tripulación, pondré a

investigadores privados a rebuscar en el pasado de todos ellos y... y llevaremos también un par de detectives a bordo. Los mejores. Entre ellos y las enfermeras te sentirás segura. ¿Qué opinas tú, Dicky?

Dicky miró con lástima a su mujer.

—Sadie, sabes que así no vamos bien. Tienes que hacer un esfuerzo. Estarás completamente a salvo con tu padre y conmigo y eso lo sabes perfectamente. ¿Qué temes entonces?

Mr. Juggs se inclinó hacia su hija.

—Hay una cosa de la que me he dado cuenta, Sadie. Siempre hablas de “él”. ¿Cómo sabes que era un hombre y no una mujer? ¿O un gran animal, si vamos a eso?

—¡Oh! Estoy segura de que era un hombre —dijo ella estremeciéndose—. Los animales no llevan palos para atizarte con ellos en la cabeza. Ni roban zafiros.

El millonario miró a su hija con atención.

—¿Cómo conseguiste esa bola de zafiro, Sadie? ¿Dices que la encontraste en el estanque? ¿Qué estabas haciendo con ella entre los setos, en todo caso?

—Sí, la encontré en el estanque —dijo su hija con voz débil—. Por eso volví allí. Había visto algo rojo entre las rocas, me pregunté qué sería y regresé para recuperarlo. No era un pez, no vimos ninguno, las carpas deben de llevar siglos muertas, pero pensé que a lo mejor era algún tesoro que los monjes hubieran dejado allí. Lo vi brillar encajado entre las rocas y decidí bajar y hacerme con él. Ya sabes que siempre se me dio bien la gimnasia, papá...

—Sí, lo sé. Ojalá no fuera así. ¡Te podías haber caído al agua!

—Trepé por las rocas y cuando lo tenía a un metro de distancia vi que solo era una cajita de lata sin importancia. ¡Qué decepción! Estuve a punto de dejarla donde estaba, pero ya que había llegado hasta allí decidí recuperarla...

—Ojalá no lo hubieras hecho, Sadie —la interpeló Dicky—. Cuando éramos pequeños nos decían que ese estanque era muy profundo. Podrías haberte caído fácilmente. Y todo esto está siendo demasiado para ti. Deberías dormir un rato. Tu padre y yo cuidaremos de ti.

—Bueno, no me caí —continuó ella en un tono muy bajo—. Fue bastante difícil abrir la caja, debía de estar hinchada por el agua, pero al final lo

conseguí. Cuando vi el zafiro de Charmian Karlake dentro de una bola de algodón, pensé que estaba viendo visiones... Quizá el asesino lo había escondido ahí cuando el agua estaba más alta para que no lo descubrieran los policías que estaban registrando toda la casa, no sé... Estaba contemplándolo cuando, de pronto, oí un ruido a mi espalda.

—¿Qué tipo de ruido, cariño? —preguntó Dicky.

—Bueno, no lo sé —confesó Sadie—. Una especie de alarido entre los setos y algo, alguien que se movía detrás de mí. Yo eché a correr, no me atrevía a mirar hacia atrás, estaba aterrorizada. Y de pronto sentí un dolor agudo en la cabeza, lo vi todo negro y no sé nada más. Solo que me desperté aquí y la bola de zafiro había desaparecido.

—¡Qué raro! Si hubiera leído esta historia en un libro habría pensado que no era creíble —comentó Mr. Juggs—. ¿Qué opinas tú, Dicky?

—No sé. Cosas más raras han pasado. Pero lo que no dejo de preguntarme es qué demonios ha pasado con ese dichoso zafiro...

—Quizá está ya en el fondo del estanque —respondió Mr. Juggs—. En todo caso, esté donde esté, ya se habrá cuidado el asesino de hacerlo desaparecer. No lo encontraremos en una cajita de metal, eso seguro. Supongo que dejó ahí la caja con la intención de recuperarla más adelante cuando todo se hubiera calmado. Estaría vigilando el estanque... Tal vez Sadie nunca estuvo más cerca de su fin que cuando trepó por esas rocas... Me pregunto por qué no aprovechó ese momento para golpearte en la cabeza.

Sadie se estremeció.

—¡Uf! Podría estar ahora mismo pudriéndome entre esas carpas y nadie me habría encontrado nunca.

—Y aunque te hubiéramos encontrado, mucho no podríamos haber hecho por ti, eso es un hecho —comentó su padre secamente—. Ese canalla homicida ha debido de estar en la abadía todo este tiempo porque, si no, se habría largado con el zafiro.

—Yo no estoy tan seguro de eso —objetó Dicky—. Stoddart dijo a Arthur que se había asegurado de que nadie se llevara las tres cosas que andaba buscando: el zafiro, el revólver y la llave de la puerta.

—Pero si él mismo me dijo que Charmian Karlake había sido disparada con su propio revólver —mencionó Mr. Juggs confuso.

Dicky asintió.

—Exacto. Eso quedó probado en la investigación judicial. Pero el arma

aún no ha sido encontrada.

—¿Y la llave?

—¡Oh, la llave! —Dicky se encogió de hombros—. Quizá se cayó al suelo y la empujamos fuera del campo de visión sin querer cuando rompimos la cerradura y abrimos la puerta. Estábamos demasiado consternados como para fijarnos en una llave.

—Así que la puerta estaba cerrada con llave.

—Sí, claro que lo estaba. Pero yo creo que fue la propia Charmian Karlake quien se encerró. Mucha gente lo hace cuando duerme en una casa desconocida. Hay algunos que hasta levantan una barricada delante de la puerta... Y a decir verdad, no sé si a partir de ahora yo haré lo mismo. Nunca se sabe a por quién irá ahora el muy canalla.

Mr. Juggs sonrió.

—Creo que estás bastante a salvo... Pero, Sadie, hija, entonces... ¿te ha convencido mi plan? En las Bermudas no podrás estar más segura. Enfermeras, detectives privados y un operador de radio que ya quisiera para sí Buckingham Palace... Y siempre nos tendrás a mí o a Dicky contigo. Y a los dos la mayor parte del tiempo. ¿Qué me dices?

—Eres muy bueno —contestó Sadie acariciando nerviosa la cobertura de la cama con sus dedos mientras sus ojos se movían inquietos de un lado a otro—. Pero no sé... Me parece que me recuperaré antes si me quedo aquí, tranquila.

—Bueno, ¡pues yo estoy completamente seguro de que no! Este sitio me pone los pelos de punta y te voy a sacar de aquí en cuanto pueda.

## CAPÍTULO 18

—Ha llegado por fin nuestro momento —dijo el inspector Stoddart—. Nos pondremos a trabajar y me apuesto hasta el último dólar, como diría nuestro amigo Juggs, a que resolveremos pronto este misterio.

Harbord enarcó las cejas.

—¿Y cuáles son los próximos pasos?

—*Sir Arthur y lady Moreton* se van unos días a Londres. *Milady* quiere ir al dentista y ver a su modista. *Sir Arthur* dice que quiere limpiarse un poco las telarañas, jugar al polo y pasarse por su club. Mr. y Mrs. Richard van de camino a Bermudas... Y yo tengo mano libre para hacer lo que quiera en la abadía mientras estén todos ausentes.

—¿Y qué vas a hacer? Parece que ya se ha hecho todo lo posible.

El inspector se lo quedó mirando.

—¿De verdad crees eso? Podríamos tirar abajo la abadía piedra a piedra y, aún y todo, no encontrar la pista que buscamos. Y sin embargo, estaría allí, bajo nuestras narices todo el tiempo.

Los dos hombres se encontraban en el saloncito privado de Stoddart del primer piso del Hotel Raven. Stoddart ocupaba una butaca cerca de la ventana, un poco desplazada para que la cortina le ocultara a ojos ajenos. Desde ahí disfrutaba de una excelente vista de la plaza y de las puertas de entrada a la abadía. Sacó su pitillera mientras hablaba, sacó un cigarrillo y pasó la cajetilla a Harbord.

—Si fuera un hombre el responsable de la doble tragedia, algo de lo que tengo pocas dudas, tenemos ahora la oportunidad de registrar las habitaciones de los tres hombres que han estado en la abadía de forma permanente: *sir Arthur*, su hermano y Mr. Larpent. Los principales sospechosos.

—Limitarse a los sospechosos principales no suele ser buena idea, inspector. Se lo he oído decir miles de veces.

—Cierto, pero hay algo extraordinario en este caso y es que ninguno de ellos tiene coartada en el caso del ataque a Mrs. Richard. *Sir Arthur* estaba en la sala de billar. Dice que acababa de llegar de los establos y que se quedó jugando hasta que los Ferguson se hubieran marchado, ya que no le caían bien y no quería verlos. Dicky estaba en el parque de la propiedad, hablando con el

guardabosques sobre el estado de los refugios.

—Bueno, eso es una coartada en cierta manera... ¿y Larpent?

—La coartada no se sostiene cuando ni él ni el guardabosques se acuerdan de la hora, ni siquiera de forma aproximada. El guardabosques no pensó en mirar el reloj y Dicky dice que se fue después a la vieja cantera a inspeccionar los nidos de faisanes y no sabe cuánto tiempo estuvo allí. Al volver, buscó a su mujer y no la encontró, pero dice que no le dio importancia hasta que llegó la hora de la cena... En cuanto a Larpent, ha declarado que estuvo en la ciudad por negocios, que regresó en el tren de las 4:15 y volvió paseando tranquilamente hasta la abadía puesto que no llevaba prisa... A saber lo que pudo pasar en ese paseo.

—A mí me parece que el punto débil de cualquiera de ellos es la falta de motivo —observó Harbord pensativo mientras su cigarrillo se apagaba sin darse cuenta.

El inspector asintió.

—Aún no hemos descubierto el motivo. Mi teoría es que alguno de los tres había estado haciendo el tonto con Sylvia Gossett, es decir, Charmian Karlake. No sabemos lo lejos que llegaron las cosas, pero parece que lo suficiente como para que el silencio se volviera imprescindible. Charmian Karlake murió de un disparo de su propio revólver, bien por accidente o por un ataque de ira. El ataque a Mrs. Richard es completamente diferente. Tenía la bola de zafiro en su poder y eso la convertía en un elemento peligroso... No hay duda de que había alguien vigilando a Mrs. Richard y tuvo que hacer algo rápidamente. Yo creo que el asesino pensaba escaparse corriendo con su botín en dirección a la abadía, pero algo o alguien se lo debió de impedir, así que decidió deshacerse del bolso, pensando que se vería en un buen lío si lo encontraban en su posesión. Mi teoría es que la tapa de la caja y el algodón se le cayeron sin querer.

—El bolso fue encontrado al lado del camino que conduce a la abadía —reflexionó Harbord en voz alta—. Eso apunta a alguien que vive allí... No podemos descartar tampoco a ningún empleado de los establos, del garaje o del jardín.

—Te olvidas de la declaración de la doncella sobre el hombre vestido de chaqué dirigiéndose a la habitación de *miss* Karlake... Tenía que ser un invitado.

—No me he olvidado —le contradijo Harbord—. Pero nunca he creído

mucho en esa historia. El hombre podría haber sido cualquiera y tal vez no se dirigía a la habitación de *miss* Karlake. Ese testimonio fue muy poco satisfactorio.

—Estoy de acuerdo —dijo el inspector—. Debería tener otra charla con ella. Está ahora en el norte de Gales, con una amiga de *lady* Moreton que necesitaba temporalmente una doncella. Bien, Alfred, me temo que quedarnos aquí no nos va a hacer avanzar. Vamos a la abadía. Pero antes tengo que enseñarte algo...

Abrió un cajón del escritorio y le mostró una hoja de papel que Harbord contempló asombrado.

—A mí me parece un galimatías. ¿Qué significa?

—Es un mensaje cifrado del operador a bordo del *White Wings*, el yate de Mr. Juggs que está ahora en alta mar. Traducido al inglés dice: “Zapatos de vestir talla cuarenta y uno encontrados en cabina del pájaro. Han sido limpiados pero aún tienen trazas de sangre”. El pájaro es por supuesto el nombre en clave de Richard Penn-Moreton.

Harbord inhaló con fuerza.

—¿Es de fiar ese operador?

—Es uno de nuestros hombres —contestó el inspector—. Venables.

—Así que tiene los zapatos que llevaba el asesino... ¿Quién los ha encontrado? Porque supongo que él no ha sido.

—No. Spender está también a bordo como sobrecargo y Manders como ayuda de cámara de Mr. Juggs... Si es que te puedes imaginar a Mr. Juggs con ese tipo de *apéndice*...

Harbord soltó una carcajada.

—Mr. Juggs con un ayuda de cámara... ¡La imaginación no me llega a tanto!

—Mmm... Manders no se va a matar con esa parte del trabajo... Ambos están ahí a petición de Mr. Juggs para que Mrs. Richard se sienta a salvo. Parece que vive en un temor constante de ser atacada.

—No me extraña, pobre criatura. Su agresor puede estar más cerca de lo que imagina. Me pregunto si sospecha...

—Si sospecha, hace bien en mantener la boca cerrada —dijo el inspector con intención—. Y ahora, a la abadía.

El camino que llevaba hasta la abadía estaba repleto de rododendros en

flor y azaleas, con sus capullos en forma de campana brillando bajo los rayos del sol.

Llamaron al timbre y la puerta fue abierta diligentemente por un sirviente, seguido del mayordomo en la retaguardia.

—Nos esperaba, ¿verdad, Mr. Brook?

—Oh, sí, inspector Stoddart. Les estaba esperando —el mayordomo parecía preocupado—. Tengo órdenes de *sir* Arthur de procurarles todo lo que necesiten. Ya tiene la llave de la habitación de *miss* Karslake, ¿no es así?

—Sí, gracias. Pero son las habitaciones del primer piso las que me interesan hoy. En particular la de Mrs. Richard.

—No hay problema, inspector. Le acompañaré para abrirle la puerta —dijo mientras se ponían en camino—. *Sir* Arthur me ha dejado todas las llaves, excepto la nueva de la habitación de *miss* Karslake, que usted ya tiene... Aquí está el dormitorio de Mrs. Richard, es el primero a la derecha. Espero que encuentre algo que le ayude a descubrir al canalla que la atacó.

—Eso espero —dijo el inspector—. Si me deja la llave creo que no necesitamos molestarle más.

Pero no parecía que el mayordomo tuviera intención de moverse.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro... Mrs. Richard estaba muy cambiada cuando se marchó. Espero que el aire de mar le esté sentando bien. Una conmoción cerebral no es ninguna tontería...

El inspector abrió la puerta de la habitación.

—Muchas gracias. Ya puede marcharse, Mr. Brook.

Pero Brook aún vacilaba.

—Espero que Mrs. Richard se encuentre segura y no le pase nada más, lo espero tanto por ella como por el pobre Mr. Richard. Se puso como loco cuando se enteró del ataque...

—¡Oh, bueno! Creo que todos habríamos reaccionado igual... Usted tiene mucho cariño a Mr. Richard, ¿no es así?... Más que a *sir* Arthur, ¿verdad?

El mayordomo sonrió levemente.

—¡Oh! Yo no diría tanto, inspector. Siempre he sido leal a toda la familia. Pero Mr. Richard es tan divertido y afable... Bien, si tienen todo lo que necesitan, señores...

—Sí, muchas gracias.

El inspector se quedó parado mirando la espalda de Brook mientras este

se alejaba. Luego animó con un gesto a Harbord para que entrara en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El dormitorio de Mrs. Richard, así como el vestidor de su marido que se abría a continuación, tenían la apariencia ordenada y un poco deprimente de las habitaciones que no están en uso. La gran cama del centro de la habitación estaba desnuda y los muebles protegidos con fundas aunque, por orden del inspector, no se había limpiado nada.

Harbord se puso a registrar la papelera mientras Stoddart se metía en el vestidor.

—No encontrarás nada ahí, Alfred. Alguien se habrá encargado ya de eso. No me gusta ese mayordomo...

—A mí tampoco —replicó Harbord—. Nunca me ha gustado. Siempre he sospechado que esconde algo... Pero hay algo noble en su devoción por los Penn-Moreton. Si supiera que alguno de ellos es culpable lo protegería con su vida, estoy seguro.

—Esa devoción puede ser muy noble y lo que quieras, pero es una maldita molestia —replicó el inspector en tono preocupado mientras abría la puerta del armario ropero de Dicky.

Ambos hombres trabajaron en silencio durante un tiempo. Harbord había acabado con la papelera y se disponía a registrar el escritorio cuando oyó una brusca exclamación del inspector.

—Aquí hay algo que habíamos pasado por alto, Alfred.

El joven acudió de inmediato. El inspector estaba cerca de la ventana con su microscopio de bolsillo en un ojo, mientras examinaba un abrigo de vestir negro. Stoddart le cedió el microscopio.

—¿Qué ves?

Harbord esperó un minuto antes de contestar.

—Hay un par de manchas oscuras en el paño, son casi invisibles —dijo por fin.

—Sangre —observó el inspector sucintamente—. ¿No lo entiendes, Alfred? Este es el abrigo que llevaba Richard Moreton la noche en la que asesinaron a Charmian Karlake.

—¿Estás seguro?

Por toda respuesta, el inspector metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un programa de baile completamente arrugado.

—Bastante concluyente, ¿no crees? Pero... ¿qué es esto?

“Esto” era una fina hoja de papel que se había colado por el forro del abrigo. Solo tenía estas palabras escritas:

*“Te veré esta noche. ¿Pensabas que podías engañarme?”*

Eso era todo. No tenía ni encabezamiento ni despedida y la letra era muy poco distintiva. Desde luego no se parecía en nada a los grandes trazos redondos y llamativos de Charmian Karslake.

El inspector examinó la nota con atención.

—No es la letra de Dicky y tampoco la de Charmian Karslake, a menos que haya sido fingida excepcionalmente bien.

Harbord miró el papel por encima del hombro del inspector.

—En todo caso, esto conecta a Moreton con el crimen.

El inspector se quedó mirando fijamente el papel.

—¿Tú crees? Eso es lo que yo me pregunto...

## CAPÍTULO 19

—¡Esto marcha! —exclamó el inspector recogiendo sus cartas—. ¿Has visto el anuncio de ayer publicado en la columna de las “llamadas desesperadas” del *Daily Wire*?

Harbord negó con la cabeza. Acababa de llegar de dos días de estancia en solitario en Hepton. El inspector había regresado a la ciudad para seguir otra línea de investigación y había dejado al joven vigilando la abadía.

Stoddart abrió la primera carta del montón.

—¡Ah! ¡Sabía que esto daría resultado! Es una respuesta al anuncio del que te hablaba, Alfred. Decía: “Si algún familiar de Sylvia Gossett de Hepton se pone en contacto con los caballeros Evans y Turner de Crown’s Inn nº 25, se enterará de algo que le interesa”... Irresistible, ¿eh? Evans y Turner me acaban de enviar esta respuesta. El matasellos es de Bloomsbury, la enviaron ayer por la mañana.

Harbord tomó la carta que le tendía Stoddart y leyó:

*“Caballeros:*

*La fallecida Sylvia Gossett de Hepton era mi madre. Como soy su primogénito supongo que soy su heredero y representante. Me interesa lo que puedan contarme, especialmente si es ventajoso económicamente. Si les viene bien, iré a visitarles a sus oficinas mañana miércoles a las doce de la mañana.*

*Atentamente,*

*John Gossett”.*

—Vamos, Alfred. Llegaremos a tiempo si salimos ya... ¿Qué novedades me traes de Hepton? Me las puedes contar mientras nos ponemos en marcha. Así no perdemos más tiempo.

—Me temo que tengo poco que contar. He tomado el té con el mayordomo y el ama de llaves un par de veces y lo único que he conseguido sonsacarles es que Dicky es propenso a tener callos, que le salió uno

particularmente doloroso el día de la fiesta y se estuvo quejando de que no le había dado tiempo a ir al podólogo.

—Y eso significa... —comenzó el inspector.

—Los zapatos de vestir que se encontraron en el barco eran una talla mayor de los que lleva él normalmente, eran de la talla que calza John Larpent... ¿No es posible que Mr. Richard pidiera prestados unos zapatos a su amigo para la ocasión?

—Muy posible —contestó el inspector—. En cuanto a probable... bueno, no vamos a caer en la fascinante tentación de forzar que las piezas encajen en el puzle... ¿Registraste la habitación y el estudio de *sir* Arthur?

—Sí, todo estaba meticulosamente ordenado, tal y como esperaba.

Doblaron la esquina desde el Embankment y llegaron a los jardines de Crown's Inn. Cien metros más allá estaban las oficinas de Evans y Turner. Habían llegado unos minutos antes de la hora acordada pero subieron igualmente a la planta segunda, donde un hombre de mejillas sonrosadas salió de inmediato a su encuentro.

—¿Inspector Stoddart? Mr. Turner le está esperando.

Abrió una puerta a su derecha y se encontraron en presencia de Mr. Turner.

El abogado estaba sentado en una silla giratoria frente a un escritorio situado en medio del despacho. Les tendió la mano con una sonrisa cordial.

—Bien, inspector. No hemos tardado mucho esta vez en cumplir su encargo. Mr. John ha caído rápidamente en la tela de araña.

El inspector sonrió.

—No es una tela de araña. Mi anuncio es absolutamente verídico. Mr. John Gossett puede oír algo que le va a interesar. Y a cambio, puede darnos algo de información que nos interesa a nosotros.

—¡Ah, ya veo! Ambas partes se benefician... Siéntese, inspector. Creo que John Gossett ya ha llegado... —dijo Mr. Turner mientras sonaba un timbre a su lado—. Que venga Mr. Gossett inmediatamente —ordenó por el intercomunicador.

John Gossett entró acompañado por un empleado. Aunque desaliñado, aún se notaba que había sido un hombre muy atractivo. Desde su silla situada en un segundo plano, Stoddart contempló sus rasgos con atención y decidió que había cierto parecido con la hermosa actriz del Golden Theatre.

—¿Mr. John Gossett? —preguntó Mr. Turner.

—Ese soy yo —contestó Mr. Gossett haciendo girar el sombrero entre sus dedos—. He venido por el anuncio del *Daily Wire*, pero no pensé que habría... —comenzó a decir con un gesto de disgusto mirando a los dos policías.

—Siéntese, Mr. Gossett —dijo Mr. Turner con cordialidad—. Estos dos caballeros están aquí por un asunto que le concierne a usted. Fueron ellos los que pusieron el anuncio.

—¿Ah, sí? —preguntó Gossett sin parar de moverse incómodo en el borde de la silla—. Bueno, si son buenas noticias no sabe lo que me alegraré. He tenido ya bastante mala suerte en la vida.

El inspector sacó su cuaderno y el abogado un papel que colocó encima de la mesa.

—Usted es John Robert Gossett de Hepton, Meadshire. Dígame el nombre de su madre, por favor —pidió el abogado.

—Sylvia Mary Gossett.

—¿Y el de su padre?

—Robert Henry Gossett. Pero nunca llegué a conocerlo. Era un mal bicho.

—¿Está vivo o muerto?

—¡Oh! Muerto. Al menos eso creo. Tendrá un buen puñado de años ya si sigue vivo. Nunca supimos qué fue de él... Un mal tipo, como he dicho.

—¿Sabe de dónde venía?

—West Hever, al otro lado del condado. Los dos, mi padre y mi madre, eran originarios de allí. Hace años oí que le habían visto por esa zona. Vivía con la mujer por la que nos había abandonado. Pero hace mucho tiempo ya de todo eso.

—En todo caso, debería de ser bastante fácil acreditar su muerte, si es que está muerto —dijo Mr. Turner apuntando algo en el papel.

—¡Oh! Seguro que está muerto. Y si está vivo, yo no quiero saber nada de él.

—Ya, pero podría complicar las cosas... —observó Mr. Turner pensativo—. ¡Bueno! —exclamó mirando a Stoddart—. Me parece que quiere hacer algunas preguntas a Mr. Gossett...

—Gracias, señor —contestó el inspector acercando su silla—. Creo que tiene algunos hermanos y una hermana, ¿no es así?

—Un hermano y una hermana —le corrigió Gossett—. Tenía tres

hermanos, pero dos murieron en la guerra. A mi hermano pequeño hace años que no le veo.

—¿Y a su hermana?

Gossett movió la cabeza a ambos lados.

—No. Tampoco. No sé qué ha sido de ella. Pero yo soy el mayor, así que si hay algo tengo que heredarlo yo.

El inspector sacó una fotografía de Charmian Karlake, ya difunta, de un sobre que guardaba en su agenda.

—¿Reconoce a esta persona?

—¡Oh! Esa es Sylvia, no hay duda. Con más años encima pero es ella. ¿Por qué tiene esa expresión tan rara, como si estuviera dormida... o muerta?

—Está muerta. Y es por eso que le hemos traído aquí. Queremos saber quién la mató.

—¡Ah, era por eso! —Gossett inhaló una gran bocanada de aire—. Bien, pues a mí no me pregunte. No sé nada de ella desde hace años. Pero me parece una estafa que engañen a un humilde trabajador como yo y me hagan perder toda la mañana para supuestamente oír una buena noticia cuando lo único que quieren es eso. Si no hubiera pensado que había dinero por medio no habría venido. Y ahora... creo que he tenido bastante. Me largo.

—Espere un minuto, Mr. Gossett. No he dicho que no haya dinero. Si esta señora es su hermana y puede demostrarlo y contesta además a algunas preguntas, es posible que haya una bonita cantidad de dinero para usted.

La cara de Mr. Gossett se iluminó.

—¡Ah! Eso es otra cosa... Esa es Cissy, no hay duda. Era clavada a su madre. ¿Cómo es que ha muerto?

El inspector le mostró otra fotografía. Una de Charmian Karlake en sus mejores tiempos del Golden Theatre. John Gossett la miró perplejo.

—Sí, creo que es Cissy. Pero ahí está muy diferente...

—¿No ha oído hablar de Charmian Karlake, la hermosa actriz que actuaba en el Golden Theatre? —preguntó el inspector sin quitarle ojo.

—Sí, he oído hablar de ella. La mataron en Hepton Abbey según tengo entendido... “El misterio de Hepton” lo han llamado los periódicos... ¿Pero no querrá decir que Sylvia...?

—Tengo buenas razones para creer que Charmian Karlake era su hermana —dijo el inspector en tono solemne—. De hecho, creo que la identificación que acaba de hacer no deja lugar a dudas. En este caso, sus

hermanos, como familiares más cercanos, lo heredan todo.

—¿Y cuánto será eso? —preguntó Gossett con energía—. Aunque como soy el mayor debería heredarlo todo, como ya he dicho.

—El mayor no lo hereda todo —replicó el inspector con severidad—. Cuanto antes podamos atrapar al asesino de su hermana antes podrán quedar resueltos todos esos asuntos, así que es mejor que colabore, Mr. Gossett...

—No sé si voy a poder... Me encantaría ayudarle a colgar a ese rufián asesino, pero no he vuelto a ver a Sylvia desde que nos fuimos de Hepton, cuando murió mi madre. Habíamos oído decir que nos iban a meter en un orfanato y decidimos marcharnos con un circo itinerante que pasaba por allí. Mis hermanos y yo ayudábamos a montar el escenario y Sylvia bailaba. Cuando llegamos a Londres, Bill y yo abandonamos el circo y nos dedicamos a barrer tiendas, hacer recados y cosas así. Nos moríamos de hambre pero al menos éramos libres y no estábamos en un orfanato.

—¿Y su hermana?

—Se quedó con el circo. La apreciaban porque sabía cantar y bailar... y era lista. Además, a ella le pagaban, alguna vez nos envió algo de dinero. Cuando se hizo más mayor se empeñó en hacerse actriz de verdad. Yo entonces limpiaba zapatos, cargaba el carbón en un pequeño hotel de Bloomsbury, cosas así... y vivía en una pequeña buhardilla con mis hermanos. Nos iba bastante bien. Cissie nos vino a ver un día y nos dijo que le habían dado un papelito en una compañía itinerante de teatro.

Mr. Gossett se detuvo.

—¿Y esa fue la última vez que la vio?

—Bueno, no. Vino otra vez y nos dijo que le gustaba mucho eso de actuar y que estaba pensando en casarse... Esa sí fue la última vez que la vi.

—¿Con quién se casó?—. Al inspector le fue imposible esta vez disimular la ansiedad de su voz.

—No lo sé. Nunca me llegué a enterar. Cuando le pregunté, soltó una carcajada y me dijo que me iba a sorprender mucho saber quién era.

—¿Cómo se llamaba entonces?

—Sylvia Gossett. Nunca me enteré de ese cambio a Karlake.

El inspector estudió sus notas en silencio durante un instante.

—Dice que fue la última vez que la vio. ¿Por qué?

—Bueno, no es algo que me guste contar porque lo pasado, pasado está, pero me metí en algunos líos y estuve en chirona durante dos años, aunque

nunca hice nada grave. Cuando salí, no volví a saber de Sylvia. Supongo que se avergonzaría de mí.

—¿Y sus hermanos?

Harbord que conocía cada inflexión del tono del inspector, notó la desilusión en su voz.

—Bert, el menor, el que murió en Ypres, siempre fue el favorito de Cissie. A él sí le vio un par de veces más. Ella vivía en Marylebone por aquel entonces. Bert dijo que estaba bien, que compartía un par de habitaciones con otra chica, ¿cómo se llamaba?... Forester, Joan Forester. Bert me dijo también que tenía dos o tres pretendientes, pero con cuál de ellos se casó... ni idea.

—¿Hace cuánto tiempo fue esto?

Gossett se mordió el labio reflexionando concentrado como si fuera una dura prueba matemática.

—¡Oh! Hará unos dieciséis años, más o menos.

—¿Cuántos años tendría ahora su hermana?

—Treinta y seis o treinta y siete... Nos estamos haciendo viejos. Yo ya tengo cuarenta.

—¿Por qué se hacía llamar Karslake su hermana?

Gossett le miró perplejo.

—No tengo ni idea.

—¿No cree que pudo casarse con uno de los Carslake de Hepton?

—No creo que llegara nunca a conocerlos. Nos miraban como si fuéramos basura.

—¿Y qué hay de Peter Hailsham?

Gossett soltó una carcajada.

—¿Peter Hailsham? ¡El viejo Peter! ¿No creerá que Cissie se habría casado con él? Además, murió el mismo año que abandonamos Hepton.

—¿Y los familiares de Hailsham?

—Nunca oí que tuviera familia. Y si la tenía, seguro que no querían saber nada de él. Buena pieza era el viejo Peter.

—¿Le sorprendería saber que su hermana se dirigió a alguien recientemente llamándole “Mr. Peter Hailsham”?

—¡Ya lo creo! —contestó Gossett con energía—. Ahora que lo pienso, creo que nunca nos dirigimos a él como “Mr.” allí en Hepton. Era el viejo Peter. Pero hay una historia graciosa que me contó Bert, se me había olvidado por completo... ¿Conoce a la gente de la abadía?

Inconscientemente, el inspector apretó el lápiz hasta que sus nudillos se quedaron blancos. Alzó la vista.

—¿Se refiere a los Penn-Moreton?

—Esos mismos —dijo Gossett restregando sus zapatos por el suelo—. Bien... Bert me contó que una vez que fue a visitar a Sylvia se encontró con un bonito coche delante de la puerta y, cuando estaba dudando si entrar o no, apareció Sylvia por la puerta con uno de los Penn-Moreton. El más joven, no el que se llevó el título.

—¡Ah! —el inspector se pasó la lengua por sus labios reseco—. ¿Le conocía su hermana de la época de Hepton?

—No, de Hepton no. Habría sido como conocer al rey, supongo.

—¿Su hermano estaba completamente seguro de que era el joven Penn-Moreton?

—Habríamos reconocido a los Penn-Moreton en cualquier lado. Solíamos verlos canal arriba, canal abajo, en vacaciones, con sus canoas. Y Bert y yo siempre estábamos en el canal... Les hacía muchos encargos. Ellos luego me tiraban una moneda, como si fuera un perro...

## CAPÍTULO 20

—Diga a Mr. Harbord que venga a verme en cuanto llegue.

El agente de policía se cuadró delante del inspector y salió del despacho. Stoddart estaba sentado en su oficina del Yard, redactando diligentemente un informe. Miró más de una vez al reloj con impaciencia, hasta que por fin oyó los golpecitos en la puerta que le resultaban tan familiares.

—¡Adelante! —dijo en tono irritado—. Has tardado mucho más de lo que esperaba, Alfred.

—Tiene razón —contestó Alfred sacando un papel de un gran sobre que llevaba en la mano—. Siento haberle hecho esperar pero es imposible acelerar la burocracia. Aquí tengo el certificado de matrimonio, formalizado el 18 de agosto de 19... en St. Mary's Church de Marylebone, entre Sylvia Mary Gossett, soltera, mayor de edad, hija de Robert Henry Gosset, granjero de Hever, Meadshire, fallecido y... —Harbord hizo una pausa dramática y miró al inspector mientras seguía leyendo—: Peter Hailsham, soltero, mayor de edad. Nombre del padre: Peter Hailsham, profesión: químico, de West Croydon, fallecido. Los testigos que firman son dos trabajadores de la iglesia. El nombre del vicario es Thompson.

—Peter Hailsham —repitió el inspector, arrancando el documento de las manos de Harbord—. Mmm, lo que esperaba. Ahora, a descubrir quién es o quién se hizo pasar por Peter Hailsham.

—Puede ser difícil probarlo a estas alturas —dijo Harbord pensativo—. Si pudiéramos hablar con Joan Forester... pero no contesta al anuncio. Me pregunto si habrá fallecido.

—En todo caso no parece ser lectora de las llamadas desesperadas del *Daily Wire* —comentó Stoddart—. Voy a intentar que el anuncio salga en la radio esta noche. Preguntaremos si alguien conoce el paradero de *miss* Joan Forester, “que tuvo algunos papeles secundarios en el Morley Theater en 19... De parte de un amigo”. Debería de dar resultado.

—Tal vez la asuste. La gente no se preocupa por uno a menos que haya dinero por medio.

—En todo caso hay que intentarlo —dijo el inspector con determinación—. Nos vamos a St. Mary's Church, Alfred.

—¿Quiere mirar en el registro?

—No. ¿Para qué? Creo que nos podemos fiar de Somerset House —sonrió el inspector—. Quiero ver si hay alguien que se acuerde de esta boda. Complicado, me temo. Pero no podemos pasar ninguna pista por alto y dieciséis años tampoco es una vida entera.

—Bueno... St. Mary no es una iglesia parroquial. No se celebrarán muchas bodas allí...

La iglesia, en una lúgubre calle lateral, estaba apartada de las vías públicas principales. Por fuera tenía un aspecto deprimente pero, al entrar, se encontraron con un espacio lleno de luz, bien cuidado y con un altar lleno de flores. Había una anciana rezando sentada en una nave lateral a la que se le iluminó la cara cuando vio entrar a los dos detectives. Stoddart se aproximó silenciosamente.

—Perdone, señora. ¿Le importaría si le hago unas preguntas? Necesito saber algunos detalles de una boda que tuvo lugar en esta iglesia hace dieciséis años, usted sería muy joven entonces.

Harbord contuvo el aliento ante este último comentario, pero la dama aparentemente lo tomó de buena fe.

—Bueno, es verdad que hace mucho tiempo de eso. No me acuerdo gran cosa de esa época —dijo con falsa modestia—, y nuestro vicario solo lleva aquí tres años, así que no podrá ayudarme. Quizá pueda echar una ojeada al registro o quizás Mrs. Sparrow se acuerde de algo. Lleva unos veinte años limpiando la iglesia. Creo que ahora está en la sacristía. Les llevaré hasta allí. A nuestro vicario no le gusta que hablemos en la iglesia.

Mrs. Sparrow era una mujer voluminosa y parlanchina, encantada de charlar mientras limpiaba los numerosos objetos de cobre y plata que tenía sobre una gran mesa de roble.

—Queríamos saber si se acuerda de una boda. La dama ha fallecido recientemente y hay que solucionar algunos temas de la herencia. Ella se llamaba Sylvia Gossett y el nombre del novio era Peter Hailsham.

—¡Pero qué me dice! —la cara redonda y sonrosada de Mrs. Sparrow se volvió aún más redonda y sonrosada de la sorpresa—. ¡Claro que me acuerdo de la boda! Yo llegué a conocer bien a la novia, *miss* Gossett. Asistía al servicio de forma regular... ¿Y dice que ha muerto?... ¡Ay, Señor! ¡Qué

lástima! En fin, *toda carne es hierba*, como dice la Biblia... Pues no hace mucho más de seis semanas que estuve charlando con ella.

—¡Ah! Hace poco tiempo. ¿Y se encontraba bien?

—Muy bien, señor. Más hermosa que nunca y llevaba un vestido precioso. Hacía años que no venía por aquí. Pero la reconocí en cuanto entró y ella me reconoció a mí también... “¡Ah! Mrs. Sparrow”, me dijo. “Qué raro me resulta venir a la iglesia y no encontrar al padre Thompson”. “Así es, *madame*”, le dije yo. “Pero ahí tenemos que acabar todos”. *Toda carne es hierba*, como ya he dicho anteriormente aunque, la verdad, nunca he comprendido bien el sentido de esa frase... Ella se echó a llorar, pobre criatura, cuando se acordó de su boda y del bautizo de su bebé.

—Sí —dijo el inspector suavemente—. El pequeño John Peter.

—¡Bendito sea, señor! Me había olvidado del nombre. Qué curioso que usted se acuerde. Solo lo vi el día del bautizo. Era un bebé precioso, pero eso era de esperar con esos padres tan guapos.

—¡Ah, su padre! —la voz del inspector no dejaba traslucir su tensión—. Le vería en la boda, ¿verdad, Mrs. Sparrow?

—Claro. Un caballero guapo y elegante como pocos. Hubiera jurado que ambos vivirían hasta celebrar las bodas de oro... y pensar que están muertos los dos... Bueno, al menos descansarán los tres juntos, con su bebé también.

El inspector asimiló esta información.

—¿Quiere decir que Mr. Hailsham ha fallecido?

—Sí, señor. Eso me dijo Mrs. Hailsham cuando pregunté por él. Se le llenaron sus bonitos ojos de lágrimas y me dijo: “¡Ah! Mrs. Sparrow, le he perdido... y también a mi bebé. Estoy sola de nuevo”... Pobre criatura, pobrecilla. Pensé que era cruel seguir preguntándole por ellos, señor, así que me callé.

El inspector sacó una serie de fotografías de una carpeta y se las pasó a Mrs. Sparrow. Desde un segundo plano, Harbord vio que eran fotos de Dicky y Larpent.

—¿Reconoce a alguna de estas personas?

Mrs. Sparrow se quitó las gafas, las limpió cuidadosamente, se las volvió a poner y miró las fotografías atentamente.

—No, señor. No puedo decir que los reconozca... Aunque este... —dijo apuntando a la de Dicky— sí me recuerda a alguien, no sabría decirle a quién.

El inspector no disimuló esta vez su decepción.

—¿Y la otra fotografía? ¿Está segura de que no lo reconoce?

Mrs. Sparrow se fijó bien en la de Larpent.

—Sí. También he visto a este hombre... Empiezo a acordarme. Uno de ellos es Mr. Hailsham, el que se casó con *miss* Gossett, y el otro fue su padrino. No los había reconocido porque ambos llevaban bigote entonces.

—Mmmm... ¿Y cuál de ellos es Mr. Hailsham, Mrs. Sparrow?

—¡Ah! ¡No creo que pueda acordarme después de tantos años! Solo los vi una vez y estaban juntos. Aunque me los pusiera delante en este momento sería incapaz de identificarlos. Uno de ellos se casó con *miss* Gossett pero, aunque me pasara todo el día mirando las fotos, sería incapaz de decirle cuál.

—No sabe lo que lo lamento —dijo el inspector profundamente decepcionado—. ¿Hay alguien más en la iglesia que pudiera acordarse?

Mrs. Sparrow negó con la cabeza.

—No lo creo, señor. Ya no queda por aquí nadie de los viejos tiempos.

—Una última cosa —comentó el inspector mostrándole una foto de Charmian Karlake en la morgue, rodeada de flores—, sabrá quién es, supongo.

Mrs. Sparrow echó un vistazo a la imagen y palideció.

—Sí. Es Mrs. Hailsham, no hay duda. Pero ha dicho que Mrs. Hailsham está muerta. Parece como si hubieran tomado esta foto después...

—Así es. Se tomó en Hepton Abbey el día del funeral.

El inspector mencionó la abadía a propósito, pero la cara de Mrs. Sparrow no registró ninguna emoción.

—¡Pobrecilla! Qué guapa está en esta foto.

—¿No había visto esta imagen antes?

Mrs. Sparrow se quedó mirando al inspector, sorprendida.

—¿Yo? No. ¿Cómo podría haberla visto?

—Ha sido publicada en casi todos los periódicos. Tiene que haber oído hablar de la actriz asesinada, Charmian Karlake.

Mrs. Sparrow asintió.

—He oído hablar de ella, pero ¡bendita sea!, no tengo tiempo de leer periódicos. Y nunca me han interesado los asesinatos. Pero no querrá decir que Mrs. Hailsham era...

—Era Charmian Karlake, la gran actriz americana —confirmó el inspector.

—Pero... pero... —dijo ella tartamudeando—, Mrs. Hailsham no era

americana. Y nadie habría tenido interés en matarla.

—Alguien lo hizo, Mrs. Sparrow. Y tenemos que encontrarlo.

La buena mujer se echó a llorar.

—¡Qué desalmado! ¡Me gustaría colgarlo yo misma con mis propias manos!

—Lo haremos colgar si lo encontramos —afirmó el inspector con determinación—. Y prepárese para recibir otra sorpresa... Me ha dicho que Mr. Hailsham está muerto. Bien, pues he de decirle que los hombres de esas fotografías que ha identificado, Mr. Hailsham y su padrino de boda, están ambos vivos y coleando.

## CAPÍTULO 21

—Uno se va enterando de detalles curiosos de la personalidad de Charmian Karlake según avanza la investigación...

Harbord y él habían regresado al Yard después de su encuentro con Mrs. Sparrow y se habían dirigido directamente al despacho de Stoddart.

—Podríamos armar un caso bastante sólido tanto contra Mr. Larpent como contra Dicky Penn-Moreton... —reflexionó el inspector—. Esta mañana he recibido el informe del laboratorio sobre las manchas de sangre encontradas en el abrigo de Dicky Moreton. Son lo que pensaba, sangre humana. Richard Penn-Moreton tendrá que decir la verdad o afrontar un juicio por asesinato... Y posiblemente ambas cosas.

—Pero Richard Penn-Moreton se ha quitado de en medio —objetó Harbord—. Está a salvo a bordo del White Wings, no sabemos qué hará.

—Bueno, en realidad está volviendo a Inglaterra. Telegrafíé al White Wings para que regresara de inmediato. Mr. Juggs aún tiene a su “sabueso” americano a bordo y, como sabes, hay dos de los nuestros en el barco espionando a Mr. Moreton. Iremos a recibirles al puerto de Southampton.

—¿Y Larpent?

—¡Oh! Larpent está bien vigilado. Deberías saberlo, Alfred.

Harbord se quedó pensativo con la mirada perdida en la pared blanca de enfrente.

—Hay una cosa que no entiendo, inspector —dijo, por fin—. Desde el principio sospeché de Dicky Moreton. Todos los hechos apuntan a que puede ser él el asesino...

—Desde luego...

—Pero aun suponiendo que fuera él el que asesinara a *miss* Karlake para evitar que Mrs. Richard se enterara de que en realidad ya estaba casado... ¿habría atacado a su mujer de esa forma? Habría matado a la gallina de los huevos de oro.

—Sabía que llegarías a ese punto —dijo el inspector sacando su pitillera—. Y si no hubiera sido por ese argumento, Dicky estaría ya entre rejas. Ese punto y otro también... ¿para qué quería Dicky la bola de zafiro? Tiene el suficiente sentido común como para saber que no podría librarse de la joya de

forma segura y desde luego tampoco podía quedársela... No, Alfred, aún no tenemos la solución al asesinato de Hepton Abbey. Pero en pocos días...

—En pocos días, ¿qué?

—El White Wings llegará a puerto y Mr. Richard tendrá que dar algunas explicaciones... ¿Qué ha sido eso? ¿Alguien ha llamado a la puerta?

Un policía abrió la puerta.

—Hay una señora que quiere verle, inspector. Enviada por la emisora de radio.

—*Miss Forester* —el inspector se levantó de un salto—. ¡Esto empieza a moverse, Alfred!

Oyeron pasos que se acercaban y, un instante después, el policía abrió la puerta seguido de una mujer bajita y regordeta. Su cabeza era enorme y de su sombrero se escapaban algunos tirabuzones de un rubio teñido. Iba muy maquillada y su chaqueta estaba adornada de decenas de botones de plástico. Alrededor de su cuello le colgaba un collar de perlas falsas.

Los dos detectives se la quedaron mirando mientras avanzaba por la habitación. Stoddart fue el primero en dar un paso adelante:

—¿*Miss Joan Forester*, supongo?

La dama sonrió exhibiendo una fila de dientes grandes y separados.

—Jane de nacimiento pero Joan queda mejor en escena. Eso fue hace mucho, de todas formas. Ahora supongo que me habrán reconocido como Tottie Villiers, del Grandene Music Hall. Tengo el teatro lleno a diario... *Todos aman a Tottie.*

Dijo esta última frase canturreando.

—Claro —dijo el inspector con admiración forzada—. *Miss Tottie Villiers*... Me encanta su espectáculo. ¡Pero qué sorpresa tan agradable...! Siéntese, por favor.

*Miss Villiers* se sentó acicalándose el cabello.

—¿Y quién es ese amigo que pregunta por mí? Me quedé muerta cuando oí que estaban preguntando en la radio por Joan Forester.

—Si hubiéramos sabido antes que *miss Joan Forester* era Tottie Villiers, no habríamos tenido que preguntar... Supongo que se acuerda de Sylvia Gossett, con la que compartió piso hace muchos años —dijo el inspector sin quitarle la mirada de encima.

—Claro que me acuerdo. Nos hicimos buenas amigas cuando actuábamos juntas en Hoffmeyer. Yo cantaba y ella bailaba. Pero se volvió en seguida muy

arrogante, en mi opinión.

—¿Sabe con quién se casó?

*Miss Tottie Villiers* enarcó las cejas y sonrió.

—No sabía que se hubiera casado. Pero no me extraña, siempre tenía hombres detrás de ella... Sylvia era guapa.

—¿Se acuerda de los nombres de esos pretendientes?

*Miss Villiers* arrugó la frente.

—La verdad es que no. He oído demasiados nombres desde entonces —dijo con una risita.

—¿Había alguien por quien *miss Gossett* tuviera una preferencia especial?

—¿Por qué quiere que delate a Sylvia? No será para algún juicio de divorcio, ¿no?

El inspector se decidió de pronto.

—No. Nada de eso. Su amiga se ha ido donde nada de eso puede afectarla ya.

*Miss Villiers* se lo quedó mirando, estupefacta.

—¿Me está diciendo que Sylvia está muerta?

El inspector contestó a esta pregunta con otra.

—¿Ha oído hablar de Charmian Karslake?

—Claro. Esa que algún malnacido se cargó en el campo, ¿no? Nunca la vi actuar. El Golden es demasiado fino para mí.

—Si la hubiera visto creo que habría reconocido a su vieja amiga, Sylvia Gossett. No había cambiado tanto.

—¿Sylvia Gossett! —*miss Villiers* palideció repentinamente—. ¿No querrá decir que Sylvia era Charmian Karslake?... Vi una foto suya en el periódico y pensé que se parecía, pero nunca pensé que pudiera tratarse de la misma... ¿Quién la ha matado?

—Para averiguar eso es para lo que la hemos traído, *miss Villiers*.

—¿Cómo demonios pretende que yo lo sepa? —el tono de la actriz se aproximaba ahora al histerismo—. Hace más de doce años que perdí de vista a Sylvia Gossett. Creo que se equivoca de persona, inspector.

Stoddart sacó las fotografías de Larpent y Dicky Moreton que ya había mostrado a Mrs. Sparrow.

—¿Reconoce a alguno de estos dos hombres, *miss Villiers*?

Ella sacó unos anteojos y se los colocó torpemente sobre su nariz.

—Me parece que he visto a ambos —dijo por fin—. Creo que son dos que siempre estaban rondando a Sylvia. Pero ella estaba siempre con uno o con otro...

—¿Se refiere con alguno de estos dos?

—¡Cielos! ¡Que Dios le guarde esa inocencia, inspector! No, no me refería necesariamente a uno de ellos. Sylvia no estaba en una situación como para rechazar a todo el que la sacara y la invitara a una buena cena y a una copa de vino, siempre que fuera un tipo decente, claro está. No podía permitirse ser demasiado selectiva.

El inspector agitó las fotografías debajo de la nariz de *miss* Villiers.

—¿Me podría decir si se casó con alguno de estos dos?

—Supongo que lo haría si tuvo ocasión... Mire que es usted cándido, inspector. Hombres como estos... auténticos caballeros, lo podría asegurar aunque solo los vi una vez en mi vida... no se casan con la Sylvia Gossett de turno. Un flirteo con una chica es una cosa. Casarse con ella algo completamente diferente.

—Bueno, no me gustaría contradecirla... pero tenemos razones para pensar que sí se casó y lo hizo mientras vivía con usted, o inmediatamente después.

—Bueno, pues si lo hizo a mí no me dijo nada —dijo *miss* Villiers bruscamente—. Y a mí me parece muy poco probable.

—¿Recuerda a alguien que pudiera haber discutido con ella? Estamos investigando su muerte y cualquier detalle sobre su pasado, por nimio que parezca, es importante. ¿Podría haber estorbado a alguien?

—No sé cómo habría podido. Pero... hablando de altercados —dijo *miss* Villiers después de una pausa—, lo único que puedo recordar, aunque no creo que le ayude, es una discusión que presencié un día. Yo volvía del trabajo, entré con mi llave y me sorprendió oír voces en nuestra habitación porque, para ser justa con Sylvia, no solía meter hombres en casa. Cenas y bailes sí pero traerlos a casa, no... Bueno, pues esta vez había un hombre y oí que él decía: “Te repito que no lo voy a tolerar y te aseguro que lo digo en serio. ¡Te mataré antes de que lo hagas!”. Luego oí a Sylvia reír y decir: “No puedes hacer nada. Voy a hacer lo que quiera, como vas a comprobar muy pronto”. El hombre entonces hizo un ruido raro con la garganta y gritó: “Mantendrás tu promesa o aquí acaba todo”. Y ella respondió: “¡Oh! Promesas. Las promesas se hacen solo para romperlas”. Y luego... creo que

me oyeron caminar por el pasillo porque se quedaron mudos. Yo estaba muerta de cansancio, así que subí al pequeño dormitorio que compartíamos Sylvia y yo para echarme un rato y enseguida oí un portazo y unos pasos en el exterior. Luego Sylvia subió corriendo a la habitación. Estaba muy roja y alterada. Me preguntó si había oído algo al entrar. Yo le dije, para tranquilizarla, que no mucho pero que parecía que alguien estaba muy enfadado con ella. Sylvia entonces se echó a reír y dijo que era un hombre que había vivido cerca de ella cuando era niña, que había venido a la ciudad, la había visto bailar y se había presentado. Y terminó diciendo que él esperaba demasiado y que iba a cortar con ese hombre. Esa es la única discusión de Sylvia que puedo recordar pues normalmente tenía buen carácter.

Mientras *miss* Villiers hablaba, el inspector tomaba notas en su cuaderno. Cuando terminó de hablar, alzó la vista.

—Supongo que no sabe cuál es el nombre de ese hombre.

*Miss* Villiers negó con la cabeza.

—No lo oí. De hecho, nunca supe quiénes eran sus otros amigos. Aunque nos llevábamos bien era muy reservada, no soltaba prenda.

—¿Y nunca les vio?

*Miss* Villiers hizo un gesto hacia las fotos.

—Vi a esos dos más de una vez. Y pude ver a ese hombre con el que discutí aunque solo de espaldas.

—¿Y sabe cuál de estos dos era?

—No. Solo vi que era alto y delgado. Ambos lo eran pero no me pareció que fuera ninguno de ellos. Y ahora, inspector, si ha acabado me tengo que marchar porque tengo una *matinée* esta tarde...

Se levantó atusándose las cortas faldas, como si ya estuviera en escena. El inspector se levantó también.

—Le agradezco mucho su colaboración. Si necesito algo más me daré el placer de acercarme al Grandene.

La expresión plácida de *miss* Villiers se ensombreció.

—¡Oh! No creo que sea buena idea que la policía pregunte allí por mí. En el teatro pensarían que soy carterista, o algo así. Pero si me envía una nota puedo acercarme al Yard... Aunque quizá lo que quiere es ver el espectáculo... En ese caso, puedo enviarle un par de invitaciones para que venga con su colega —dijo mirando a Harbord que no había abierto la boca hasta ese momento.

—Es muy amable. No tengo mucho tiempo de ir al teatro pero si es para verla usted, seguro que disfrutaré del espectáculo —dijo el inspector galante.

El inspector escoltó a la actriz hasta el coche que la esperaba fuera y, cuando regresó, se dejó caer sobre su silla secándose la frente.

—¡Uf, estas actrices me agotan! Bueno, creo que ya es hora de que Mr. Larpent y Mr. Richard Moreton comiencen a *cantar*...

—¿Cree que se acusarán mutuamente?... ¿Recuerda el caso Eastbourne? Nunca los habríamos atrapado si no se hubieran echado la culpa el uno al otro...

El inspector extendió un brazo buscando los cigarrillos.

—Estos dos hombres son de otra clase social, Alfred. Ya sabes, nobleza obliga...

## CAPÍTULO 22

—Mensaje por radio de Venables. El White Wings tiene prevista su llegada a Southampton mañana, a las ocho de la mañana.

Stoddart echó una ojeada a los horarios que sostenía en su mano.

—Eso significa viajar en el expreso de la noche y esperar allí. No podemos arriesgarnos a perder a Mr. Dicky. Pero aún nos quedan unas horas. Propongo que entrevistemos a Mr. Larpent mientras tanto, a ver qué puede o quiere decirnos.

El inspector y su ayudante acababan de salir de Scotland Yard y caminaban por el Embankment hacia Temple Station.

—Tiene un despacho en el Temple, ¿no es así?

—Eso creo. En todo caso tiene un juicio ahora, un accidente de automóvil. Larpent defiende al acusado. Le pescaremos en cuanto la sesión del juicio acabe, a las cuatro en punto.

—Tendremos que darnos prisa, entonces —dijo Harbord apretando el paso.

Doblaron Temple Station y subieron por Norfolk Street hasta el Strand, cruzando después la calle para llegar a los tribunales. Había mucha gente esperando en la puerta pues se estaba juzgando un caso de calumnias a un famoso aristócrata, pero consiguieron abrirse paso entre el gentío. Una vez en el interior, el inspector se dirigió hacia un largo pasillo de piedra que rodeaba las salas y se paró delante de un listado que colgaba de la pared.

—Sala número nueve. Es por allí. Vamos, Alfred.

La sesión había terminado ya. Un montón de gente salía de la sala, entre ellos un grupo de abogados entre los cuales Stoddart reconoció a Larpent. Vieron que los había reconocido por el curioso cambio de expresión en su cara.

—¿Puedo hablar con usted, Mr. Larpent?

—Claro —el joven miró a su alrededor y abrió al fin la puerta de una sala vacía—. Creo que aquí no nos molestarán.

Entraron, Larpent cerró la puerta y se volvió hacia Stoddart.

—Bien, inspector. ¿Qué le trae por aquí? Espero que no sea el caso de

Charmian Karlake. Ya le he contado todo lo que sé.

—Yo no lo creo así, señor —dijo el inspector en voz baja—. Por ejemplo, no nos ha dicho usted que reconoció a Charmian Karlake cuando la vio en Hepton. No nos ha contado qué hacía usted en la sala contigua al invernadero cuando ella entró ni de qué estuvieron hablando... Será mejor que confiese abiertamente, Mr. Larpent. Si reflexiona, verá que es lo único sensato que puede hacer. Y estoy seguro de que es lo que aconsejaría usted a cualquiera de sus clientes.

Larpent, nervioso, comenzó a pasear por la habitación.

—Suponga que le digo que está completamente equivocado, que no reconocí a *miss* Karlake y que no era yo el que estaba en esa habitación.

El inspector hizo tintinear las esposas que llevaba en el bolsillo.

—No me quedaría más remedio que arrestarle por cooperación necesaria en el asesinato de Charmian Karlake. Sabemos más de lo que cree, Mr. Larpent. Solo puede salvarse, y salvar a otros, contando la verdad... Por ejemplo, ¿cuándo se dio cuenta de que *miss* Karlake era Sylvia Gossett?

Mr. Larpent se mordió los labios.

—¿Cómo sabe que era Sylvia Gossett?

—Por la declaración de gente que la conoció. Su identidad está ya probada, Mr. Larpent. Es mejor que deje de ganar tiempo. Mi paciencia tiene un límite.

—Hay muy poco que pueda contarles —dijo John Larpent mirando de reojo al inspector—. Cuando se anunció la visita de Charmian Karlake yo no tenía ni idea de quién era. Y tampoco la reconocí en un principio, aunque su voz me resultó familiar. Cuando entró en el salón de baile, me quedé estupefacto al ver que se trataba de la joven actriz a la que yo había conocido como Sylvia Gossett.

—¿Habló o bailó con ella?

—No —Larpent miró al inspector directamente esta vez—. Ni bailé ni hablé con ella.

—Usted estaba en la sala contigua al invernadero. ¿Tampoco habló con ella cuando entró?

—No era yo el que estaba allí —respondió él en tono combativo—. Entré en el invernadero con mi pareja y la dejé allí mientras iba a por hielo. Pasé por esa sala, es cierto, pero *miss* Karlake no estaba allí en ese momento. Volví al salón de baile otra vez a través del invernadero.

—¿Había alguien en esa sala cuando usted la atravesó?

La vacilación momentánea de Larpent no pasó desapercibida para el inspector.

—No. No había nadie —contestó por fin.

El inspector le miró fijamente.

—¿Eso es todo lo que me puede decir, señor?

—Desde luego —respondió él con voz más firme—. Yo conocí muy poco a *miss* Gossett y con *miss* Karslake nunca hablé. Ni siquiera estaba seguro de que fueran la misma persona, aunque así me lo pareció.

—¿Podría informarme sobre el matrimonio de *miss* Gossett?

—No. ¿Acaso estaba casada?

El inspector guardó silencio durante unos minutos. Luego dijo:

—Así que esa es su última palabra... Hemos acabado, Mr. Larpent.

Mr. Larpent inclinó la cabeza levemente y salió de la habitación. En cuanto se hubo ido, Stoddart llamó a un hombre que parecía ocupado arreglando una ventana cercana.

—¿Has visto al abogado ese que acaba de salir de aquí?

—Sí, señor. Mr. Larpent. Lo conozco de vista.

—Mmm... Y él, ¿te conoce?

—¡Oh, no! No creo. A mí me envían aquí a menudo y me gusta fijarme en la gente.

—Bien, síguelo. Wordledge te reemplazará luego. Y quiero veros a los dos en el Yard cuando termine vuestro turno.

Harbord y Stoddart salieron de allí rápidamente. Una vez en el exterior, Stoddart miró hacia el Strand, abarrotado de gente.

—Creo que iremos caminando por el Embankment, descansaremos un rato e iremos a cenar antes de ir a la estación. ¿Qué opina de Larpent?

—Miente bien —contestó Harbord secamente.

El inspector asintió.

—¿Se casó con Sylvia Gossett?

Harbord hizo una mueca.

—No lo sé, señor. Siempre he pensado que había sido el otro, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Los dos están implicados, eso está claro —dijo Stoddart contemplando la brillante superficie del Támesis—. Pero es evidente que el motivo es mucho más evidente en el caso de Dicky Moreton, que ya está

casado. Larpent puede ser solo su cómplice... ¿Hablará Moreton?

—¿Pero cree que habría atacado a su mujer? ¿Y si ambos fueran inocentes, señor? Los dos Moreton se parecen mucho. Y Larpent parece más amigo de *sir* Arthur...

—No hemos encontrado ninguna conexión entre *sir* Arthur y Charmian Karlake —respondió el inspector pensativo—. En el momento de la boda se encontraba con su regimiento en Carlisle. Y cuando se produjo el asesinato parece que estaba en el salón de fumar acompañado de algunos invitados.

—Eso parece restringir los sospechosos a los otros dos. Tenemos además la inscripción del matrimonio y la declaración de Mrs. Sparrow. No creo que *sir* Arthur esté implicado, pero no podemos descartar a nadie. Aún no. Esos matrimonios de guerra... igual pidió permiso esos días para casarse. Y la coartada del salón de fumar a lo mejor no se sostiene... Lo investigaremos más a fondo después de hablar con Mr. Richard.

—¿Va a arrestar a Mr. Richard?

—No sé si cuando llegue el yate o después. No quiero publicidad. Aunque, por otro lado, se están poniendo nerviosos aquí en el Yard...

Los dos policías llegaron temprano a Southampton y se dispusieron a esperar al *White Wings* que llegó puntual. La espera, no obstante, se le hizo muy larga a Harbord hasta que todos los asuntos preliminares fueron resueltos y recibieron la autorización de subir a bordo. Antes de poner el pie en la pasarela oyeron una voz familiar:

—¡Vaya, pero si es el mismísimo detective Stoddart! Es solo verle y sentirme en casa, inspector.

—Me alegro de que sea así, Mr. Moreton, porque creo que nos vamos a ver bastante de ahora en adelante.

—¿Eso cree?

La voz y los modales de Dicky eran los mismos, pero al inspector le pareció más delgado y consumido a pesar del bronceado adquirido en el *White Wings*. Era, además, la primera vez que el inspector le veía sin su monóculo.

—Muy amable por su parte haber venido a recibirnos —continuó diciendo Dicky en tono irónico—. Eso de que vengan a buscarme me hace sentir apreciado.

—Creo que va a buscarle mucha gente en un futuro próximo —dijo el

inspector que no estaba de humor para bromas.

—Ya sé a quién se refiere. El verdugo y otro tipo de personas igual de simpáticas. Pero aún no estamos ahí, inspector.

—Espero que no lo estemos nunca, por su bien —replicó el inspector mordiéndose el labio—. Bien, Mr. Moreton, estamos perdiendo el tiempo. Le tengo que pedir que venga conmigo. Traigo una orden judicial de arresto por el asesinato de su esposa, Sylvia Penn-Moreton, antes Gossett, también llamada Charmian Karlake, en Hepton Abbey el pasado 24 de abril. Y es mi deber avisarle de que todo lo que diga será anotado y puede ser utilizado en su contra.

—¡No ha cambiado nada! —exclamó Dicky—. El mismo defensor de siempre de la ley y el orden. Espero que tenga suficiente tinta en su pluma, inspector, porque mi declaración puede ser muy larga. Y mi suegro creo que también tiene mucho que decir.

—El automóvil le está esperando —dijo el inspector haciendo una señal para que se metiera dentro.

A cierta distancia, había dos o tres hombres inmóviles que se acercaron en ese momento rodeando al grupo. Dicky les miró con una sonrisa.

—Ya veo que se ha traído a su banda, inspector. En el yate, sus policías han estado muy atentos y serviciales en todo momento. Mi suegro no ha parado de maldecirlos durante todo el viaje.

El inspector se sentó a un lado del prisionero, Harbord en el otro y un tercer hombre en el asiento delantero.

—Me alegro de que no me ponga esas cosas horribles de metal en la muñeca.

—Mr. Moreton... ¿nunca se le ha ocurrido que habla demasiado? —preguntó el inspector con severidad.

—Pues la verdad es que no —contestó el otro sin inmutarse ajustándose el monóculo—. Es un poco embarazoso estar sentados juntos en esta vieja bañera sin pronunciar palabra, ¿no cree? Y por cierto... en breve será usted el que tenga que dar todos los discursos, explicaciones y disculpas que se le ocurran. Mi suegro está amenazando con todos los males del infierno... Pero no se preocupe que a mí me tiene de su parte. Creo que es usted un tipo decente.

El inspector no respondió al sarcasmo y Dicky guardó silencio. Pero no por mucho tiempo, pues eso era una imposibilidad física para él, así que hizo

algunos amagos de conversación, tanto con el inspector como con Harbord, que fueron pronto truncados.

Llegaron a la estación y tomaron el primer tren a Medchester, donde dejaron encerrado a Dicky en el calabozo de la comisaría local. Antes de irse, el inspector hizo un último intento de hablar con él seriamente:

—Ya tiene abogado. Será mejor que le llame de inmediato y se ponga en sus manos. Será acusado mañana por la mañana del asesinato de Charmian Karlake y mi consejo es que no diga nada y reserve su defensa para el juicio. Y que le cuente a su abogado toda la verdad, claro está. Adiós, Mr. Richard.

—Es usted un buen tipo, inspector. Estoy seguro de que sus intenciones son buenas —contestó Dicky agradecido—. Tiene que venir a visitarme antes de que me suelten. Dese prisa porque será pronto. Y ahora creo que enviaré un telegrama a Larpent. Adiós.

Y Dicky desapareció para disfrutar de una corta estancia entre barrotes.

—¡Cielo santo! ¡El alboroto que se va a armar cuando esto salga en los periódicos! —comentó Stoddart a Harbord mientras se dirigían a un restaurante cercano.

—Silas P. Juggs va a dar guerra. Dicky está seguro de que su suegro le va a apoyar.

—¿Y lo seguirá haciendo cuando se entere de toda la historia? ¿Cuando se dé cuenta del tipo de marido que ha cazado su querida hija? O mejor dicho, que no ha cazado. El matrimonio con Sylvia Gossett invalida el posterior, claro está.

—Sí, ya me había dado cuenta de eso —asintió Harbord—. Menos mal que es norteamericana... Un matrimonio más o menos no supone mucha diferencia para ellos...

## CAPÍTULO 23

La vieja ciudad de Medchester bullía de actividad. Meadshire estaba justamente orgulloso de Hepton Abbey, quizá uno de los lugares más interesantes de las Midlands, y en todo Meadshire no había familia más antigua o respetada que los Penn-Moreton. La familia Penn-Moreton había vivido siempre con la cabeza muy alta, pero ahora uno de sus miembros estaba encerrado en un calabozo, acusado del asesinato de una gran actriz que había resultado ser simplemente una joven salida del arroyo o, mejor dicho, del canal de Hepton. Que fuera o hubiera sido la esposa legal de Dicky, la sociedad de Medchester se negaba a creerlo. Ningún Penn-Moreton se había casado nunca por debajo de su posición. Siempre se habían elevado, bien socialmente, bien financieramente, a través del matrimonio.

Dicky se presentaba ese día delante del tribunal. Había acudido respaldado por su hermano, su suegro y un amplio grupo de amigos, ya que Dicky era apreciado por todos. Se había negado a declarar y había reservado su defensa para el juicio por recomendación de su abogado. Este, Mr. Medlicott, no intentó ocultar que las pruebas contra Dicky eran muy sólidas, pero eso el público no lo sabía. Aunque la policía había solicitado un aplazamiento para poder seguir investigando el caso, hoy se esperaban grandes acontecimientos y por todas partes se propagaban los rumores más disparatados.

Dicky apareció en el estrado más pálido y delgado que en el momento de su arresto. *Sir* Arthur, con aspecto abrumado, se sentó detrás de él acompañado de un nervioso John Larpent, de Mr. Juggs, tan formidable como siempre, y del resto de los amigos de los Penn-Moreton. Sylvan Wilmot, el gran abogado criminal, había sido contratado por Mr. Medlicott para el juicio.

Los magistrados entraron y tomaron asiento. El presidente era un caballero de pelo canoso y expresión grave que conocía a Dicky desde la infancia y miraba a su alrededor con aire consternado. Antes de abrir la sesión, echó un vistazo a varios documentos que tenía delante y sacó una hoja de papel azul de aspecto corriente y un sobre del mismo color. Luego miró a

Stoddart y dijo en voz alta:

—Creo que es mi deber dejarle ver este documento, inspector. Hasta ahora solo se lo he mostrado a mis colegas magistrados. No voy a hacer público su contenido, pero creo que usted debe verlo a pesar de que, estará de acuerdo conmigo, infringe la ley.

Entregó el documento a un ujier que se lo acercó al inspector. Stoddart, un poco desconcertado por el discurso del presidente, leyó el documento con creciente sorpresa. El papel, fino y de calidad más bien baja, había sido arrancado de un cuaderno. En él estaba escrito lo siguiente:

*“Dicky Penn-Moreton no mató a Charmian Karlake. De parte de alguien que sí lo hizo”.*

Stoddart lo releyó de nuevo y levantó los ojos con asombro.

—¿Cuándo ha llegado esto, *sir* John?

—En el segundo envío de la mañana —contestó el presidente de la sala con brusquedad—. De otra manera, se lo habría enseñado antes.

Stoddart dio la vuelta al sobre y vio que el matasellos era de Medchester. Miró a Larpent que estaba sentado con los brazos cruzados y una expresión tan inescrutable como de costumbre.

Stoddart preguntó de nuevo al presidente:

—¿Puedo quedarme con esto, *sir* John?

—Por supuesto. Espero que pueda localizar al autor.

—Eso espero —contestó el inspector—. Haremos todo lo posible.

En la sala comenzó a extenderse el rumor de que el papel azul era la confesión del asesino. La gente estiraba el cuello en un intento inútil de interpretar el contenido del sobre en la expresión de Stoddart. Incluso Dicky le dirigió una mirada llena de curiosidad y Mr. Juggs se le acercó como si quisiera arrancarle el papel de las manos. El murmullo de la sala por fin disminuyó y la sesión pudo continuar.

Un par de trabajadores de la iglesia de St. Mary confirmaron la validez del certificado de matrimonio entre Sylvia Gossett y Peter Hailsham. Mrs. Sparrow subió al estrado llorosa y angustiada y, después de unos momentos de indecisión, identificó al prisionero como el hombre que ella había conocido

como Peter Hailsham y a Larpent como su padrino de boda. Le mostraron fotografías de Charmian Karlake y la identificó como la mujer que ella había conocido como Sylvia Gossett, Mrs. Hailsham de casada.

El doctor Brett fue el siguiente testigo. Confirmó que había visto el cuerpo de Charmian Karlake y declaró que, hasta donde él podía asegurar, era el de una niña llamada Sylvia Gossett. Los magistrados le hicieron pasar un mal rato al preguntarle con severidad por qué no lo había revelado antes.

John Larpent declaró con voz alta y clara. Conoció a Sylvia Gossett en Londres y había estado presente en su boda con el prisionero, casado bajo el nombre de Peter Hailsham. Él no sabía que ella procedía de Hepton y al principio no la reconoció. No había hablado ni bailado con ella ese día y tampoco la había tratado mucho en el pasado. Mirando en retrospectiva, pensaba que había hecho mal en no confesar a la novia el verdadero nombre del hombre con el que se casaba, pero no tenía duda alguna de que el matrimonio había sido perfectamente válido. Presionado por el tribunal, reconoció que Peter Hailsham era un nombre que habían utilizado ambos, tanto Dicky como él. Mr. Larpent, durante algún tiempo, había escrito artículos en prensa utilizando ese seudónimo. No sabía en qué ocasiones había sido utilizado por Richard Penn-Moreton, además de en su boda claro, pero sabía que lo había hecho.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el presidente.

El testigo contestó que el propio prisionero se lo había dicho.

El presidente solicitó entonces que entregaran al testigo el papel que estaba en manos del inspector Stoddart. Larpent contempló el papel con asombro evidente y declaró que no tenía ni idea de quién podía ser el remitente. Cuando bajó del estrado, el inspector Stoddart solicitó que se prorrogara la prisión preventiva del acusado, el tribunal concedió un aplazamiento de quince días para terminar las investigaciones policiales y levantó la sesión por ese día.

Dicky regresó a su celda y fue autorizado a recibir visitas de sus familiares. Los magistrados entonces se retiraron y el público abandonó la sala discutiendo acaloradamente sobre la culpabilidad o inocencia de Dicky y preguntándose qué contendría el misterioso sobre azul.

Stoddart salió del edificio de los tribunales con el dichoso sobre a salvo en su bolsillo.

—Nuestra primera misión es localizar al autor de este anónimo —

observó Stoddart dando golpecitos en el bolsillo de su pechera.

Estas palabras iban dirigidas a Harbord y al superintendente local de la policía que les acompañaba.

—No es más que una maniobra de distracción —dijo el superintendente.

—Yo no estoy tan seguro de eso —objetó Stoddart—. Puede ser un intento desesperado de librar a Penn-Moreton de la horca... o puede ser que no sea él el culpable y el verdadero asesino no quiera que un inocente pague por su crimen... aunque sé que esto suena raro.

El superintendente enarcó las cejas.

—Una buena obra que no encaja con mi concepto del asesino de Hepton Abbey.

—No —replicó Stoddart mirando al gentío que se movía rápidamente a su alrededor intentando no perder su tren o su tranvía—, pero suponga... suponga por un minuto que Penn-Moreton es inocente, que el culpable es alguien que le aprecia mucho y que haría cualquier cosa por absolverlo, cualquier cosa menos inculparse él.

El superintendente se lo quedó mirando.

—¿Larpent?

—No voy a decir nombres —dijo el inspector—. El tiempo nos dirá quién es.

—Usted ha arrestado a Richard Penn-Moreton —apuntó el superintendente, la mirada aún fija en él.

El inspector se encogió de hombros.

—Órdenes de la central, no tenía alternativa. Las pruebas contra él son sólidas como una roca. Mirándolo de forma imparcial no hay manera alguna de demostrar su inocencia... Pero a veces me asaltan las dudas... El punto débil de la argumentación del fiscal es, por supuesto, el ataque a Mrs. Richard. Suponiendo que Charmian Karlake fuera asesinada para que ella no se enterara y su segundo matrimonio no fuera invalidado... ¿por qué iba a intentar matarla? Porque recuerde que se salvó por los pelos.

—Los hombres a veces están dispuestos a sacrificar cualquier cosa para salvar el pellejo —remarcó el superintendente—. En todo caso, le apoyan tanto su suegro como su segunda esposa y eso es un punto a su favor.

Stoddart mostró el sobre al superintendente.

—Matasellos de Medchester, como ve.

—No es tan concluyente como parece —observó el superintendente—.

Muchos pueblos de los alrededores no tienen su propio sello de correos y usan el sello de Medchester, pero bueno... lo más probable es que haya sido enviado desde Medchester. En una ciudad grande es más fácil pasar desapercibido.

—Exactamente —el inspector giraba el sobre entre sus dedos—. No hay nada más, ninguna otra pista. Las letras están escritas en mayúsculas, en el mismo tipo de grafía que la nota que había dentro. Y no se ha intentado disimular la letra, debería de ser fácil compararla con otras notas manuscritas del autor.

—Lo difícil es conseguir una muestra.

—Difícil, pero no imposible —dijo el inspector pensativo mientras se dirigían hacia la oficina de correos.

En el despacho del jefe de correos, el inspector le explicó lo que buscaban y le mostró el sobre tapando las letras con cuidado.

—No puedo confirmarle que haya sido sellado en esta oficina —dijo por fin el jefe de correos—. La única información que puedo darle es sobre el papel. Ha sido arrancado de una libreta de notas de una variedad muy económica. Puede comprar uno igual en la tienda que hay cerca de la estación. El nombre es Weaver's.

—Muchas gracias. Iremos allí de inmediato. Vamos, Harbord.

No tuvieron ninguna dificultad en encontrar la papelería. Weaver's era una de esas tiendas de toda la vida que permanecen inmutables a través del tiempo. En la parte de fuera estaban colgados unos cuantos pósters de periódicos y en el umbral de la puerta se veían varias estanterías con periódicos y novelas.

La tienda tenía un mostrador a cada lado. El de la derecha mostraba un amplio surtido de lápices, plumas, cuadernos, papel y sobres. A la izquierda se vendían cigarrillos, cajas de puros y tabaco, además de utensilios varios para fumadores: boquillas, pipas, mecheros...

Un hombre calvo y entrado en años se movía en la trastienda. Salió al oír entrar a los dos hombres y los miró con aire interrogativo. El inspector le tendió su tarjeta.

—¿Es usted Mr. Weaver?

Mr. Weaver leyó la tarjeta, se quitó las gafas, las limpió, se las volvió a poner y miró la tarjeta de nuevo.

—“Inspector Stoddart, del C.I.D.” —leyó—. Caballeros, no entiendo

bien...

—Solo necesitamos algo de información, Mr. Weaver.

Sacó el sobre y la nota y se la pasó al quiosquero.

—¿Podría decirme si este sobre fue adquirido en esta tienda?

Mr. Weaver echó una mirada superficial al sobre y se le iluminó la cara.

—Estos sobres y el bloc de papel a juego son una línea especial de nuestra tienda, inspector. Yo diría que sí, que los vendimos nosotros. En Medchester somos los únicos distribuidores de la firma que los fabrica. No encontrará sobres más baratos en ninguna parte, inspector, déjeme mostrarle...

Sacó una gran caja de debajo del mostrador y le tendió un paquete.

—Son iguales, ¿ve? Dos peniques por paquete y los blocs de notas a juego a solo tres peniques. No encontrará mejor calidad-precio en ningún lado, aunque está mal que yo lo diga.

—Me llevaré un par de paquetes de sobres y un par de blocs. Me vendrán muy bien para tomar notas —dijo el inspector depositando un chelín sobre el mostrador.

Arrancó una de las hojas del bloc y se fue hacia la puerta. A la luz del sol la comparó con la nota manuscrita y se giró hacia Harbord mostrándole ambas.

—No parece que haya dudas, ¿no crees?

—Ninguna. Son iguales.

—Mmmm... yo no diría tanto... pero es verdad que la probabilidad... — y alzando la voz hacia el quiosquero—: Mr. Weaver, ¿podría decirme si vendió algún bloc de notas ayer o alguno de estos días pasados?

—Ayer vendí bastantes. El lunes es día de mercado y hay mucho movimiento. El resto de los días son más bien tranquilos.

—¿Conocía a alguno de sus clientes o podría al menos describírmelos?

Mr. Weaver negó con la cabeza.

—No creo. Vinieron varios niños. Los conozco de vista pero no sabría decirle cómo se llaman o dónde viven. Y entró también un caballero que no había visto nunca. Era un hombre alto y moreno y me pagó con un billete de una libra. No es un billete que veamos aquí muy a menudo...

—¿Me podría dar la numeración del billete?

—Creo que sí. Siempre la apunto por si hay luego algún problema — abrió el libro—. Sí, aquí está: 04792.

El inspector copió el número en su libreta.

—Bueno, veremos a ver si esto nos sirve de algo. Si se acuerda de algo

más, por favor, llámenos, Mr. Weaver.

Se disponían a salir cuando el inspector se paró y se volvió hacia él de nuevo.

—No sé si podría decirnos algo sobre este otro sobre, Mr. Weaver — dijo mostrándole otro, más pequeño y muy perfumado con pachuli.

—No, inspector —dijo el quiosquero—. Yo no vendo ese tipo de productos. Mmm... este olor es extranjero pero se ve que la carta ha sido matasellada en Londres.

## CAPÍTULO 24

Fuera de la tienda, Harbord miró a su superior.

—No se puede decir que estemos avanzando mucho, inspector.

—Bueno, no sé. El billete de una libra era uno de los que recibí Charmian Karlake del banco antes de salir de Londres... Y yo también he recibido una comunicación anónima, es ese sobre que mostré a Weaver...

—¡Ah! ¿El que olía a pachuli? Me estaba preguntando de dónde lo había sacado —dijo Harbord muy interesado.

El inspector apretó el paso.

—Vamos al Games' Ground, como lo llaman. Es por aquí.

Tanto las pistas de tenis como la bolera de hierba y campos de *cricket* del Games' Ground estaban absolutamente desiertos a esa hora. El inspector se sentó en un banco.

—Aquí no hay peligro de que nos oigan —dijo echando un vistazo a su alrededor y pasando el sobre perfumado a Harbord—. Me lo han dado durante el juicio esta mañana. ¿Te suena haber visto alguna vez esta letra?

Harbord giró el sobre entre sus dedos.

—Sí. Creo que la he visto en algún lado. Es como si el que la ha escrito hubiera intentado camuflar su letra. No se parece en nada a la del anónimo que recibió el presidente del tribunal... ¡y qué peste a pachuli! —exclamó arrugando la nariz.

Sacó y desplegó el papel del interior del sobre. En la misma letra angulosa estaba escrito el siguiente mensaje:

*“Richard Penn-Moreton no mató a Charmian Karlake. Estúpidos policías. ¡No ven más allá de sus narices!”.*

Eso era todo. No había firma ni ninguna pista que pudiera identificar al remitente.

Harbord la estudió durante un minuto y luego alzó la vista.

—Yo diría que esto lo ha escrito la doncella francesa.

—Estoy de acuerdo —convino Stoddart—. ¿Te acuerdas de su letra?

—Pues la verdad es que no —contestó Harbord sujetando el papel en

alto y observándolo al trasluz—. Pero el estilo me recuerda a Celeste. Ahora trabaja en casa de una amiga de *lady* Penn-Moreton, creo.

Stoddart asintió.

—*Lady* Somerfield, de Trehwelly Castle. Esa fue la dirección que nos dio, pero ya no está allí. Llamé desde el tribunal y me informaron de que se marchó precipitadamente hace un par de días por enfermedad de un familiar. Se suponía que la estaba vigilando la policía local, pero no lo ha debido de hacer muy bien cuando se ha marchado sin dejar rastro. Lo único que ha conseguido averiguar la policía de Trehwelly es que compró un billete de primera clase para Paddington. Evidentemente, avisé a la central y ya está todo preparado en el distrito de Paddington para detenerla. Hoy en día es imposible para un extranjero esconderse durante mucho tiempo en Londres.

—Sí —convino Harbord con el ceño fruncido—. No creo que *mademoiselle* Celeste tenga suficiente dinero como para mantenerse en Londres durante mucho tiempo. Y si intenta conseguir un trabajo la atraparemos de inmediato.

—Parece que en Hepton estaba sin blanca —dijo el inspector—, y esa fue la razón por la que buscó otro trabajo con urgencia en vez de tomarse unas vacaciones. Pero me dicen desde Trehwelly que allí ha estado gastando el dinero a manos llenas.

Harbord enarcó las cejas.

—¡Chantaje!

—Veremos... —el inspector miró fijamente al frente—. Celeste pudo quedarse con algún artículo valioso de Charmian Karlake antes de que nosotros llegáramos a la escena. Solo sabemos lo que había allí por lo que ella declaró. Y no apostaría ni un céntimo por la eficiencia de la policía local, ni en Hepton ni en Trehwelly. Bower tiene algunos momentos brillantes pero en cuanto al resto...

—Yo tampoco... pero es extraño que no reconociera al hombre que vio dirigiéndose hacia la habitación de *miss* Karlake.

—Es normal que en ese momento no lo reconociera pues acababa de llegar a Hepton y no conocía a nadie. Lo que sí es extraño es que no lo pudiera identificar después.

—Mejor diga “quisiera” en vez de “podiera” —observó Harbord.

—Exacto —aprobó el inspector—. Quizá se dio cuenta de que podía sacar un beneficio económico a esa información.

—Parece evidente. Lo que me pregunto a veces es... ¿será verdad que vio a un hombre?

El inspector miró a Harbord con curiosidad.

—¿Te refieres al hecho de que Celeste pueda sufrir alucinaciones o a que se inventó que había un hombre en el pasillo?

—A ninguna de las dos cosas. Me refiero a que pudo ser Celeste quien mató a su señora.

—¿Y el motivo?

—Robo. Como acaba de decir, solo tenemos su declaración sobre el inventario de la habitación de Charmian Karlake. Quizá había un montón de joyas valiosas de las que nunca hemos oído hablar.

—Es posible... —dijo el inspector sacando el inevitable cuaderno— pero contra esa teoría tuya tenemos tres hechos indiscutibles. El primero es que el asesino tuvo que cargar con el cuerpo de la actriz para depositarla en la cama después de matarla. Charmian Karlake era una mujer alta y de constitución atlética, mientras que Celeste no. No sé cómo podría haber levantado el cuerpo ella sola.

—Mucha gente hace cosas imposibles en momentos críticos —arguyó Harbord.

—Tal vez, pero... ¿qué necesidad tenía de mover el cadáver a la cama?

—¿Y por qué lo hizo el asesino? Cada momento que pasaba en la habitación era un peligro añadido. A mi juicio, este caso está repleto de improbabilidades que son prácticamente imposibilidades.

—¿Y la huella?

—Reconozco que es un problema, pero cualquiera puede conseguir un par de zapatos. No había nada extraordinario en ellos, excepto la talla.

El inspector sonrió.

—No estás defendiendo muy bien tu teoría, Alfred. Si se hizo con otro par de zapatos de una talla mucho más grande que la suya significaría que el asesinato es premeditado, pero lo que nos muestra la evidencia es que Charmian Karlake murió accidentalmente con su propio revólver después de una pelea. Si el asesino hubiera confesado en el momento, probablemente habría conseguido un veredicto de homicidio involuntario. Ahora creo que será juzgado por asesinato.

—Cualquier cosa que el dinero pueda hacer para exonerar a Richard Penn-Moreton se hará, de eso podemos estar seguros.

—Desde luego —dijo el inspector levantándose—. Bueno, voy a ir a hacer una llamada al Yard a ver si se sabe algo ya de *mademoiselle* Celeste. Si no es así, creo que voy a tener que enviarte a Hepton mientras yo me voy a Londres. No podemos permitirnos el lujo de no encontrar a Celeste.

Stoddart consiguió poner su conferencia y, a continuación, tuvo lugar el habitual suspense de las llamadas pues Harbord, incapaz de oír lo que se decía al otro lado, solo conseguía enterarse de algunas frases aisladas del inspector. Por fin, Stoddart dijo en tono satisfecho:

—De acuerdo. Tomaré el primer tren expreso.

Y colgó el auricular. Harbord lo miró con curiosidad.

—¿Tengo que ir a Hepton?

El inspector vaciló un instante.

—Sí, creo que sí. Habrá mucho trabajo y uno de nosotros debería estar allí. Tienen a Celeste, está custodiada. Estaba en un pequeño hotel de Paddington, esperando para volver a Francia a la primera oportunidad. Pero había dejado el distrito de Trehwelly sin informar a la policía así que, en cuanto recibieron mi telegrama, se pusieron a preguntar por todas partes en Paddington. El encargado del hotel sospechó de ella y se puso en contacto con la comisaría. Interrogaron a Celeste y descubrieron que era la francesa que buscábamos. Yo voy a acercarme de inmediato para ver qué explicación da la dama a esta carta y por qué piensa que Penn-Moreton es inocente.

## CAPÍTULO 25

—¡Es usted un animal! ¡Le odio!

El inspector Stoddart sonrió con la mirada fija en los ojos enfadados de la pequeña francesa.

—Ha descubierto que podemos ver más allá de nuestras narices, *mademoiselle*.

Celeste se calmó de pronto.

—No sé de lo que me habla —dijo de mal humor.

El inspector sonrió de nuevo.

—Vamos, vamos, *mademoiselle*... ¿por qué tiene que enfadarse por algo tan tonto? Fue usted muy amable al escribirme la nota y yo he venido a agradecersele en persona, eso es todo.

—¡Eso es todo! ¡Yo! ¡*Escgibig* a un policía! ¡Bah! ¡Acúseme *otga* vez... a *veg* si se *atgeve*! —exclamó atragantándose con sus propias palabras.

El inspector intentó tranquilizarla con un gesto de la mano.

—Se está alterando por nada. Sea sensata. Solo vamos a conversar un rato.

Celeste dio una patada en el suelo.

—Le estoy diciendo que no tengo nada que *hablag* con usted. No *quiego*, cómo *deciglo*, ¡no *quiego veg* su *caga* odiosa nunca más!

—En fin... perro ladrador, poco mordedor —observó el inspector filosóficamente.

Los dos estaban sentados frente a frente en una pequeña salita de un hotel privado de Paddington. El director del hotel había dejado la sala a disposición del inspector y Celeste había sido inducida a entrar allí con una estratagema que la había hecho enfurecer.

—Sea sensata, *mademoiselle* —continuó el inspector—. Le aseguro que sabemos más de lo que usted cree y nos podemos arreglar sin su declaración, pero será peor para usted si no dice la verdad.

—¡*Peog*! ¡Nada puede *seg peog*! —exclamó Celeste trastornada—. ¡No se *atgeva* a *tocagme*! Soy *fgancesa*, no soy una de sus estúpidas inglesas. Voy a *volveg* a mi país *magavilloso*, voy a...

—Me temo que no va a ir a ninguna parte de momento —la interrumpió

el inspector—. ¡Ah!, *mademoiselle*, si nos hubiera dicho la verdad el primer día... cuántos disgustos se habría ahorrado y nos habría ahorrado a nosotros también. Sin embargo, hizo bien en escribirme para decirme que Richard Penn-Moreton era inocente.

—Si *fuega* más inteligente se *habgía* dado cuenta usted solito. ¡Bah! Mr. *Guichagd* no *mataguía* a una mosca. Es un *hombge* bueno y amable...

—Sí. No creo que sea capaz de hacer daño a nadie —reconoció el inspector— y probablemente no se encontraría ahora donde está si usted nos hubiera dicho desde el principio que él no era el hombre que vio cerca de la puerta de *miss* Karlake la noche del asesinato.

Celeste tomó aire y respondió altanera:

—Ya le dije que *ega* un *extgaño*. No podía *habeg* sido Mr. *Guichagd*.

—Recuerde que dijo que no conocía a nadie en la abadía.

—Él no *ega* un *extgaño*. Yo estuve contemplando el baile *dugante* toda la *tagde* y vi a Mr. *Guichagd* bastante bien. La fiesta *ega* en su homenaje y en el de su esposa. Ella es *americaine*, muy elegante y guapa. Me gusta también.

—Parece muy segura de que no era Mr. Richard Penn-Moreton el que estaba en el pasillo esa noche, ¿por qué está tan segura? No se encontraba usted muy cerca, recuerde.

Celeste asintió.

—Sí, *pego* estoy *seguga* de que no *ega* él.

—Si pudo reconocer que no era él, también pudo reconocer quién era...

—Le digo que no pude, policía estúpido. ¿Cuántas veces tengo que *decígselo*?

—Bien, entonces no se lo voy a preguntar más —dijo el inspector muy lentamente sin dejar de mirar a la francesa—. Voy a hacer otra cosa, le voy a decir yo el nombre y si era él...

—*Pego* no puede *sabeglo* usted tampoco —gritó Celeste tapándose los oídos—. No voy a *escuchagle*. No sabe nada y solo me está mintiendo.

—¡Ah, no! Claro que no —contestó el inspector perdiendo la paciencia.

Se acercó a ella y, deliberadamente, bajó despacio la cabeza hasta que su cabeza estuvo al nivel de la oreja de la francesa. Entonces susurró una palabra.

—¡Ah! —gritó Celeste escapándose de su lado—. ¡Es usted un demonio!  
¡Un demonio!

El inspector salió del tren en Medchester acompañado de dos hombres vestidos de paisano. Harbord le esperaba en la plataforma con aire preocupado. El inspector avanzó sin detenerse, mientras Harbord aceleraba para mantenerse a su lado.

—¿Han seguido mis instrucciones, Alfred?

—Completamente. Cada salida, o mejor debería decir que cada agujero, del muro que rodea la abadía está vigilado.

—*Sir* Arthur está en casa, supongo.

—Con *lady* Moreton —observó Harbord mirando al inspector de reojo y añadió—: Y Mr. Larpent y Mr. Juggs también... Y mañana llega Mrs. Richard.

—Me alegro de que no esté hoy allí —murmuró el inspector y haciendo una seña a los hombres que le acompañaban para que se acercaran—. Nos está esperando el coche.

Hepton Abbey tenía el mismo aspecto que de costumbre, salvo que alguien muy observador se habría dado cuenta de que había un número inusual de hombres merodeando por los alrededores de los muros. El inspector hizo parar al coche en las puertas de entrada y se bajó. Caminó unos cien metros alrededor y dirigió unas palabras a uno de los hombres que había allí:

—Ya sabe, en cuanto toque el silbato... —terminó diciendo.

Luego se volvió hacia Harbord y los otros dos hombres y todos se dirigieron en silencio hacia la abadía.

Un criado abrió la puerta casi de inmediato y, como en ocasiones previas, Brook estaba detrás pero se adelantó enseguida a hablar con ellos.

—*Sir* Arthur les está esperando en la biblioteca, inspector. Por favor, acompañenme.

—¿Y *lady* Penn-Moreton?

Brook pareció sorprendido ante la pregunta.

—*Milady* no está en casa, inspector.

—Me alegro —fue la sorprendente respuesta de Stoddart.

En ese momento, *sir* Arthur apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca. Desde el arresto de su hermano parecía haber envejecido varios años. El pelo parecía más canoso, tenía los hombros caídos y su cara estaba congelada en una expresión de tristeza y ansiedad. Miró a los detectives con aire confuso.

—He hecho lo que me pedía, inspector, pero la verdad no comprendo...

—Ya lo sé, *sir* Arthur, pero desafortunadamente no se me ocurrió otra manera de hacer lo que hay que hacer.

A un signo imperceptible del inspector, los dos hombres de paisano se acercaron a él y Harbord se desplazó al otro extremo de la habitación. *Sir* Arthur los miraba con desconcierto e incredulidad. Brook parecía querer fundirse con el papel de pared de la habitación.

—Verá, *sir* Arthur... —comenzó Stoddart y, de pronto, como un rayo, se giró hacia el mayordomo bloqueándole la salida con un brazo.

—William Brook, te arresto...

Con un rugido, como el de una bestia enjaulada, Brook saltó hacia adelante pero fue demasiado tarde. La mano derecha del inspector sujetaba un pistola con firmeza.

—¡Manos arriba, Brook, o disparo!

Los otros hombres rodearon al grupo. Se produjo un forcejeo corto e infructuoso tras el cual consiguieron ponerle las esposas y solo entonces el inspector bajó la pistola.

—William Brook, quedas arrestado por el asesinato de Charmian Karlake, también llamada Penn-Moreton, también Gossett, producido el día diecisiete de abril en esta casa. Y es mi deber informarte de que cualquier declaración tuya será anotada y puede ser usada en tu contra.

Brook no tenía grandes deseos de decir nada aunque sí murmuró unas cuantas maldiciones. Stoddart miró a su alrededor.

—La biblioteca, *sir* Arthur.

*Sir* Arthur, que parecía demasiado abrumado como para contestar, se limitó a abrir la puerta de la biblioteca.

—Metedlo dentro —ordenó Stoddart.

Brook fue introducido en la biblioteca a pesar de sus intentos desesperados por librarse de los hombres.

—El automóvil —dijo Stoddart mirando a Harbord—. Tenemos que llegar a Medchester lo antes posible.

Horrorizado, *sir* Arthur miró al inspector.

—Esto es terrible. ¡Brook! No puede ser verdad, no puedo...

Se interrumpió de repente. El hombre que estaba a su lado y que no paraba de lanzar juramentos, con las manos y la cara manchada de sangre, la levita rota y desgredado era alguien muy diferente al mayordomo tranquilo, respetuoso e impecablemente vestido al que estaba acostumbrado. Le fallaron

las palabras.

—No pue... no puede ser verdad —tartamudeó.

—Eso se verá en el juicio —dijo el inspector—. Con su permiso, *sir* Arthur, tanto las despensas como la habitación de Brook tendrán que ser registradas a fondo. Si necesita algo se lo haremos llegar pero, de momento, todas sus posesiones quedan en manos de la policía. Solo hay un asunto... —dijo y acercándose al mayordomo le echó la mano al cuello.

Con una maldición, Brook levantó sus manos maniatadas y habría atacado al inspector si no fuera porque sus guardianes fueron más rápidos que él y lo inmovilizaron. Stoddart, impasible, tiró de la cadena que colgaba del cuello del mayordomo. En el extremo, deslumbrante, se balanceaba la hermosa bola de zafiro de Charmian Karslake.

## CAPÍTULO 26

Era ya la tercera comparecencia de Dicky ante los magistrados. La multitud que se agolpaba en la sala del Tribunal Superior de Justicia era mayor que nunca. Todo tipo de rumores corrían de boca en boca, pero lo único que se sabía con certeza era que el mayordomo de Hepton Abbey había sido arrestado y que los Penn-Moreton, así como Mr. Juggs y su hija, se encontraban en Medchester.

Dicky entró de buen humor en la sala. Tan cerca de él como le era posible se encontraba su esposa, demacrada y frágil, pero aún con fuerzas para dirigir a su marido una luminosa sonrisa cuando este se volvió hacia ella. Al lado de Mrs. Richard se sentaba el resto de la familia además de John Larpent.

El inspector Stoddart subió al estrado. Mostró el anónimo que había recibido y desveló cómo había descubierto que Celeste Dubois, la doncella francesa de Charmian Karslake, era la autora. Celeste había confesado ya que era William Brook, el mayordomo, la persona que había visto merodeando cerca de la habitación de *miss* Karslake. Y que, mientras ella esperaba fuera, aún asombrada de que el mayordomo estuviera allí, había oído un ruido seco que debía de corresponder al disparo. Era evidente que Celeste había intentado chantajear al mayordomo y el inspector declaró que iba a probar que la doncella había recibido grandes sumas de dinero. El inspector dijo también que Brook también iba ser identificado por *miss* Forester en el estrado como el hombre que había amenazado a Sylvia Gossett muchos años atrás, cuando ambas vivían juntas.

Se demostraría además que Brook había estado locamente enamorado de Sylvia Gossett, hasta el punto de jurar que si él no la conseguía para sí, nadie más lo haría. Era probable que el cambio de nombre de la actriz fuera debido a su deseo de huir de Brook. El mayordomo era, además, el último hombre que Charmian Karslake esperaba ver en Hepton Abbey pues su nombre había aparecido en los periódicos como “desaparecido, probablemente muerto en combate” durante la Gran Guerra. Era incluso posible que ni siquiera le hubiera reconocido al llegar a Hepton pues en la época en la que Sylvia Gossett le trataba, Brook llevaba bigote.

La policía no tenía intención de aportar más pruebas contra Mr. Richard

Penn-Moreton que quedaba así libre para contar su historia y esclarecer algunos de los enigmas alrededor de la muerte de Charmian Karlake.

El inspector tomó asiento y, después de una corta pausa, Richard Penn-Moreton fue llamado a declarar.

Dicky se levantó, se dirigió hacia el estrado y prestó juramento con voz nítida. Ajustándose el monóculo con firmeza observó a los magistrados. El presidente lo miró a su vez:

—¿Nos puede decir qué pasó la noche en la que Charmian Karlake murió?

Dicky se quedó pensativo durante un par de minutos y comenzó su relato:

—Cuando oí que la gran actriz norteamericana venía a Hepton, no tenía ni idea de quién era en realidad —comenzó a decir—. Y cuando la reconocí, me quedé horrorizado, como cualquiera que se hubiera casado siendo un joven imbécil y llevara años creyendo que su esposa estaba muerta.

—Así que la creía muerta... ¿Nos puede decir por qué?

—Su nombre, junto con el resto del de su compañía de teatro, estaba en la lista de pasajeros del barco que fue torpedeado por los alemanes —contestó Dicky—. Es verdad que podía haberse salvado, pero no se me ocurrió dudar en ese momento de la lista de bajas del periódico. En su día tuvimos una gran pelea y para ese entonces hacía bastante que nos habíamos separado.

—Díganos, con sus propias palabras, qué ocurrió en el baile.

Dicky carraspeó.

—Bien, cuando la vi y reparé en el lío espantoso en el que estaba metido... ya sabe, casado a la vez con dos mujeres... me sentí fatal, como se sentiría cualquier tipo en mi situación, supongo.

Si alguien sintió la tentación de soltar una carcajada ante este relato, la severa mirada del presidente lo impidió y Dicky continuó:

—Bien, como iba diciendo, no tenía ánimos para entrar en el baile así que me quedé fuera, en la terraza, fumando y paseando arriba y abajo. Intentaba reflexionar, pero solo llegaba a la misma conclusión una y otra vez... que en menudo atolladero estaba metido. Cuando entré en la casa me encontré con Larpent, que iba a por hielo para su prometida. Él había visto también a Charmian Karlake y sabía lo que eso significaba. Me dijo: “Ve al salón de fumar. Vuelvo en un minuto y reflexionamos juntos a ver qué se puede hacer”. Así que entré en la habitación y no llevaba ni un minuto cuando entró ella, Sylvia... Charmian... ¡Maldición, no sé ni cómo llamarla! Y me dijo: “Así

que por fin nos encontramos, Mr. Hailsham”. Me había casado con ella bajo el nombre de Hailsham, como ya saben.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó con severidad el presidente de la sala.

Dicky se movió nervioso, se quitó el monóculo y se lo recolocó de nuevo.

—Ya he dicho que era un imbécil. No se me ocurre otra razón —dijo al fin—. El matrimonio era legal, por supuesto, eso ya lo sabía. Pero si me hubiera casado como Penn-Moreton ella habría ido a Hepton y todo el mundo se habría enterado y yo estaba esperando a... no sé, recibir alguna condecoración de guerra o algo que me colocara en mejor posición a la hora de contarlo... Pero ella no quería esperar, tenía un carácter endemoniado, eso lo descubrí cuando no llevaba ni una semana casado. No parábamos de pelearnos y al final me echó de casa. Me juré que no volvería a saber de ella en mi vida, pero no sabía que iba a tener un bebé o no habría mantenido mi palabra, claro está. Le enviaba dinero regularmente al banco pero ella nunca tocó ese dinero. Pueden tacharme de sinvergüenza si quieren... —dijo mirando a los magistrados.

—Continúe con el relato y sea tan breve como pueda —le interpelló el presidente.

—Bien, cuando ella me vio en el salón de fumar me insultó de todas las formas que se le ocurrieron en ese momento. Había descubierto antes quién era yo y que estaba casado y estaba furiosa. No digo que no tuviera razón, claro —intercaló cándidamente—, pero yo ya no podía hacer nada... Le dije que si no paraba de gritarme tendríamos a todos los invitados en la sala en cuestión de segundos. Eso la tranquilizó y me dijo que subiera a su habitación esa noche y que me diría lo que pensaba hacer conmigo. Bueno, era la única manera de apaciguarla, así que le prometí que lo haría. En el baile no me volví a acercar a ella y, cuando todo estaba ya tranquilo, subí a su habitación y llamé a la puerta. No me contestó nadie y no podía seguir ahí llamando, me habrían visto, así que empujé la puerta, entré y allí estaba ella, en el suelo... muerta. La levanté y la deposité en la cama pero no había mucho más que pudiera hacer. He visto muertos suficientes en la guerra para saberlo. Me sentí muy angustiado. No podía hacer nada por ella y si avisaba a los demás de lo que había pasado me acusarían a mí de haberla matado, así que me marché y no hice nada.

—¿Cree que eso fue sensato o valeroso por su parte? —preguntó el

presidente ásperamente.

—¡Cielo santo! ¡Claro que no! Me porté como un perfecto idiota y un cobarde también, pero es lo que hice.

—¿Vio en algún momento a Brook, el mayordomo?

—Lo vi abajo, en el vestíbulo, y le dije que se podía ir a la cama.

—¿Qué aspecto tenía?

—Como siempre. No lo vi nervioso, ni especialmente alterado. No puedo creer que la haya matado el viejo Brook.

Dicky bajó del estrado y volvió a su sitio. Mrs. Richard se inclinó hacia él con una luminosa sonrisa. Mr. Juggs le estrechó la mano vigorosamente.

Celeste Dubois fue la siguiente testigo. La francesa se abrió camino entre la gente recogiendo con cuidado la falda, como si temiera contaminarla. Iba vestida de negro por completo y prestó juramento con los ojos bajos y un aire contrito que consiguió hacer su efecto entre los magistrados.

El presidente de la sala la miró.

—¿Es usted la doncella de la difunta Charmian Karlake?

—Sí, *monsieur*, digo... *señog*. Así es.

—Ya ha prestado declaración con anterioridad, según tengo entendido, y ha dicho que la noche del asesinato vio a un hombre que entró en el dormitorio de Charmian Karlake.

Celeste se secó muy delicadamente el rabillo del ojo con un pañuelito que llevaba en la mano.

—Lo que dije es que pensaba que había *entgado* en la habitación. No estaba *seguga*.

—También dijo que ese hombre era un extraño para usted. ¿Qué dice ahora?

—Digo que *cgeo* que *ega* el *mayogdomo*. Le había visto más a él que a los *otgos caballegos* así que puedo *geconoceglo*...

—¿Y por qué no lo ha hecho antes?

Con los ojos aún más bajos si cabe, Celeste murmuró:

—No *queguía hacegle* daño. No me gusta *haceg* daño a nadie. Y... y no estaba *seguga*.

—¿Y ahora está segura? —le preguntó el presidente secamente.

Celeste se retorció las manos.

—Sí, estoy *seguga ahoga*.

—¿Y cómo es eso?

—Bueno... le *escgibí*, le dije que lo había visto y él no dijo que no.

—Efectivamente, le escribió —dijo *sir* John con severidad—, le pidió una gran suma de dinero y amenazó con denunciarle si no se lo daba.

Celeste se secó una lágrima antes de continuar.

—Yo... yo soy muy *pobge*, *señog*, y estaba en un país *extgaño* y mi *mademoiselle* estaba *muegta*. Pensé que el *hombge* que la había matado y me había dejado sin *tgabajog* me debía *dag dinegog paga vivig*.

—¿Y no se le ocurrió apiadarse de Mr. Richard Penn-Moreton que había sido arrestado por asesinato? —preguntó *sir* John en un tono menos severo.

—¡Oh! *Pegog* yo lo sentí mucho *pog* Mr. *Guichagd* —continuó Celeste con un temblor en la voz muy efectivo—, y pensé que debía *decig* algo, así que *escgibí* a la policía y les dije que no había sido Mr. *Guichagd* y... y *adivinagong* que yo había *escgito* la nota, *fuegong* a *buscagme* y aquí estoy.

Al final de la sesión, los magistrados se retiraron a debatir y, después de un corto espacio de tiempo, el presidente anunció que habían decidido retirar los cargos contra Mr. Richard Penn-Moreton. Y después de un discurso especialmente severo de *sir* John sobre la extrema insensatez del comportamiento de Dicky, este abandonó el tribunal con su esposa, que ahora sí lo era pues se había convertido de inmediato en su esposa por licencia especial, con Mr. Juggs y con el resto de familiares y amigos.

El juicio de William Brook por el asesinato de Charmian Karlake ocupó gran parte del espacio de los periódicos, pero no dejó de ser una especie de anticlímax para el público después de todos los rumores que habían conectado a los Penn-Moreton con el crimen. Brook fue declarado culpable y encarcelado de inmediato.

Dejó una confesión completa del asesinato, describiendo cómo había entrado en la habitación de Charmian Karlake sin saber que estaba casada con Dicky y decidido a hacerla suya de una vez. Despreciado por ella, dio rienda suelta a su cólera y la atacó con furia. Ella sacó su pequeña pistola para defenderse, él consiguió agarrarla y disparó de forma accidental. No tenía ni idea de por qué se había llevado la bola de zafiro y solo se dio cuenta de que la tenía cuando estaba bajando por las escaleras. Entonces ya era demasiado tarde para devolverla y al principio no reparó en el peligro que representaba.

Cuando oyó decir que se iba a registrar a fondo la abadía, se le ocurrió

tirar la pistola y el zafiro al estanque de los monjes. La pistola se hundió pero, para su horror, vio como la cajita con la joya se quedaba enganchada en una grieta de la roca. Todos los días confiaba en que subiera el nivel del agua, pero la sequía permanecía y la cajita quedaba cada vez más expuesta. No siendo tan ágil como Mrs. Richard, no se le ocurrió bajar a por ella.

Atraído por el instinto que con frecuencia lleva al criminal a volver a la escena del crimen, se había acostumbrado a acercarse a diario al estanque a vigilar la cajita y era allí a donde se dirigía cuando vio en el camino a Mrs. Richard con el zafiro en la mano y, sin saber lo que hacía, solo pensando en recuperarlo, la golpeó y se lo quitó. Desde entonces lo había llevado él al cuello sin atreverse a quitárselo en ningún momento.

Después de esta declaración, el estanque, que no era tan profundo al fin y al cabo, fue dragado y se encontró la pistola, corroborando así el relato de Brooks y despejando cualquier duda que aún pudiera quedar sobre la culpabilidad de Dicky.

Dicky y su esposa pasan ahora la mayor parte del tiempo con Mr. Juggs, bien en su yate o en su residencia palaciega de Baltimore. Forman una pareja feliz y el millonario está más unido que nunca a su yerno.

El compromiso entre John Larpent y Paula Galbraith, sin embargo, aún no se ha renovado. Larpent no ha conseguido perdonarle su falta de confianza en él... pero quizá, algún día, él solo recuerde que ella no lo traicionó, incluso pensando que era él el culpable.

**FIN.**

# Sobre la autora

Annie Haynes (1865-1929) fue una reconocida escritora de novelas de misterio, contemporánea de Agatha Christie. Nacida en Leicestershire, se mudó a Londres en la primera década del siglo XX donde se movió en círculos literarios y feministas y vivió con su gran amiga Ada Heather-Bigg, destacada feminista. Haynes escribió al menos doce novelas, la última de las cuales, *The Crystal Beads Murder*, publicada después de su muerte, fue terminada por una de sus amigas [y se ha llegado a sospechar que pudiera ser Agatha Christie o Dorothy L. Sayers](#).

Excelente observadora de las realidades sociales y económicas de su tiempo, las obras de Haynes han sido alabadas por sus tramas complejas e ingeniosas, su estilo fluido, ritmo ágil y suspense mantenido magistralmente hasta el final.

# La edad de oro de la novela de misterio

Las novelas de misterio, o de ficción detectivesca, arrasaron entre los años 20 y 30 del siglo pasado.

De origen británico en su mayor parte, compartían estilos similares y cierta predilección por patrones concretos, como la escenificación del delito en una gran casa de campo inglesa y protagonistas pertenecientes a la clase alta. Estos crímenes, que podían incluir sangre pero raramente violencia explícita, se caracterizaban por una cierta inocencia y ligereza que quedó desfasada al estallar la Segunda Guerra Mundial, momento en que dejaron de publicarse de manera generalizada.

Agatha Christie fue la máxima representante de un imperio en el que también destacaron nombres como Margery Allingham, Ngaio Marsh, Josephine Tey, G. K. Chesterton o Dorothy L. Sayers en Inglaterra, Georges Simenon en Bélgica, o Ellery Queen, S. S. Van Dine, John Dickson Carr o Erle Stanley Gardner en Estados Unidos, entre otros muchos.

## **Los diez mandamientos de la edad dorada**

Las reglas del juego eran importantes, porque estas novelas eran consideradas juegos: un tipo de enigma-rompecabezas (al estilo Cluedo), así que el autor Ronald Knox codificó en 1929 los diez mandamientos que debía cumplir una novela de misterio:

1. El criminal debe ser mencionado en la primera parte de la historia pero no debe ser nadie de cuyos pensamientos el lector esté al tanto.
2. No se acepta ninguna intervención sobrenatural.
3. No se permite más de una habitación o pasadizo secretos.
4. No se puede utilizar ningún veneno desconocido para la ciencia ni ningún dispositivo que precise de una larga explicación científica al final

5. No deben aparecer chinos\* en la historia.
6. El detective no puede ser ayudado por ningún accidente ni tampoco puede tener ninguna intuición inexplicable que resulte ser verdadera.
7. El detective no puede haber cometido el crimen.
8. El detective ha de hacer públicas todas las pistas que descubra
9. El colaborador del detective, el “Watson”, no debe ocultar al lector ningún pensamiento que pase por su mente y su inteligencia ha de ser ligeramente, solo ligeramente, menor que la inteligencia del lector medio.
10. Los hermanos gemelos, y los dobles en general, no deben aparecer a menos que se haya informado al lector con antelación de su existencia.

\*Esta regla intentaba evitar los clichés raciales predominantes en las obras inglesas de los años 20.

Este resumen sobre [la edad de oro del misterio](#) ha sido extraído de Wikipedia.

## **Entérate de nuestras novedades y... ¡te enviamos un libro gratis!**

Déjanos tu correo electrónico y, además de informarte sobre nuestras nuevas publicaciones, te enviaremos completamente gratis, en formato epub o pdf *El misterio de Copper Beeches*, una de las mejores aventuras del gran Sherlock Holmes, que da nombre a nuestra editorial.

Y no te preocupes que no te vamos a dar la tabarra, ni vamos a comerciar con tus datos, solo lo utilizaremos para enviarte información (cuando la tengamos).

También nos puedes seguir en nuestras redes sociales donde nos hará mucha ilusión tener comunicación directa contigo.

Si quieres contactar con nosotros para otra cosa, enviarnos una novela de misterio *vintage* o simplemente contarnos tu vida, estaremos encantados de atenderte en: [hola@sherlockeditores.com](mailto:hola@sherlockeditores.com)

## **Danos tu opinión**

¿Has leído alguno de nuestros libros? ¿Tal vez todos? (No es tan difícil, solo tenemos cuatro por el momento:)).

Si ese es el caso, tu juicio es importantísimo para nosotros. Déjanos, por favor, tu opinión en esta [mini-encuesta](#). Contestarla solo te va a llevar dos minutos (¡cronometrados!).

Si no nos has leído, también nos interesa saber por qué. Como lector o lectora tienes todo nuestro respeto. ¿Qué te parece nuestra editorial? ¿Tienes sugerencias de autores u obras?

¡Tu opinión es fundamental para que podamos crecer y mejorar!

Si te has quedado con ganas de más novelas de la edad de oro del misterio, aquí tienes los primeros capítulos de *El misterio del asesino del más allá*, de Robin Forsythe.



# El misterio del asesino del más allá

## CAPÍTULO 1

Hacía un calor sofocante esa tarde de verano. Unos nubarrones grises amenazaban lluvia y remolinos de viento se levantaban fugazmente aquí y allá. Parecía que una tormenta iba a interrumpir, por fin, el largo intervalo de calor y bochorno pero, para cuando llegó la noche, las nubes ya se habían dispersado de nuevo y el aire estaba otra vez en calma.

*Sir* John Thurlow fumaba con calma sentado en el escritorio de su despacho de Old Hall Farm. Su cabello, cuidadosamente cortado, brillaba bajo la lámpara de luz eléctrica que tenía delante. Sobre la mesa se veían varios libros de espiritismo. Uno de ellos estaba abierto delante de él y, por la expresión de su cara y por la frecuencia con la que su pipa se le apagaba una y otra vez, era evidente que lo leía con gran concentración e interés.

Cerca del escritorio, dándole la espalda para aprovechar también la luz de la lámpara, su sobrina, Eileen Thurlow, leía en una butaca. Era una mujer alta y delgada de unos veinte años, con cara pálida y cabello negro y lustroso. Sus rasgos eran delicados: tenía unos grandes ojos castaños, luminosos y soñadores, una barbilla firme y una boca pequeña y bien formada. Si fuera posible adivinar el carácter de alguien en base a su fisionomía diríamos que, a pesar de cierta predisposición a la imaginación y la fantasía, era una mujer decidida, con una considerable capacidad de acción. Los hombres, al principio, la encontraban muy atractiva, pero se veían pronto ahuyentados por su frialdad e indiferencia. Tanto su tío como sus familiares y amigos estaban de acuerdo en que a veces era un poco difícil de comprender y que era algo “misteriosa”. Esta reputación había sido alimentada, además, por las firmes creencias de Eileen en lo que se suele llamar espiritismo.

Pertenecía a un círculo de aficionados, asistía a sesiones espiritistas, creía que ella misma tenía *poderes* y, aunque solía rehuir la polémica, siempre estaba dispuesta a hablar del asunto con cualquiera que se lo tomara en serio. Con los escépticos recalcitrantes no se molestaba en perder el tiempo y con los que se burlaban del tema no tenía paciencia.

Su tío al principio había visto con preocupación este interés de su sobrina por los fenómenos psíquicos. No era tanto porque dudara de su existencia sino porque temía más bien que esta afición tuviera un efecto morboso en su mente. *Sir John* había vivido varios años en la India y durante su largo “exilio del este”, como solía llamarlo, había pasado por una fase de fascinación por el yoga de la que nunca se había desprendido por completo. De alguna forma pensaba que en el yoga se escondía algún poder secreto que, si se conseguía descubrir, garantizaría el éxito tanto en la vida como en los negocios. Con los años, sin embargo, el yoga había pasado a un segundo plano y era ahora, en su jubilación, cuando se había transformado en un interés repentino por el espiritismo.

Al principio se había avergonzado un poco de dicho interés pues era un hombre muy sensible al ridículo. Pero, poco a poco, superó esta fase y comenzó a profundizar en el tema, ayudado por la influencia de su sobrina.

El libro que leía esa tarde con tanto interés era *Investigaciones sobre el fenómeno del espiritismo*, de *sir William Crooke*. La mente de *sir John Thurlow* era fundamentalmente escéptica y necesitaba la garantía científica como pantalla contra el ridículo. En los científicos confiaba ciegamente.

Se levantó de su silla, se puso a pasear por la habitación para estirar los músculos y se giró de repente hacia su sobrina.

—Bien, Eileen. Estoy convencido por fin de que hay *algo* en esto del espiritismo.

Eileen cerró con aire satisfecho el libro que estaba leyendo y miró a su tío con una sonrisa en los labios.

—Esto de *creer* debe depender del carácter de cada uno, tío. Yo he debido de nacer *en la fe*, por así decirlo. Nunca he necesitado “convertirme”. Parece que tú solo lo has logrado después de mucha persuasión y estudio.

—Bueno, Eileen, ya me conoces, necesito pruebas. Soy cauto y escéptico por naturaleza. Pero basta con leer a los famosos investigadores que han sido firmes creyentes del espiritismo como *sir William Crooke*, por ejemplo, cuyo libro me estoy leyendo ahora. O *sir Oliver Lodge* y *Camille Flammarion*... Entre ellos han conseguido convencerme por completo. Se puede engañar al hombre de la calle, pero no a observadores entrenados y rigurosos pensadores.

—Supongo que no —respondió Eileen sin demasiado interés—, pero ahora que estás seguro de que los fenómenos sobrenaturales existen, solo

tienes que dejar tu mente abierta y ya verás como obtienes pruebas, visuales o auditivas. Esta vieja mansión, en la que lleva viviendo y muriendo gente durante cientos de años, es especialmente favorable a ello. Yo llevo escuchando unos débiles acordes de música desde hace algún tiempo... Juraría que ha habido un músico entusiasta entre los antiguos ocupantes de esta casa.

—¿Estás segura de que no son imaginaciones tuyas? Yo también oigo muchas veces melodías en mi cabeza, pero eso no quiere decir que las oiga *de verdad*. Es muy diferente.

—No, no. No es mi imaginación. Oigo realmente la música. Es casi inaudible pero consigo oírla.

—¿Puedes distinguir el instrumento? —preguntó *sir* John Thurlow después de un momento de reflexión.

—¡Qué pregunta más rara! Nunca lo he pensado, la verdad. Estaba tan emocionada con el fenómeno en sí que no me he fijado en la música. Pero, ahora que lo preguntas, diría que suena como el órgano de una iglesia.

—La iglesia está a más de un kilómetro de distancia. Es imposible oír el órgano. Incluso con viento a favor. ¿Cuándo lo has oído por última vez?

—El martes por la noche y sonaba especialmente nítida. Estaba aquí sentada cuando la escuché. Tú estabas con el doctor Conrad.

—Sí, ya me acuerdo. Qué casualidad, ese día estuvimos discutiendo de espiritismo. Él dice que son todo patrañas. Yo le mencioné este libro de *sir* William Crooke y tuvo el coraje de decir que a un científico se le define como un gran especialista en un solo tema y un borrico en todo lo demás...

—Supongo que se aplicará el cuento a sí mismo también... ¿Le hablaste de esta música que llevo oyendo ya durante bastante tiempo?

—Bueno... sí. Espero que no te importe.

—En absoluto. ¿Y qué dijo?

—Insinuó que el organista de la iglesia estaría ensayando en un momento de condiciones climáticas o atmosféricas especialmente favorables. Se negó a escuchar ninguna otra opinión.

—El organista no ensayó el martes por la noche. Me tomé la molestia de preguntarle.

—¿Ah, sí? ¡Espléndido! Lástima no haberlo sabido para decírselo. Le habría dejado planchado.

—No sirve de nada discutir con el doctor Conrad, tío. Es uno de esos

hombres que tienen decidida su opinión antes de molestarse en investigar sobre el tema. O mejor dicho, su educación y experiencia toman la decisión en su lugar. Yo creo que los médicos, en general, son un gremio bastante cínico.

Después de un silencio que duró unos instantes, *sir* John Thurlow añadió:

—Ojalá pudiera yo escuchar esa música de la que me hablas. Me pregunto cuándo volverá a sonar.

—Creo que podríamos oírla en cualquier momento, siempre que estemos en el estado mental adecuado. Tienes que estar *en rapport*, así se dice, o no la oirás nunca... Estaba hablando con Dawn Garford el otro día y me hizo un comentario muy agudo. Me dijo que el hombre normal y corriente que no se aleja del asfalto nunca encontrará champiñones... Tienes que alejarte del día a día y buscar activamente los fenómenos ocultos.

—Un buen ejemplo. Me merece mucho respeto Dawn. Es una mujer sensata —observó *sir* John Thurlow y preguntó—: ¿Pero cómo puedo entrar yo *en rapport*, como dices?

—Bueno, es cuestión de ir probando. Podemos intentarlo esta noche. Apagaremos la luz y esperaremos sentados y en silencio. Tenemos que estar convencidos de que podemos contactar con este músico sobrenatural. Estoy segura de que poseo el don para hacer de médium. Cuando oí la música por primera vez estaba en un estado de ánimo muy particular... No lo llamaría exactamente trance, pero algo similar. Una especie de ensoñación que le sucede a la gente con poderes psíquicos.

—¿Tú crees que es buena idea, Eileen? —preguntó su tío, dubitativo.

—Si tienes curiosidad por el tema, no hay nada mejor que realizar el experimento, tío. No va a pasar nada malo. Y me gustaría probar una vez más y confirmar si tengo poderes de médium o no.

—¡Vamos, entonces! ¡Lo intentaremos! —exclamó *sir* John Thurlow con repentino entusiasmo—. Me pone un poco nervioso la idea, aunque no sé por qué...

—Si nuestros experimentos terminan resultando desagradables o peligrosos para ti, tío, dejamos de hacerlos y ya está —observó Eileen.

—Claro, claro... —replicó *sir* John Thurlow, y se quedó ensimismado unos instantes. Sus ojos vagaron por la habitación, sobria y elegante, con sus vigas oscuras y panelado de roble. Por su mente desfilaron los cientos de ancestros suyos que habían nacido, comido, charlado, reído, llorado, amado, discutido y finalmente muerto en esa misma habitación. La inmensa casona

estaba impregnada del espíritu de los que se habían ido y estaban ya olvidados. Se volvió hacia su sobrina y le preguntó:

—¿Apagamos ya la luz?

—Claro. Por algún motivo, la oscuridad parece favorecer las apariciones. Todos los espiritistas están de acuerdo en eso. Cuando hayas apagado la luz, quédate sentado completamente inmóvil y escucha atentamente. Voy a intentar entrar en contacto con lo que se llama un guía espiritual, todas las médiums lo tienen.

*Sir John Thurlow se levantó, apagó la luz y se sentó de nuevo. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, comenzó a distinguir el contorno de los muebles de la habitación y la silueta de su sobrina, claramente delineada por el vestido blanco de muselina que llevaba. Su pálida cara no era más que una mancha gris sobre el vestido.*

—¿Te encuentras bien, Eileen? —preguntó.

—Sí. Empecemos. Deja tu mente en blanco. Intenta liberarla de cualquier pensamiento. Ya sé que es difícil. Y ahora, por favor, permanece en silencio.

*Sir John Thurlow se arrellanó en su butaca e intentó dejar la mente en blanco, pero era más difícil de lo que había pensado. Su mano derecha acarició en el bolsillo su pipa de brezo y sintió un fuerte deseo de fumar. Estuvo a punto de preguntar a Eileen si fumar iba contra las condiciones idóneas de los fenómenos psíquicos cuando, de repente, oyó una respiración pesada. Estaba a punto de preguntarle de nuevo si se encontraba bien, pero recordó sus órdenes estrictas de no hablar y desistió. Permaneció sentado escuchando las laboriosas inhalaciones y exhalaciones de Eileen, preguntándose si habría entrado en eso que llamaban “trance”. Se estaba empezando a poner nervioso. Todo estaba tan quieto y la situación era tan desconcertante... Estaba convencido de que algo horrible iba a materializarse delante de sus ojos. Decidió mantener un control firme sobre sí mismo, con todas sus facultades alerta. Se enfrentaría al fenómeno que fuese con auténtico espíritu científico. No dejaría que algo tan infantil como el pánico fuera más fuerte que él... Además, ¿qué tenía que temer? Eileen parecía tranquila. No había ni rastro de miedo en su comportamiento. Pero a lo mejor estaba inconsciente... en ese estado cataléptico de las médiums...*

Escuchó atento. Su respiración ahora era rítmica. ¿Se habría quedado dormida? No pudo resistir la tentación de preguntárselo.

—¿Estás despierta, Eileen? —susurró.

—Sí. ¡Calla y escucha con atención! —contestó ella con una voz extraña, muy diferente a la suya habitual.

*Sir John Thurlow* sintió un súbito brote de pánico. Con un esfuerzo supremo consiguió controlarse, quedarse quieto y escuchar. Pasaron unos minutos y no sucedió nada. Sonaron las campanas de un reloj. Y, de repente, empezaron a oírse unos leves acordes de música... Apenas se oían, era como si hubieran tenido que atravesar mundos u océanos para llegar. *Sir John Thurlow* se quedó petrificado del asombro. ¿Estaría sufriendo algún tipo de alucinación auditiva? Escuchó de nuevo con concentración absoluta. La música fantasmal rompió de nuevo el silencio, música que, aunque familiar, no conseguía identificar... Súbitamente, la música paró y se volvió a escuchar el pasaje anterior, como si al fantasma le hubiera salido mal el primer intento. Este comportamiento era tan humano que renovó su escepticismo. Tenía que haber una explicación razonable a este fenómeno musical... Sin levantarse de la silla, extendió un brazo y encendió la luz. Miró a Eileen de reojo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho. Parecía profundamente dormida. Unos instantes después, su respiración había vuelto a la normalidad, abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor desorientada. Volvió a sonar la música y ambos escucharon en silencio.

—¡Es música de órgano! —dijo *sir John*, incapaz de contenerse más y, levantándose de su asiento, salió por la puerta que se abría al jardín directamente desde su estudio y desapareció en la noche. Un momento después volvió a entrar con cara de asombro.

—¡No es el órgano de la iglesia, Eileen! Fuera no se oye nada. Esto es muy misterioso.

—La música se ha detenido —dijo Eileen, molesta—. En cuanto empiezas a buscar explicaciones naturales a una aparición sobrenatural arruinas las condiciones ideales, tío. Te conviertes en una influencia hostil. Tienes que recordar que estamos intentando contactar con un espíritu, no estamos en un laboratorio o en un juzgado.

—Lo siento, Eileen —se disculpó su tío, arrepentido—. Lo tendré en cuenta en el futuro. La experiencia de hoy me ha abierto los ojos definitivamente. ¡Ha sido increíble!

—Y esto es solo el principio —añadió Eileen con entusiasmo—. Si realizamos nuestros experimentos en el estado mental adecuado conseguiremos más apariciones, tal vez algún ectoplasma...

—¿Te refieres a un fantasma? —preguntó *sir* John alarmado.

—Llamémosle una visión. La palabra “fantasma” implica miedo. Me siento terriblemente cansada. La experiencia me ha dejado agotada. Me voy a la cama. Buenas noches, tío.

Eileen se levantó lánguidamente de su silla y salió silenciosamente de la habitación. Luego corrió hacia su habitación, se puso un abrigo ligero, volvió a bajar sigilosamente para que nadie la viera y salió al jardín. Había una cierta inseguridad en sus movimientos que achacó a los efectos postrance.

Cuando se quedó solo, *sir* John miró intranquilo a su alrededor. Sacó su pipa, la encendió y, después de unas caladas vigorosas, dio media vuelta y reanudó su lectura del libro de *sir* William Crooke.

Solo había leído unas páginas cuando, ante su pasmo, volvió a oír las notas del órgano. Dejó el libro, cerró los ojos y se concentró en la música. Por fin le vino el nombre, era la *Marcha fúnebre de Saúl* de Handel. Una vez más, el hecho de que esta obra le fuera tan familiar le hizo sospechar. Se levantó de la silla y pegó su oreja al suelo. Ahora podía oír los sonidos más claramente... ¿O no? No estaba seguro. Se levantó y salió al jardín de nuevo. Todo estaba en silencio en el exterior salvo por un búho que ululaba en un bosquecillo cercano. Más perplejo aún si cabe, entró de nuevo en el estudio donde aún se podía oír el sonido del órgano.

“Increíble”, pensó. “Pero voy a llegar al fondo de esto como que mi nombre es John Thurlow”.

*Sir* John había recuperado la determinación y firme resolución que le habían hecho rico. Pensó primero en llamar a Eileen pero, recordando el cansancio con el que se había ido a la cama, cambió de idea y decidió investigar él solo. Se quedó inmóvil unos instantes reflexionando. Luego cruzó la habitación hacia el escritorio, sacó un revólver de un cajón y comenzó a registrar la planta baja de la casa.

## CAPÍTULO 2

Fanny Raymer, una de las doncellas de Old Hall Farm, entró la mañana siguiente con el té en la habitación de Eileen. Estaba pálida y sus ojos denotaban preocupación. *Miss Thurlow*, que estaba ya despierta, notó de inmediato que había pasado algo raro. Al principio no se preocupó mucho porque para Fanny Raymer una taza rota era una gran catástrofe.

—Pareces intranquila, Fanny. ¿Qué te ha pasado? —preguntó Eileen en tono despreocupado para tranquilizar a la joven.

—Acabo de llevar el té al señor y la habitación está vacía, señora —replicó la doncella.

—¿Que mi tío no está en su habitación? —inquirió Eileen, desconcertada.

—No está en su cama, señora, y en la casa tampoco.

—Entonces probablemente estará en el jardín o habrá ido a inspeccionar las tierras —observó Eileen, y se sirvió con calma una taza de té.

—A lo que me refiero, señora, es que no ha dormido en su cama y, cuando fui a limpiar el estudio esta mañana, la luz estaba encendida y la puerta que da al jardín cerrada.

Eileen, que se había acercado la taza de té a los labios y estaba a punto de beber, soltó la taza en el plato y la apartó de un manotazo en una mesilla de noche.

—¡Debe de estar en alguna parte! —exclamó con asombro creciente—. ¿Habéis mirado en todas las habitaciones?

—Sí, señora. Incluso en la bodega.

—Entonces se habrá ido al prado a cazar conejos. Runnacles se ha estado quejando últimamente del daño que están haciendo en el huerto.

—Ya lo pensé, señora, pero la escopeta del señor está en su sitio, en el armario. He ido a hablar con Runnacles y le he preguntado si había visto al señor en alguna parte y me ha contestado “no, cariño”... así, como lo oye, así que me he enfadado con él por ser tan descarado...

Pero Eileen no escuchaba. Estaba ensimismada en sus pensamientos. Había dejado a su tío leyendo la noche anterior, sobre las diez de la noche.

Tenía un vago recuerdo de haber salido al jardín, pero su mente, exhausta después del esfuerzo, se había quedado en blanco y no recordaba cuánto tiempo había pasado fuera. Sí se acordaba, sin embargo, de que se había quedado dormida sin haber oído a su tío subir las escaleras de su habitación. Era evidente que no se había ido a la cama a las once y media, como hacía todos los días... ¿Qué le había pasado? No podía haberse desvanecido en el aire. El poder de desmaterializarse no entraba entre las capacidades de su tío. Debía de existir alguna explicación normal. Cuanto más pensaba en ello más desconcertada estaba.

—¿Estaba la puerta del estudio que da al jardín cerrada, Fanny?

—Sí, señora. Y cerrada con llave, igual que todas las otras puertas que dan al exterior.

—Entonces tiene que haber salido por la ventana —observó Eileen, pero pensó que eso era algo muy raro. ¿Por qué iba a salir por la ventana? ¡Era absurdo! Se levantó de la cama con determinación y Fanny volvió a sus quehaceres domésticos.

Eileen desayunó sola y el primer sentimiento de sorpresa ante la desaparición de su tío fue transformándose poco a poco en miedo. Intentaba convencerse, en vano, de que no había razón de alarma. A la hora del almuerzo, había registrado ya a fondo la casa, desde los áticos hasta la bodega, con la ayuda de tres doncellas. Runnacles, el jardinero, había investigado a su vez en los establos y todos los edificios anexos con la ayuda de su ayudante, pero *sir* John Thurlow no aparecía. Se había desvanecido sin dejar huella.

Justo antes del almuerzo, Arthur Orton, de la granja Church Farm, su vecino más cercano, se acercó a hablar de unas reparaciones que necesitaba uno de sus graneros porque Orton tenía alquilada la granja a *sir* John. Le llevaron a la sala de estar y allí se entrevistó con Eileen.

El hombre era alto y delgado, con un agraciado rostro curtido por el sol y una hermosa mata de pelo. La expresión de sus ojos y boca le daban un aire calculador y cínico que desaparecía en cuanto sonreía. Su sonrisa iluminaba su cara por completo.

Cuando Eileen entró, Orton no pudo evitar fijarse en la delicadeza de su figura, alta y bien proporcionada y se sonrojó sin querer. Esta apreciación silenciosa ni pasó desapercibida ni molestó a Eileen, que ya la había vivido

antes y que no pudo evitar ruborizarse a su vez. Eileen encontraba muy atractivo a Arthur Orton y llevaba algún tiempo fascinada en secreto por él. Orton era un hombre soltero, buen granjero, bastante rico, aparentemente, y se decía de él que nunca se le había escapado un buen negocio. En la parroquia de Yarham no era demasiado popular, porque era reservado e inclinado al sarcasmo, lo que allí equivalía a “darse aires de grandeza” pero, en realidad, su peor defecto a ojos de los locales era ser forastero. Aunque había vivido en Church Farm durante muchos años, era forastero por la sencilla razón de que no había nacido en Yarham. Peor aún, ni siquiera en Suffolk.

Su llegada a Old Hall Farm en un momento tan crítico fue demasiado para la capacidad de autocontrol de Eileen. Al primer comentario que le hizo Orton de que la veía preocupada por algo, se desahogó y le contó, al borde de las lágrimas, toda la historia de la inexplicable desaparición de su tío. El consuelo de Arthur Orton fue muy reconfortante. Su sentido común y habilidad para explicar las cosas de una forma razonable consiguió disolver la angustia y el miedo de Eileen.

—¿Cuándo se fue usted a la cama, *miss* Thurlow?

—Dejé a mi tío en su estudio sobre las diez.

—Bien. Mi ayudante Joe Battrum y yo mismo vimos cómo Mr. Thurlow se subía a un coche sobre las once, a la entrada del pueblo. Pensamos que era su propio coche, claro, y no le dimos mayor importancia. Dice usted que su automóvil no salió del garaje ayer, así que debe de haber sido el de algún amigo. Habrán tenido una avería en algún lugar extraño. No debe preocuparse por estas nimiedades, *miss* Thurlow. Su tío aparecerá cuando le entre hambre o la llamará en cuanto pueda para decirle dónde está y explicarle lo que ha pasado. Yo quería hablar con él de la reparación de uno de mis graneros pero no es urgente, puede esperar hasta mañana. Mientras tanto, si hay algo que pueda hacer por usted, por favor no dude en pedírmelo. Llámeme y estaré en su puerta en un momento.

—Es muy amable por su parte, Mr. Orton —dijo Eileen con sinceridad—. Espero que no le haya molestado oír mis preocupaciones.

—¡Oh! ¡Mi querida niña, me alegro de que me lo haya contado! No hay nada como llorar en el hombro de un amigo. Al menos, espero que piense en mí como en un amigo con quien puede contar siempre que lo necesite.

Los ojos de Arthur Orton y Eileen se encontraron durante una fracción de segundo en una mirada cargada de significado. La palabra “amigo” había sido

expresada con una intencionalidad que Eileen, inconscientemente, aceptó encantada. Mantuvo la mirada fija en el suelo, una clara señal de que le había entendido perfectamente. Orton se levantó para marcharse, pero vaciló un instante. Se le estaba ocurriendo un plan de acción.

—¿Ha buscado por todas partes, *miss* Thurlow?

—Solo nos ha faltado echar abajo la casa —respondió Eileen rotunda.

—¿También en los áticos y el desván? —preguntó Orton, frotándose la barbilla pensativo.

—Sí.

—¿Y en la bodega?

—Sí, por todas partes —contestó Eileen categórica. Estaba decepcionada con estas preguntas. La vacilación de Orton había parecido sugerir la posibilidad de una ampliación del tema de la amistad. Pero claramente había prevalecido la prudencia, o el nerviosismo. Eileen estaba muy desilusionada.

—Bueno, no se preocupe, *miss* Thurlow —le rogó él finalmente—. Su tío aparecerá. Le doy mi palabra.

—Y si mañana por la mañana no ha vuelto... ¿no cree que debería informar a la policía, Mr. Orton?

Orton asumió nuevamente la expresión de amigo en caso de necesidad.

—Bueno, sí, claro. Es lo único que se puede hacer. Pero yo no me daría prisa, *miss* Thurlow. Deje pasar un poco de tiempo. Si implica a la policía, habrá publicidad a la fuerza y eso irritará a su tío. Es el tipo de hombre que odiaría algo así... Bien, hoy es martes. Si no tiene noticias para el miércoles por la noche, creo que sí sería buena idea acudir a la policía. Mientras tanto, intente no preocuparse demasiado y, si necesita ayuda, solo tiene que llamarme, como ya le he dicho.

Eileen le dio de nuevo las gracias y extendió su mano para despedirse. Orton estrechó la mano entre las suyas y la mantuvo ahí un momento más de lo estrictamente necesario. Para Eileen, consternada como estaba, fue un gesto muy consolador que le hizo sentirse protegida y segura. Pero en cuanto Arthur Orton se hubo marchado, su mente volvió a centrarse en la extraña desaparición de su tío y su miedo regresó con intensidad doble. ¿No le habría pasado algo horrible al tío John? Se sentó al almuerzo sin apetito y con un gesto de impotencia. La pequeña sesión espiritista de la noche pasada... ¿no habría tenido algo que ver con este asunto tan incomprensible? Era evidente

que había malos espíritus al igual que buenos... Era imposible saber qué poder podrían ejercer los primeros en contacto con los vivos... Para Eileen era incomprensible que nadie pudiera cometer un asesinato o suicidio a menos que hubiera sido empujado por alguna fuerza maligna... lo que en el lenguaje de calle se llamaba “estar poseído”. Esta idea abría un panorama de posibilidades horribles, con asociaciones muy desagradables con *espectros*, *ogros*, *genios*, *demonios*... Intentó apartar de su mente estos pensamientos morbosos y decidió dar un paseo hasta el pueblo para hablar con su amiga Dawn Garford.

Dawn Garford era una viuda de veintiséis años. Su marido piloto había muerto en un accidente de vuelo solo un año después de la boda. Su nombre real era Mrs. Button pero su matrimonio había sido tan breve que aún se la conocía en el pueblo como miss Dawn Garford. Su marido le había dejado algo de dinero y se había venido a Yarham a vivir con una tía, ya que le gustaba el campo y su modesta renta daba mucho más de sí en el pueblo que en una ciudad.

Eileen Thurlow la había conocido al poco de llegar y en seguida se habían hecho amigas, principalmente porque en un pueblo como Yarham las posibilidades de amistad eran muy reducidas. En realidad, tenían personalidades completamente opuestas. Dawn Garford era una mujer práctica, de gran energía y confianza en sí misma, carácter risueño y una alegre disposición a ejercer su embrujo sobre los hombres. Esta personalidad atrevida y persuasiva se había ganado la admiración de Eileen, por la simple razón de que ella era tímida, modesta y extremadamente prudente.

Al llegar a la casa de Dawn, una villa moderna completamente incoherente en el marco tradicional de Yarham, Eileen se encontró a la tía de Dawn, *miss* Julia Garford, muy alterada. La llegada de la visitante pareció reanimarla de inmediato y la hizo entrar apresuradamente en la sala de estar.

—Me he enterado de todo —observó *miss* Garford con energía—. Todo el pueblo está al corriente. Siéntate, querida, y cuéntame qué ha pasado. Te he estado esperando toda la tarde. Yo también tengo algo muy importante que contarte.

Eileen describió brevemente lo que había pasado. Omitió la historia de la pequeña sesión espiritista y la música sobrenatural, al pensar que, con toda probabilidad, sería recibida con incredulidad, si no con escarnio. *Miss*

Garford le hizo un montón de preguntas y algunas sugerencias triviales y preguntó al fin:

—¿Crees que la desaparición de tu tío puede estar relacionada con la de Clarry Martins, Eileen?

—¡¿Que Clarry Martins ha desaparecido?! —exclamó Eileen con asombro.

—Pues sí... el viernes. Sus padres lo han mantenido en secreto hasta ahora. Supongo que pensarían que aparecería en cualquier momento, algo muy natural, pero al final han decidido llamar a la policía.

—¿Nadie sabe lo que ha sido de él? —preguntó Eileen estupefacta.

—No. La última vez que le vieron estaba hablando con George Mobbs, el panadero, en la puerta de The Walnut Tree. Son viejos amigos y seguramente se pasarían toda la tarde de juerga por ahí.

—Dawn estará preocupada —observó Eileen, porque Clarry Martins era uno de los pretendientes más persistentes de Dawn.

—No creo que eso le preocupe mucho —respondió su tía con una sonrisa misteriosa—. Sin embargo, sí que se va a angustiar por lo de tu tío cuando se entere porque le aprecia mucho. Y yo creo que él también tiene un poco de debilidad por ella, ¿no?... Bueno, al menos eso es lo que dice la gente del pueblo... dicen que hacen buena pareja.

—¡Oh! No creo que sea para tanto, *miss* Julia. No creo que su relación haya llegado hasta ese punto —dijo Eileen con cautela—. Mi tío está bastante colado por Dawn, pero creo que ella se lo toma más bien como una broma.

—Bueno, pues solo ese rumor ya hizo que Clarry se pusiera celoso como un demonio. Discutió con Dawn hace una semana y no se han vuelto a hablar desde entonces. Dawn ahora le tiene un miedo atroz. Dice que se le ha ido la cabeza... Así que esta mañana se ha ido a casa de unos amigos de Midhurst, en Sussex, y ha dicho que no piensa volver a Yarham hasta que Clarry Martins recobre el sentido común.

Esta información preocupó mucho a Eileen. Estaba atónita de que la anticuada galantería que adoptaba su tío con la incorregible Dawn hubiera sido suficiente como para generar ese tipo de comentarios en el pueblo y poner celoso a Clarry Martins. Iba a decir algo sobre el tema pero decidió no insistir.

—Clarry Martins bebe demasiado —observó con indiferencia—. Creo que Dawn hace bien en apartarse de él.

La conversación volvió a centrarse entonces en la desaparición simultánea de *sir* John Thurlow y Clarry Martins pero no llegaron a ninguna conclusión satisfactoria. Después del té, Eileen se marchó, no sin haber antes prometido informar a *miss* Garford de cualquier novedad.

Al llegar a Old Hall Farm descubrió que nadie había llamado en su ausencia y que seguía sin saberse nada de su tío. Estaba profundamente decepcionada. Había estado hablando con *miss* Garford convencida de que le esperaban buenas noticias al llegar a casa y, durante unos instantes, sintió un profundo enfado contra su tío. Tenía que haber tenido más consideración hacia sus sentimientos y no haberla dejado en esta incertidumbre tan penosa. Su ausencia había sumido a toda la casa en una gran ansiedad. Pero su cólera en seguida se disipó cuando pensó en su amable tío John, siempre considerado con los demás y especialmente con ella, siempre preocupado por su bienestar y confort... No. Le tenía que haber pasado algo realmente serio o habría intentado comunicarse con ella por todos los medios.

Cenó en un estado de completo abatimiento y comenzó a pensar qué podía hacer. Recordó que su tío había traído de Londres algunos libros nuevos sobre espiritismo y que aún estaban en su estudio. Decidió pasar la tarde en una butaca confortable leyendo. Si se olvidaba un rato del presente y pensaba en otra cosa, tal vez la tarde se le pasaría volando.

Así que se sentó con el tomo *Evidencias de existencia vital en experiencias de escritura automática*, de Edward Marshall Hall, pero las preocupaciones del día la habían dejado agotada y pronto se dio cuenta de que no se estaba enterando de nada. Finalmente, cerró el libro y sus pensamientos volvieron a los comentarios de *miss* Julia Garford sobre Dawn y su tío.

Cuando comenzó a reflexionar sobre el tema, se dio cuenta de que había una gran parte de la vida y carácter de *sir* John Thurlow que no conocía. No es que fuera un hombre especialmente reservado pero ella nunca había tenido curiosidad por su pasado. Quizá los cotilleos del pueblo eran más acertados de lo que ella pensaba... Por lo que sabía, su tío podía haberse declarado a Dawn Garford y ella haberle aceptado... Cosas más raras habían pasado. Él tenía cincuenta y cinco años y Dawn veintiséis pero su tío se conservaba bien. El hecho de que tuviera un título y una enorme fortuna seguramente era algo importante para Dawn, no demasiado romántica y ávida de las cosas buenas de la vida...

Mientras pensaba en esto, cayó en la cuenta de que ella, su única sobrina, era la única heredera según el testamento de su tío. Si este se casaba, seguro que cambiaría las provisiones del testamento. No lo había pensado antes.

Sus pensamientos volaron también a la desaparición de Clarry Martins. Era muy raro que ambos hubieran desaparecido casi a la vez. Y los dos pretendían a Dawn, o eso era lo que decían los rumores del pueblo... ¿Tendría esto algo que ver? Clarry Martins estaba terriblemente celoso de su tío, según Julia Garford... Pero no. ¡Era imposible que Clarry Martins lo hubiera asesinado por eso!

¿Tenía otros enemigos su tío? Esta pregunta le recordó una ocasión en la que sus padres comentaron cierta indiscreción de John en la India. Ella era pequeña entonces y no se enteró demasiado del asunto pero, cuando se hizo adulta, se dio cuenta de que había sido un suceso muy escandaloso para la época... Algo sobre un templo hindú, una diosa llamada Kali y una bailarina nativa... El marido de la bailarina había sido asesinado, si recordaba bien. Eileen posteriormente se había tomado la molestia de averiguar quién era la diosa Kali, que en ese momento le interesaba más que cualquier incidente de su tío. Descubrió que Kali, una diosa negra, era la diosa de la destrucción y la muerte. Tenía cuatro brazos y las palmas de sus manos eran rojas. Su rostro y pecho estaban embadurnados de sangre y también salía sangre de su lengua, que se proyectaba desde unos horribles colmillos. El sacrificio humano había formado parte antiguamente del ritual de su culto...

En todo caso, sea lo que fuere que hubiera pasado entre la diosa y su tío, él había sobrevivido a la experiencia y no le habían quedado huellas del encuentro, aparentemente.

El repentino recuerdo de la historia de la diosa llenó a Eileen de un vago terror. Por su mente pasaron todo tipo de historias de diosas orientales, maldiciones, momias, sacrilegios y venganzas de dioses extraños... Decidió que lo mejor que podía hacer era irse a la cama, intentar dormir y ver lo que el mañana le deparaba.

Lo que le deparó la mañana siguiente fue a Runnacles, el jardinero jefe, que llegó una hora antes del comienzo oficial de su horario de trabajo. Solicitó ver a su señora inmediatamente y Fanny Raymer corrió por las escaleras, despertó a Eileen y le contó la insólita petición de Runnacles.

Eileen, consciente de que el jardinero probablemente traía noticias importantes, cubrió su camisón con un salto de cama y se apresuró a oír lo que

tenía que contarle.

Runnacles fue breve. Los cuerpos de Mr. John Thurlow y Clarry Martins habían sido encontrados juntos, en una especie de descampado llamado Cobbler's Corner, a kilómetro y medio de distancia al norte de Yarham. Los había descubierto Ephraim Noy, que vivía en un *bungalow* cercano. Este había informado al jefe de policía del pueblo y la esposa de dicho jefe se lo había contado inmediatamente a la mujer de Runnacles. Y eso era todo. No tenía más detalles.

Al oír las terribles noticias, Eileen no se desmayó, como cualquiera pensaría que haría una señorita frágil y de buena cuna. Despidió en voz baja a Runnacles y fue a vestirse a su habitación. En el estado de *shock* en el que estaba, todo le parecía completamente irreal.